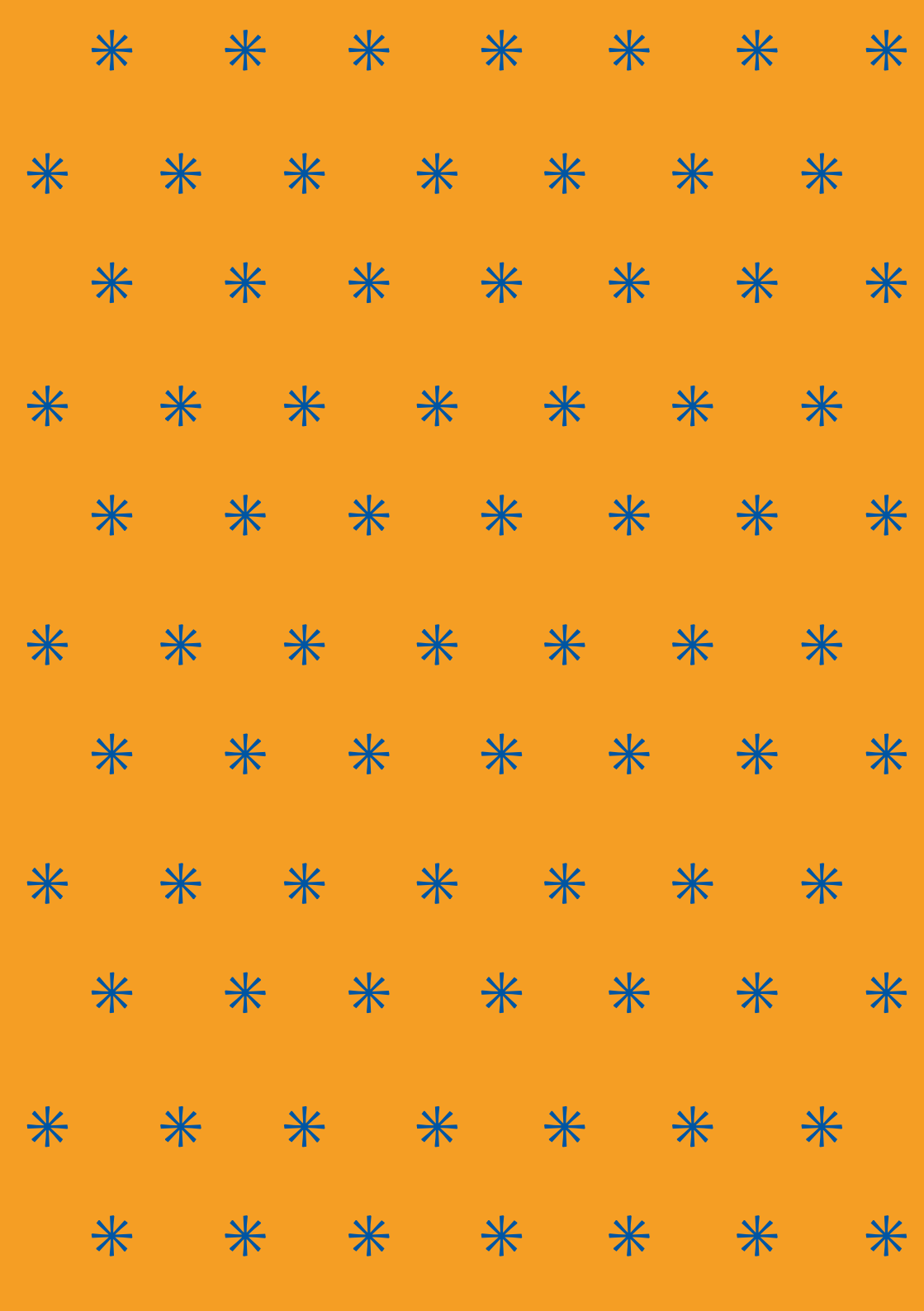
Escuelas secundarias

# Cuentos de **futuros** grandes escritores

~

**Municipalidad**
de Santa Fe



**Cuentos de Futuros**
**Grandes Escritores**

La siguiente antología contiene las creaciones de niñas y niños que participaron del Programa Cuentos de futuros grandes escritores en 2026.

~

Agradecemos la participación
de las siguientes instituciones educativas:

Escuela N° 478 “Dr. Nicolás Avellaneda”
Escuela N° 3059 "Nuestra Señora de Fátima"
Escuela N° 262 “República Argentina”
Escuela N° 3144 “Nuestra Señora de Itatí”
Escuela N° 595 "Mercedes Sosa"
Escuela N° 647 “Pedro Lucas Funes”
Escuela N° 331 "Almirante Guillermo Brown"

**INTENDENTE**
Dr. Juan Pablo Poletti

**Secretaría de Educación**
Lic. María Alicia Barletta

**Secretaría de Gestión Educativa**
Lic. Agustina Huespe

**Dirección de Comunicación Pública y Relaciones Institucionales - DIRCOM**

**Director**
Jorge Toum

**Coordinación editorial**
Soledad Mizerniuk
Delfina Baumann

**Diseño**
Valentina Ronchetti
Camila Florencia Perez

Escuelas secundarias

# Cuentos de **futuros** grandes escritores

~

Municipalidad
de Santa Fe

**María Alicia Barletta**
Secretaria de Educación
Municipalidad de Santa Fe

***

# Presentación

**EN LA PRESENTE ANTOLOGÍA** compartimos el resultado de una nueva convocatoria del Programa Cuentos de Futuros Grandes Escritores. Esta iniciativa nació en 2024, en el marco del 125° aniversario del nacimiento del escritor argentino Jorge Luis Borges, con el objetivo de acercar a niñas, niños y adolescentes una propuesta de encuentro con la literatura y la expresión escrita.

Recorriendo estas páginas podrán descubrir un mundo lleno de imaginación con personajes que transitan lugares de nuestra ciudad: el Puente Colgante, el Liceo Municipal, las canchas de Unión y Colón, la Estación Belgrano, entre otros. En estos espacios transcurren historias de amor y de misterio; algunas despertarán el miedo, mientras que otras nos acercarán a los acontecimientos que marcaron nuestra historia.

A través de los diversos programas impulsados desde la Secretaría de Educación, la Municipalidad de Santa Fe acompaña a las escuelas sumando propuestas que apuntan a ampliar el bagaje cultural y el desarrollo intelectual y se propone construir ciudadanos activos, partícipes y comprometidos que se apropien de las calles y los espacios públicos de la ciudad que habitan.

Agradecemos a las escuelas primarias y secundarias de la ciudad que se sumaron a esta tercera edición, a los futuros grandes escritores que compartieron sus producciones y a las docentes que hicieron posible su participación. ~

✳

**Escuela N° 478**
**Dr. Nicolás Avellaneda**

**Agustina Dumois**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# El puente esperanzador

**DOMINGO,** doce y media del mediodía. Ernestina estaba cansada y triste. Había tenido que levantarse a las seis de la mañana en plenas vacaciones de invierno para abandonar su casa, su ciudad, sus amigos y toda su efímera felicidad en una mudanza que sabía que, tarde o temprano, iba a suceder. Anteriormente, cada vez que el tema aparecía, lo evitaba y fingía que no existía, como si así pudiera impedirlo.

Y así pasaron los días: veía cómo, poco a poco, sus muebles eran guardados y trasladados, cómo sus cosas se reducían a bolsas y cajas. Pero ella simplemente lo ignoraba. Hasta hoy.

Sus ojos claros seguían el camino verde que, de vez en cuando, se llenaba de colores y parecía ofrecer alguna respuesta. A pesar de esa variedad, no podía evitar lamentarse por no haber valorado todo lo que tenía en su ciudad.

Su madre la observó por el espejo retrovisor y no pudo evitar preguntarle: — ¿Qué pasa, mi amor? ¿Estás bien? Ernestina suspiró largamente; ese suspiro bastó para anticipar que su respuesta estaba más cerca de un no que de un sí.

— Sí, ma... solo que extraño a mis amigos y a mi familia —dijo, achicando los ojos, que se veían visiblemente cristalinos —. No me gustan las mudanzas, las odio.

La madre miró hacia el frente, como si buscara las palabras correctas en el camino.

— Ernes, escuchá —dijo, captando la atención de su hija —.

Yo sé que es difícil dejar un lugar donde te sentías cómoda para ir a otro completamente nuevo y desconocido.

Hizo una breve pausa al notar que Ernestina mantenía la cabeza baja.

— Pero la vida se trata de eso: de aprender a adaptarse a los cambios y a las dificultades que se nos presentan —agregó, mirándola con una sonrisa—. Además, vamos a una ciudad hermosa, hija. Ya vas a convencerte que vale la pena.

Ernestina no parecía del todo convencida, pero eligió creer en las palabras de su madre.

— También vamos a poder volver a nuestra ciudad en vacaciones, así vas a reencontrarte con tus amigos y con la familia. Acá, de todas formas, te esperan muchas cosas lindas.

Ernestina secó sus lágrimas con un pañuelo que le alcanzó su mamá. Decidió darle una oportunidad a Santa Fe.

Más tarde, ya en la ciudad de las constituciones, su madre la llevó a recorrer distintos lugares, mostrándole lo mejor de cada uno. En cada destino, a Ernestina le parecía una mejor idea quedarse allí.

— Y esperá, que hay más —dijo su madre—. ¿Qué hora es?

— Las dieciocho cincuenta y ocho.

— Perfecto.

Sin dar más explicaciones, condujo hasta la costanera con la intención de atravesar el puente colgante.

— Ma, no entiendo... ya pasamos por acá.

¿Para qué volvimos?

— Esperá — respondió su mamá, sin agregar nada más.

No pasó mucho tiempo hasta que los ojos de ambas se iluminaron con las hermosas luces del puente, justo a las diecinueve en punto. Ernestina quedó fascinada por los colores que la envolvieron: fue una mezcla repentina de felicidad y alivio. En ese instante, se sintió en casa. Por primera vez, pudo aceptar que Santa Fe era su nuevo hogar.

— Mami, esto es bellísimo —dijo sin apartar la vista de las luces resplandecientes.

— Aguantá, vamos a la costa. Desde lejos se ve todavía más lindo.

Terminaron de cruzar el puente y bajaron a la orilla de la laguna. Se sentaron y continuaron contemplando la vista, ahora más completa. Los ruidos de la ciudad mezclados con la calma del agua le dieron a Ernestina la seguridad para decir:

— ¿Sabés qué? Lo pensé mejor y me di cuenta de que no es tan malo quedarse acá. Quiero empezar otra vida. No puedo esperar a conocer gente nueva.

— Me alegra mucho, mi vida — respondió su madre, abrazándola con fuerza, sellando sus palabras y marcando, al mismo tiempo, un nuevo comienzo. ~

**Rocío Baccega**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La puerta invisible

**ALICE** se caracterizaba por ser una persona muy curiosa; por eso, cuando escuchó el rumor de que en la casa de los Diez de Andino las personas desaparecían, no dudó en ir a comprobarlo. Según decían, esto solo les ocurría a quienes entraban de noche y sin autorización. El 19 de septiembre de 2003 decidió investigar por su cuenta. Esa noche llevó consigo una mochila en la que guardó una linterna, su celular y un fierro para abrir la puerta.

Era la 1:00 a. m. cuando llegó al lugar. Se dirigió rápidamente a la entrada de la casa y utilizó el fierro para forzar la cerradura. Logró abrirla apenas un poco, sin llegar a romperla por completo, pero finalmente consiguió entrar.

Al ingresar, observó que todo estaba oscuro, por lo que encendió la linterna de su celular. Mientras avanzaba por la casa, Alice iluminaba las paredes: el lugar parecía abandonado desde hacía años. Había muebles cubiertos de polvo y un silencio tan profundo que le erizaba la piel. Al llegar a una habitación del fondo, notó algo extraño: detrás de una biblioteca vieja había una pequeña puerta entreabierta. La curiosidad la llevó a empujar la biblioteca hacia un costado y meterse por la abertura.

Un estrecho pasadizo descendía bajo la casa. Alice caminó durante un rato hasta llegar a una sala oscura. En el lugar no había más que fotos antiguas de personas desconocidas colgadas en las paredes. Antes de poder analizar la situación, escuchó voces provenientes de arriba.

— ¿Por qué está abierta la puerta? —preguntó una voz masculina.

— Revisen toda la casa —ordenó otra.

Alice reconoció el sonido de radios policiales y la sirena. Corrió de regreso por el pasadizo y salió a la planta principal.

— ¡Acá estoy! —gritó Alice al ver a los oficiales.

Nadie le respondió.

— ¡Fui yo quien entró! ¡Estoy bien!

Los policías continuaron como si no la hubieran escuchado. Confundida, Alice se acercó a uno de ellos, de cabello rizado, y lo tomó del brazo, pero su mano lo atravesó por completo. Retrocedió horrorizada.

— ¿Qué... qué está pasando?

Los agentes seguían inspeccionando la casa sin verla ni escucharla. Temblando, Alice giró hacia la entrada del pasadizo por el que había salido. Allí había varias personas observándola en silencio: hombres, mujeres y niños de distintas edades, todos con la misma expresión triste. Entonces comprendió quiénes eran. Eran las personas que habían desaparecido dentro de la casa, y ahora ella estaba junto a ellas. ~

**Brisa Chaparro**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La mujer del espejo

**DESDE QUE ERA PEQUEÑA** he escuchado diferentes historias sobre la casa más antigua de Santa Fe, pero todas concluían en lo mismo: un fantasma habitaba en su interior.

Nadie se acercaba a la casa debido al miedo que le tenían por los relatos que circulaban. Solía decirme mi padre que, además, su estética tampoco ayudaba: su aspecto descuidado y tenebroso ahuyentaba a todo aquel que quisiera acercarse. Sin embargo, yo, una joven de 21 años, no pensaba acobardarme ante los rumores.

Mi sueño era ser una periodista reconocida, y estaba dispuesta a todo para lograrlo, incluso si eso significaba meterme en la casa más temida de Santa Fe y escribir un buen artículo detallado sobre ella y lo que había en su interior.

Le conté a mi madre sobre mi "plan", pero no estuvo de acuerdo.

— Alissa, es demasiado peligroso, sabés lo que podés encontrar ahí dentro — recuerdo haberla escuchado decir, preocupada.

Le prometí que no lo haría para tranquilizarla, pero fallé.

Al día siguiente, en una noche fría, rompí mi promesa y decidí ir a investigar aquel lugar. Al llegar, caminé por un delicado sendero de pétalos rosas del árbol lapacho de la vereda, que me dio la bienvenida y me guió hacia la puerta de la casa. La empujé suavemente y esta, con un chirrido, se abrió lentamente. ~

Con una linterna en una mano y mi cámara de fotos en la otra, entré y comencé a tomar imágenes. Caminé despacio por los rincones cubiertos de polvo. No sentía miedo y tampoco había escuchado ningún ruido desde que había entrado, lo que me resultaba extraño, pero decidí dejarlo pasar. Al final del pasillo, en el fondo de la casa, había una puerta entreabierta y entré en la habitación.

Dentro, un espejo alto y grande estaba ubicado en el centro. Me aproximé y me posicioné frente a él. En ese momento, mi respiración se cortó: no solo me veía a mí misma, sino también a una mujer alta, vestida de blanco, reflejada detrás de mí. Me giré asustada para enfrentar a aquella entidad, pero no había nadie. Volví a mirar el espejo y allí estaba otra vez, observándome fijamente.

Retrocedí varios pasos, incapaz de apartar la mirada.

— ¿Quién eres? —pregunté con tono tembloroso.

Ella no respondió. Solo levantó lentamente su mano y señaló mi cámara. Confundida, revisé las fotos que había tomado desde que entré en la casa. Mi corazón se detuvo al verlas: en todas aparecía aquella mujer. En una estaba al final del pasillo; en otra, detrás de una puerta; y en la última, la más reciente, estaba parada justo a mi lado.

Al mirar nuevamente al espejo, ya no estaba. Por primera vez en la noche, sentí un miedo profundo. Quise salir corriendo, pero antes de poder moverme vi cómo algo se escribía solo sobre el vidrio: “Lárgate si no quieres que tu alma permanezca aquí para siempre.”

Salí corriendo de la habitación y atravesé toda la casa con lágrimas en los ojos. Por fin logré salir. Afuera, me desplomé y lloré desconsoladamente mientras el sol comenzaba a salir.

Luego de varios días, me atreví a revivir aquella noche y escribí el artículo. Pronto lo hice público y muchas editoriales se interesaron en él. Desde ese día, agradezco al cielo haber podido salir de allí y me prometí jamás volver a pisar cualquier lugar así, sin importar qué. ~

**Maite Gallo**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# El secreto del patio rosado

**EN UNA VIEJA CALLE DE SANTA FE,** había una antigua casa abandonada. Todos los que caminaban cerca de allí recomendaban evitar mirar, por la noche, al majestuoso lapacho rosado que aparecía en el frente del hogar. Muchos contaban historias al respecto. Algunos decían que esa vivienda era la más antigua de la ciudad y que el lapacho del patio llevaba más tiempo allí que cualquier persona con vida.

Cada primavera, el árbol florecía sin retraso, pero alguien siempre faltaba.

Tomás, intrigado por esos cuentos, decidió entrar por la noche a la casa junto a sus amigos. El sol se escondía detrás de los árboles y el grupo de adolescentes ya estaba fuera del lugar, listo para pasar. Dentro, todo el suelo estaba cubierto por flores frescas del árbol, incluso en las habitaciones cerradas.

Todos se burlaron, menos Tomás. Se separó de su grupo solo unos metros para observar unos cuadros, pero rápidamente su atención fue captada por una pequeña puerta debajo de las escaleras, dentro de un estrecho espacio. El suelo de la habitación estaba atravesado por raíces del árbol, al igual que las paredes, donde los raigones trepaban y las fotos estaban pegadas entre ellos. Cada fotografía parecía mostrar diferentes personas junto al gran lapacho.

Detrás de cada una de ellas parecía haber algo escrito: “Ahora pertenece a la casa”.

Entonces escuchó a sus amigos gritar y correr hacia afuera. Preso del miedo, Tomás salió corriendo, pero tomó un desvío diferente. Luego de unos pasos, se dio vuelta y, algo desorientado, vio que detrás de él se extendía un largo pasillo que parecía no tener fin. Los minutos pasaron y cada habitación parecía ser igual a la anterior.

Algo desesperado, comenzó a caminar más rápido hasta finalmente dar con lo que parecía ser la puerta de salida. Afuera, el patio estaba vacío. Lo único que se veía era el lapacho moviéndose lentamente bajo el viento. Y, entre sus raíces, una nueva foto:
la de él. ~

**Luana Godoy**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Dicen que nunca es tarde, pero para mí sí

**AMBOS JÓVENES** estaban parados observando a las personas que pasaban. Leandro, negado a la charla como siempre, se cruzó de brazos. Estaba necio desde que Camila le dijo que iba a cambiarse de escuela; eso era lo único que parecía rondarle en la cabeza.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Camila, sin entender por qué su amigo parecía tan frustrado con la vida.

Leandro se encogió de hombros antes de hablar.

— Tengo miedo —expresó finalmente—. No quiero que te cambies de escuela. Me vas a dejar solo, como hizo mi viejo.

Camila se dio vuelta para mirarlo. Buscaba respuestas en sus ojos, pero no entendía del todo su miedo y tampoco dijo nada. Simplemente caminaron en silencio hasta el puente.

— Pero yo no soy tu papá —dijo ella cuando llegaron.

— Pero vos también te vas, como hizo él —replicó Leandro.

— Y bueno, pero no te pongas así. Nomás me cambio de escuela, no hagas tanto problema —murmuró ella, ya exasperada —. Si no te gusta, andate.

Leandro solo pudo mirarla, dolido. No se movieron ninguno de los dos. Camila supo, por el simple hecho de que él no gritara, que lo había lastimado de verdad.

— Perdoname —susurró sin mirarlo —. Me pasé.

Pero fue tarde. Leandro ya se había cerrado de nuevo.

— No, está bien. Andate nomás.

Lo último que vio Camila de él fue cómo tomaba una bicicleta de la Municipalidad y se iba. Esa tarde Camila esperó el colectivo sola. Cuando llegó a su casa, estaba expectante por recibir algún mensaje de él, pero no fue así.

Por su parte, Leandro se sentía negado consigo mismo. Para alguien que había jurado no ser como su viejo, ahora se sentía igual: culpando y dándose a la fuga.

Al día siguiente, cuando Camila fue a la escuela para pedir perdón, él no había ido. A la tarde quiso mandarle un mensaje, pero estaba bloqueada por todas partes. Como último intento, fue a su casa, pero el padre de Leandro le dijo que él ya no estaba.

Le pesaba saber que había sido fría, que las cosas habían terminado así. Pero ya no importaba. Para él — y ahora también para ella —, sí era tarde. ~

**Jeremías Ibarra**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# El silbido

**LUCÍA,** una chica de diecisiete años, esperaba en la estación de trenes de Santa Fe con la mochila al hombro. Era de noche y las luces del andén parpadeaban. Se iba a estudiar a otra ciudad y Tomás había ido a despedirla para que no viajara sola. Él llevaba una linterna en la mano.

Tomás llegó en su bicicleta, con una gorra verde. Estaba nervioso y no paraba de mirar hacia atrás.

Cruzaron caminando el Puente Colgante. Las luces estaban apagadas. De golpe, escucharon un silbido bajito que venía de abajo, de la laguna. Lucía se aferró al brazo de Tomás y él, para tranquilizarla, le dijo que debían ser pájaros. Pero el silbido se repitió, más cerca. Los dos se quedaron inmóviles.

Bajaron hacia la Costanera de Santa Fe para mirar mejor. La linterna de Tomás parpadeó y se apagó, dejándolos en la oscuridad. Escucharon pasos en el agua y el silbido otra vez, justo detrás de ellos. No esperaron más y corrieron de regreso al puente.

Llegaron a la estación sin aliento. Lucía subió al tren y, desde la ventana, vio a Tomás parado en el andén, con la cara pálida. El silbido se escuchó una última vez, pero esta vez venía de adentro del tren que empezaba a moverse. Lucía miró a Tomás de nuevo y supo que él también lo había escuchado. El tren arrancó y el silbido se fue con ella. ~

**Alma Olivarez**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Cuando el mundo se hizo silencio

**MARILÚ LO VIO EL PRIMER DÍA.** Estéfano estaba solo, apoyado contra la pared del pasillo de la Escuela Doctor Nicolás Avellaneda N.° 478, esperando a sus amigos y con cero ganas de hablar con nadie. Orgulloso, callado, con esa cara de "no me molesten" que usaba como escudo. Trabajaba por las tardes en el taller de su tío, así que siempre llegaba con las manos un poco sucias de grasa y la mochila llena de responsabilidades.

Ella era todo lo contrario. Marilú llegaba riéndose, abrazando a medio curso, sensible hasta por una canción triste. Extrovertida, chistosa, inteligente… y orgullosa también. No le gustaba rogarle cariño a nadie.

Todo empezó con miradas. Él la miraba de reojo cuando ella hacía chistes en clase y todo el aula se reía.Ella lo miraba cuando él bajaba la vista del pizarrón y se perdía en sus propios pensamientos.

Después vinieron los saludos: un "hola" seco de él; un "hola, Estéfano" con sonrisa gigante de ella.

Hablaban con frases cortas. Él contestaba con monosílabos. Ella no se ofendía. Decía que los chicos callados guardaban las mejores historias.

Pasó una semana.

Marilú no aguantó más. Orgullosa, sí, pero más curiosa. Una noche le mandó un mensaje con la excusa más vieja del mundo:

— Che, ¿tenés la tarea de Matemática? Se me borró la foto. Estéfano tardó veinte minutos en contestar.

— Sí. Te la mando.

Y le envió la foto. Y un “de nada”. Y ahí no terminó todo.

Hablaron hasta las dos de la madrugada. Ella contaba anécdotas; él respondía poco, pero se quedaba. Ella preguntaba; él se abría de a poquito. Dominante en su forma de ser, pero por primera vez alguien no le tenía miedo a su silencio.

Los días pasaron. No les importó que Estéfano fuera de pocas palabras y Marilú de mil. No les importó que los dos tuvieran orgullo de sobra para una pelea. Se dieron una oportunidad.

Con Marilú, Estéfano conoció el amor sin tener que explicarlo todo. Aprendió que se podía reír sin perder el respeto, que estar con alguien no era depender, sino elegir quedarse. Ella ordenó el caos que él llevaba dentro. Le enseñó que pedir ayuda no te hacía débil.

Con Estéfano, Marilú conoció la seguridad. La de un chico que, aunque no hablara mucho, cuando decía “yo te cuido”, lo cumplía. Con él se rió hasta que le dolió la panza. Con él entendió que el amor también era silencio cómodo, no solo palabras.

Marilú y Estéfano podían mirar el amanecer de la costanera este en silencio y convertir ese momento en un recuerdo hermoso. No hacía falta hablar a mil, porque así como Estéfano se adaptó a escuchar mil palabras por minuto de Marilú, ella también aprendió que el silencio dice más que mil palabras.

Ninguno era su primer amor. Los dos traían historias viejas y miedos guardados. Pero cuando se miraron aquella tarde, sentados en un banco blanco del Parque Juan de Garay, uno de los pulmones verdes de la Santa Fe, después de salir de la escuela, los dos pensaron lo mismo: “No rompimos nada. Nos encontramos para arreglar algo que ni sabíamos que estaba roto.”

Y se quedaron ahí. Sin apuro. Sin promesas grandes. Solo dos pibes de quince que decidieron arreglarse juntos. ~

**Daira Rosales**
3ro 1ra.
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La última flor del lapacho

**UNA FRÍA TARDE DE OTOÑO,** Sofía caminaba cerca del Museo Antiguo de Santa Fe. En el patio se alcanzaba a ver un enorme lapacho rosado. Sus flores cubrían el suelo como una alfombra de pétalos. Durante el día, los visitantes admiraban el museo, pero por las noches circulaba una extraña leyenda. Decían que, cuando caía una flor del lapacho sobre el banco que estaba debajo de una de sus ramas, alguien recibía un recuerdo muy importante del pasado.

Sofía no creía en esas historias, pero sentía mucha curiosidad. Por eso decidió regresar una tarde, cuando el museo estaba casi vacío. Mientras se acercaba al árbol, vio a un anciano sentado en el banco, como si estuviera esperando a alguien.

— ¿Qué hace aquí tan tarde? —preguntó Sofía.

— Esperar — respondió el anciano con voz tranquila.

Su nombre era don Ernesto. Cada año visitaba aquel lapacho rosado el mismo día y a la misma hora, aunque nadie sabía por qué. Mientras conversaban, de repente una flor cayó lentamente desde la punta del árbol y se posó junto a ellos. Don Ernesto la tomó con cuidado; sus ojos se llenaron de lágrimas y permaneció en silencio unos segundos.

— Mi nieta adoraba este árbol —dijo finalmente—. Veníamos juntos todas las primaveras. Hace muchos años que ella ya no

está, pero cada vez que cae una flor siento que vuelve a visitarme a través de mis recuerdos.

Sofía sintió un nudo en la garganta. Por fin comprendía que aquella leyenda era cierta y que detrás de ella se escondía una historia triste y profunda.

Pasaron los meses y don Ernesto dejó de pasear por el museo. Una vecina le contó a Sofía que el anciano había fallecido. Al año siguiente, Sofía regresó a la plaza donde lo había conocido. El banco estaba vacío y el museo, en completo silencio. De repente, una flor rosada cayó de las ramas y se detuvo justo en el lugar donde don Ernesto solía sentarse.

Sofía tomó la flor y la sostuvo entre sus manos durante unos segundos. Una lágrima recorrió su mejilla mientras recordaba la historia que él le había contado. Quizás el árbol no guardaba fantasmas ni magia, tal vez solo conservaba los recuerdos de quienes habían sido felices bajo su sombra.

Desde ese día, Sofía visitó el lapacho cada primavera para dejar una flor sobre el banco vacío. Aunque el tiempo siguió pasando, nunca olvidó que algunas personas se van para siempre, pero permanecen en el recuerdo de quienes las han querido. ~

**Luciano Duffort**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# El Gigante de la Setúbal

**EL 15 DE ENERO DE 1998**, un joven de 25 años fue a pescar a la Laguna Setúbal. Era una tarde tranquila de verano cuando, de repente, sintió un tirón tan fuerte que casi pierde la caña. El agua comenzó a agitarse y algo enorme se movía bajo la superficie. Sin saber qué era, reunió todo su valor y empezó una dura lucha. Mientras intentaba sacar al pez, escuchó un extraño ruido que parecía venir desde el fondo de la laguna.

Después de varios minutos de esfuerzo, logró acercarlo a la orilla. Cuando finalmente salió del agua, descubrió que era un enorme dorado. Sus escamas brillaban con una luz dorada que parecía iluminar el agua. Los pescadores que estaban cerca quedaron sorprendidos, ya que nunca habían visto un dorado tan grande.

Le tomó una foto para recordar aquel momento. Sin embargo, antes de devolverlo al agua, observó una extraña marca en uno de sus costados, como si fuera un símbolo grabado. Cuando intentó verla mejor, el pez dio un gran salto y desapareció en las profundidades de la laguna.

Desde aquel día, volvió muchas veces a pescar a la Setúbal, pero nunca volvió a encontrar al misterioso dorado gigante. Aun así, cada vez que recuerda aquella tarde del 15 de enero de 1998, se pregunta qué secreto escondía realmente ese pez. ~

**Diego Colombini**
Dr. Nicolás AvellanedaN° 478

✳✳✳

# El pescador fantasma

**EN SANTA FE,** donde el Paraná se abre ancho y traicionero, los viejos pescadores del Puerto de Colastiné cuentan la misma historia cuando el río baja turbio y no hay pique.

Dicen que hace años vivió un pescador que se llamaba Roque. Era el mejor de todos. Conocía cada banco de arena, cada remanso, cada "pozo" donde dormían los dorados. Pero Roque tenía una regla: "Al chiquito se lo devuelve". Si el surubí no llegaba a la marca del remo, volvía al agua. "Hay que dejar que crezca", decía. "El río da, pero también hay que darle tiempo".

Un verano hubo seca brava. La gente tenía hambre y el pescado valía oro. Los pescadores nuevos llegaron con redes de arrastre y malla finita. Sacaban todo. Doradillos del tamaño de la mano, armados, bogas que todavía no habían desovado. "Si lo tiramos vuelve chiquito y no sirve", se reían.

Roque les gritó, peleó, denunció. Nadie le dio bola. Una noche de tormenta se metió solo en su canoa para sacarles la red del agua. El río estaba picado. Un tronco lo tumbó. Dicen que el Paraná se lo tragó con red y todo. Su cuerpo nunca apareció.

Desde esa noche, cuando algún pescador abusa y se lleva hasta el último piquitito, el río se pone raro. El agua se enfría de golpe. Las boyas se hunden solas. Y en la niebla aparece una canoa vieja, sin remos.

Adentro va Roque. Ya no tiene cara, solo un sombrero de paja chorreando agua negra. Rema con una mano porque en la otra lleva una red rota. No dice nada. Solo pasa al lado de tu canoa y con el dedo te marca la línea del remo, como hacía en vida.

Si tenés doraditos chicos en el balde, su canoa se te pega y no te podés mover. La red rota empieza a sacar del agua todo lo que agarraste, uno por uno, y lo devuelve al río. Cuando termina, te mira... y el sombrero gotea sobre tu embarcación. Al otro día tu red aparece hecha jirones, enredada en un tronco.

Los viejos dicen que Roque no castiga al que come. Castiga al que vacía. "El río es de todos", susurra el viento antes que desaparezca en la correntada. "Pero solo si dejamos que los chicos crezcan".

Por eso, cuando salís a pescar en Santa Fe y agarrás un dorado chico, acordate: medilo con el remo. Si no llega, devolvelo. No es por miedo a Roque. Es por respeto al río que nos da de comer.

Dicen que sí lo hacés, una noche de luna vas a ver su canoa a lo lejos... y él te va a levantar el sombrero en señal de gracias antes de perderse en el Paraná. **~**

**Nahuel Figueroa**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# El puente que unió camino

**HACE YA MUCHAS DÉCADAS,** cuando las calles de tierra se llenaban de polvo al paso de los carros y el Paraná corría ancho y caudaloso, vivía en La Capital un muchacho llamado Mateo. Su abuelo había llegado años atrás desde el norte, y siempre le contaba: "Santa Fe no es solo tierra y agua; es el lugar donde se encuentran todos los que quieren construir algo nuevo".

En esa época, cruzar desde la ciudad hacia la otra orilla o conectar con los pueblos vecinos no era fácil. El río era camino y también límite. Las barcas de madera transportaban mercaderías trigo, lana, frutas de las quintas -y también historias que venían de Entre Ríos, del Litoral, de países lejanos que llegaban por el puerto.

Mateo ayudaba a su tío en un taller de carpintería, cerca de la antigua zona portuaria. Le gustaba observar cómo se construían embarcaciones y escuchar a los viajeros hablar de las tierras del interior, de las vías férreas que poco a poco iban extendiéndose por la provincia, y de las ferias que se armaban en las plazas principales con productos de toda la región.

Un año después de una gran crecida que dañó parte del paso habitual, vecinos, trabajadores y familias se reunieron. Decidieron que habla que trabajar juntos para levantar una estructura más firme: un puente que respetara el río pero que acercara más a las personas. Hubo días de esfuerzo, discusiones, ideas distintas, pero también mucho compañerismo, tal como se hacía en las colonias

agrícolas que se habían formado alrededor de Santa Fe, donde nadie dejaba solo al vecino.

Cuando finalmente se pudo cruzar sin depender solo de la marea, Mateo ya era un joven. Mientras caminaba sobre la obra terminada, su abuelo le dijo: -Mira bien: esto es como nuestra provincia. Empieza en una orilla, crece con el agua, pero se hace fuerte cuando se une con lo que está al lado.

Con el tiempo, la ciudad creció: se abrieron escuelas, se construyeron edificios que hoy son parte de nuestra historia, llegaron más familias de distintas partes del mundo -italianos, españoles, suizos, alemanes- que trajeron sus costumbres, sus recetas y sus formas de trabajar, mezclándolas con las que ya estaban aquí.

Hoy, cuando caminamos por la costanera, vemos el mismo río que vieron ellos. El puerto cambió, las calles se asfaltaron y la ciudad se extendió mucho más lejos, pero sigue guardando ese espíritu: el de ser un punto de encuentro, donde el agua, la tierra y el trabajo siguen escribiendo la historia día tras día. **~**

**Valentino Bastía**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Fertúro y su historia

**EL MEJOR CORREDOR DE MOTOGP,** acaba de ganar su quinceavo título internacional, pero, para llegar a este momento hay que ir al inicio de todo esto.

Valentino Amato, nacido el 26 de julio de 2001 en Santa Fe Capital. Es un adolescente ya graduado, en la escuela "Dr. Nicolás Avellaneda", que le encantan las motos. Es un mecánico que no tiene un buen futuro pero pensó en una idea que le propuso a su amigo.

Valen: "oye, y si hago una Marca de Motos?" le dijo Valentino a su amigo José.

José: "no es mala idea, hay que hacerlo"

Al día siguiente, Valentín empezó a crear su logo y nombre, llamando a su marca Fertúro. Renunció a su trabajo y en su casa comenzó a hacer planos de proyectos y modelos de nuevas motos. Valentín llama a José para decirle algo.

Valen: "José, compremos las piezas, ya tengo una moto"

Después de la llamada, hubo problemas, y era el personal. Valentín se planteó una pregunta.

Valen: "¿Cómo hacemos las motos? somos 2"

Valentín manejó por toda la ciudad buscando gente que quiera participar, hasta que encontró a alguien que quiso ser parte del proyecto, donde el señor llamó a sus amigos inexpertos en tema de motos, para que se unan también y ellos aceptaron.

Valen: "El personal está listo, faltan las piezas".

Pero surgió otro problema, José volvió a la casa de Valentín con las manos vacías.

José: "Valen, no me quisieron vender las piezas, todos los negocios son una farsa, me parece que tocará crear nuestras piezas"

Valentín se quería matar, ya que él no sabía nada de crear piezas.

Valen: "Vamos a hacer las mejores piezas, y destronar a esos farsantes, porque Santa Fe será el nuevo rey del mundo de motos, cueste lo que cueste"

Todos empezaron a crear, prueba y error, hasta que todo funcione y... después de días, semanas, hasta meses, crearon el primer modelo de moto, una Streetfighter llamada “Fertúro VJF 600 TT”, al probarla, rendía como una bomba, era rápida, buena aceleración, todo moderno, con ayudas.

Valen: "José, realmente hicimos algo que podría hacernos millonarios"

La pusieron en el mercado de venta de motos, y la primera y única moto, duró meses en venderse, hasta que alguien la compró por 3500 dólares.

Cuando vieron la compra, se emocionaron tanto que comenzaron a fabricar más modelos iguales.

Mientras que Valentín y José, se mataban de tanto pensar por otros modelos nuevos, hasta que José se le ocurrió un nombre.

José: "oye Valen, se me ocurrió un nombre para el nuevo modelo"

Valen: "¿Qué nombre se te ocurrió?"

José: "pensé en... Fertúro Coster 1000 RT, una moto deportiva que rendirá de 10"

Valentín, realizó los planos de cómo podía ser la moto y presentó el modelo a los fabricantes.

Valen: "Escuchen, este será la nueva moto que haremos, será mejor que la que hicimos, es una deportiva de 1000 cilindradas"

Todos comenzaron a fabricar las piezas como decía el plano, trabajaron por meses, mientras que se vendían a montones la primera moto. Llegó el gran día, cuando se terminó el modelo Fertúro Coster 1000 RT. Se vendió tan bien que la empresa fue creciendo bastante.

Años después, Fertúro se metió a las carreras GP, ganando premios internacionales y nacionales, haciendo que Valentino Amato sea el creador de una de las mejores marcas de motos de Argentina. ~

**Micaela Manente**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Je t'aime, toi

**DICEN QUE A LOS 15,** uno cree que sabe todo o cómo funciona el mundo, pero la verdad es que yo de eso no tengo ni idea.

Hace un tiempo me hice una promesa: no volver a confiar demasiado en nadie. Había decidido guardar bajo llave todo aquello que me volvía vulnerable, convencida de que era la única forma de evitar que me lastimaran otra vez.

Y entonces apareció Andrés.

Lo nuestro empezó como algo casual. Era exactamente lo que yo buscaba: nada de etiquetas, nada de expectativas y nada que me obligara a sentir más de la cuenta.

Pero hay cosas que cambian tan despacio que uno no se da cuenta hasta que ya es tarde.

Pasaron cuatro meses y, sin darme cuenta, Andrés dejó de ser alguien con quien compartía momentos para convertirse en alguien importante en mis días.

Recuerdo una noche en particular. Estábamos hablando como siempre cuando, de un momento para otro, desapareció. Mientras la pantalla seguía vacía, mi cabeza empezó a inventar historias.

Capaz se cansó. Capaz encontró algo en mí que no le gustó. Capaz entendió antes que yo que esto nunca iba a funcionar.

A la mañana siguiente apareció como si nada hubiera pasado. Y aunque la explicación fue mucho más simple de lo que había imaginado, esa noche me hizo entender algo: ya no me daba miedo perder una historia.

Me daba miedo perderlo a él.

También tuvimos peleas. Nos enojamos, nos dejamos en visto y dijimos cosas que no tendríamos que haber dicho. Pero después volvíamos a hablar.

Creo que ahí entendí que lo importante no era no discutir nunca, sino elegir quedarse incluso cuando las cosas se complican.

El Día del Padre lo invité a la casa de mi abuelo. Verlo ahí, riéndose con mi familia, fue extraño en el mejor sentido posible.

Después escuché a mi mamá decir: — Es el novio de Bella—. Y él no la corrigió.

Fue algo pequeño, pero todavía recuerdo la sensación que me dejó. Porque muchas veces las cosas importantes pasan así, en detalles simples.

Hay tardes que se me quedaron grabadas para siempre. Tardes en la costanera de Santa Fe, caminando, hablando de cualquier cosa o simplemente mirando el agua.

No porque pasara algo extraordinario. Sino porque ahí entendí que Andrés ya no era alguien pasajero. Era alguien que se estaba convirtiendo en parte de mis recuerdos.

Todavía tengo miedo. Me da miedo imaginar demasiado y me da miedo querer tanto a una persona. Pero también entendí que vivir intentando evitar el dolor significa perderse muchas cosas lindas antes de tiempo.

Por eso intento disfrutar las risas, los abrazos y esos momentos simples que terminan convirtiéndose en recuerdos.

Porque la memoria se lleva los detalles, pero conserva las emociones.

Y si algo tengo claro es que voy a recordar cómo me sentía caminando a su lado mientras el sol se escondía detrás del agua. Porque al final las historias no se quedan con nosotros por cómo terminan. Se quedan por todo lo que nos cambiaron mientras sucedían.

Y Andrés cambió algo que yo creía Imposible. Me enseñó que confiar no es dejar de tener miedo. Es elegir quedarse incluso cuando el miedo sigue ahí. Y capaz eso sea el amor. No la perfección. No los cuentos de hadas. Sino dos personas llenas de defectos e inseguridades que, aun así, eligen quedarse.

Y hoy, si me preguntan qué siento cuando lo miro, la respuesta es simple. Siento paz. Y después de todo lo que me costó volver a confiar, creo que eso vale más que cualquier otra etiqueta. ~

**Matías Santillán**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La Ciudad Inundada

**AÑO 2857.** Pasaron 831 años desde que casi todo el mundo quedó bajo el agua por un fenómeno del cual aún no hay explicación. Por suerte, la humanidad logró imponerse y sobrevivir. Yo me llamo Daniel, tengo 16 años y, desde chico. mi mayor deseo es encontrar alguna evidencia de lo que había sido la antigua ciudad de Santa Fe, la cual quedó bajo el agua durante aquella inundación mundial. MI familia siempre me dijo que eso nunca pasó, que solo eran mitos.

Hoy me desperté y, aunque eran las 9:30 de la mañana, hacía un calor insoportable. Aun así, era un día muy especial porque, después de tanto tiempo ahorrando, iba a realizar una expedición con mis amigos al río Paraná.

Cuando llegó la tarde, mis papás me llevaron al puerto donde ya estaban todos mis amigos esperándome y apurándome desde afuera.

— Por favor, tené cuidado, hijo — dijo mi mamá, que estaba en contra de esta expedición, pero igualmente me permitió hacerla.

— Sí, ma, quedate tranquila. No nos va a pasar nada. Además, nos va a acompañar un androide — respondí antes de bajarme del auto con mi equipo de mate.

Apenas me reuní con mis amigos. me di cuenta de que Tizi estaba lleno de miedo. Se notaba por cómo le temblaban las manos. Subimos al submarino, que iba a ser manejado por el papá y la tía de Thiago.

Pasaron las horas y cada vez estábamos más profundos. Solo había agua. Ya estábamos por volver a la superficie, algo decepcionados por no encontrar nada, hasta que, más abajo, vimos una estructura parecida a una cancha de fútbol.

— ¡Esa es la cancha de Colón, bolado — dijo Thiago.

— ¿Cómo va a ser la cancha de Colón? — respondí.

— ¡Posta, tarado! ¡Pa, acercate!

Cuando nos acercamos, pudimos distinguir parte del escudo de Colón. Seguimos avanzando y encontramos el viejo Puente Colgante, el viejo faro, la cancha de Unión, entre tantas otras cosas.

Luego de unas horas decidimos volver a la superficie. Teníamos todo grabado y habíamos sacado fotografías. Ahora contábamos con la evidencia suficiente para demostrar que el mito de la antigua ciudad de Santa Fe no era realmente un mito. ~

**Florencia Loza**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La desaparición de Avril

**RECUERDO COMO ESA MAÑANA,** Rocha me sacudió del sueño. — Nena, ¿dónde quedó Avril? — me dijo.

Abrí los ojos como pude y vi sobre mí el rostro de Rocha desencajado. Por primera vez, sentí las pulsaciones sobre mi cabeza. Éramos un grupo de seis amigas que siempre estábamos juntas. Nos conocíamos hacía muchos años. Nos juntábamos siempre para salir, estudiar o pasar el tiempo hablando. Avril era la más divertida del grupo; siempre hacía chistes y nos sacaba una sonrisa a todas.

El domingo 18 de diciembre de 2022 nos reunimos en la casa de Sandra, en Santa Fe, para ver la final del Mundial entre Argentina y Francia. Estábamos todas muy nerviosas y no podíamos dejar de mirar el partido. Cuando Argentina salió campeona, empezamos a gritar, llorar y abrazarnos de la emoción.

Después salimos a festejar al Molino, lugar de encuentro santafesino. Había música, banderas, fuegos artificiales y muchísima gente. En un momento, Avril y Loana se adelantaron a nosotras. Pensé que estarían unos metros más adelante, pero cuando la empecé a buscar me di cuenta de que no estaba por ningún lado. Ya la encontraríamos nuevamente.

Durante días registramos todos los lugares debajo del cielo gigante. Y, sin darnos cuenta, el tiempo pasó.

Dos años después, en 2024, nos avisaron que una chica había aparecido en Córdoba. Viajamos enseguida. Cuando la vi, sentí un alivio enorme y la abracé tan fuerte que no quería soltarla.

Avril nos contó que recordaba muy pocas cosas. Nos dijo que, en medio del festejo, se había separado de nosotras porque creyó que habíamos ido por otra calle y que había perdido su teléfono. Con tanta gente se desorientó y terminó subiéndose por error a un colectivo de larga distancia. Como era chica y estaba asustada, no supo cómo volver ni cómo pedir ayuda. Con el tiempo fue pasando por distintos lugares hasta que, dos años después, una mujer la ayudó y dio aviso a la policía en Córdoba.

Gracias a eso pudieron encontrar a su familia y avisarnos. Cuando la volvimos a ver, no podíamos creer que por fin estaba con nosotras otra vez.

Desde ese día seguimos siendo amigas y nunca más volvimos a separarnos cuando salíamos juntas. ~

**Giuliano Moncada**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La isla que apareció

**LA TORMENTA,** cayó de repente sobre la laguna, y cuando pasó, nada quedó igual ahí donde los pibes solían juntarse a curtir el mambo.

Los árboles quedaron sin ramas. El agua estaba toda revuelta y cuando calmó, el silencio era raro, viste. Al otro día, mi viejo me llevó en la lancha pa' ver cómo había quedado la costa.

Mientras íbamos bordeando, se nos cruzó una islita chiquita que nunca habíamos visto antes. Nos arrimamos entre los camalotes y las flores. En el medio, una caja llena de barro nos llamó la atención. Como pudimos, la abrimos. Dentro había un libro viejo de pescadores, de isleñas y de leyendas antiguas de Santa Fe y las vecinas. También había un mapa que marcaba lugares del río que no existían.

Mi viejo, me sonrió y me dijo: "La Setúbal cambia siempre, pero la historia es la misma". Guardamos el cuaderno y en casa lo pusimos a buen resguardo.

Desde ese día entendimos que el río no nos lleva solo agua... también lleva historias, misterios y recuerdos. ~

**Gonzalo Molina**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# La sombra del bosque

**EN ENERO DE 1890,** un grupo de amigos inseparables decidió pasar una tarde en el misterioso Jardín Botánico de Gorriti. Mientras tomaban mate y conversaban, el ambiente cambió cuando comenzó a caer la tarde. El bosque quedó envuelto en un silencio inquietante y decidieron explorar un estrecho pasillo que los llevó hasta el fondo del lugar.

De pronto, Molina notó que Leguiza había desaparecido. Junto a Paniagua comenzó a buscarlo desesperadamente. Mientras avanzaban, escuchaban pasos detrás de ellos y veían una sombra moviéndose entre los árboles. Después de una larga búsqueda encontraron una vieja cabaña abandonada. Desde adentro se escuchaban los gritos de Leguiza.

Al entrar con cuidado, lo encontraron atado a una silla. Lo desataron y escaparon rápidamente del bosque. Más tarde, ya en la casa de Leguiza, él contó que había seguido una sombra creyendo que era Molina. Al llegar a la cabaña, una figura desconocida lo sorprendió, lo amarró y le inyectó una extraña sustancia que le provocó mareos.

Los tres prometieron no volver nunca más al Jardín Botánico de Gorriti. Sin embargo, días después, Paniagua regresó al lugar y descubrió que la cabaña había desaparecido por completo, como si nunca hubiera existido.

El misterio continuó cuando Molina encontró en el bolsillo de la campera que había usado ese día una vieja llave con una placa

que decía: "Cabaña 13" Sin saber cómo había llegado allí, llamó a Leguiza y a Paniagua. Los tres comprendieron que aquello no era una simple coincidencia y que el secreto del bosque seguía oculto.

Aunque habían jurado no regresar jamás, entendieron que la historia de la sombra del Jardín Botánico de Gorriti todavía no había terminado. ~

**Thiago Paniagua**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Misterio en la Alfombra Mágica

**— CHE,** ¿lo hacemos? — me dijo Thiago mientras miraba el reto en el celular.

— Imposible -respondió Molina —. La Alfombra Mágica es impenetrable por la noche.

Sin pensarlo demasiado, los tres agarramos las bicicletas y fuimos hacia la Alfombra Mágica. Llegamos en diez minutos; eran las 2:55 a. m. Leguiza entró primero, mientras Molina y yo dudábamos si seguir. El lugar estaba completamente oscuro y el silencio hacía que todo pareciera más aterrador. Sentíamos que alguien nos observaba desde algún rincón.

— Grabame cuando suba la escalera — dijo Leguiza.

Saqué el celular y empecé a grabar. Apenas llegó al final del tobogán, el teléfono se apagó de golpe. En ese mismo instante apareció una figura negra y desfigurada detrás de un árbol.

— ¿A qué vine? — susurró Molina.

Leguiza se tiró por el tobogán. Eran las 3:01 a. m. Cuando volvimos a mirar, la figura había desaparecido. Miramos otra vez hacia el tobogán... pero Leguiza también había desaparecido. Lo llamamos una y otra vez, sin obtener respuesta.

De repente llegaron la policía y nuestros padres. Un oficial gritó: «¡Salgan de acá! Este es un lugar prohibido. No encontrarán más a su amigo».

Pasaron los años. Molina y yo regresamos para descubrir la verdad. En un banco vimos a Leguiza, vestido igual que la noche de su desaparición. levantó la cabeza. sonrió y las luces se apagaron. Cuando volvieron, el banco estaba vacío. Desde entonces, nadie volvió a entrar a la Alfombra Mágica de noche. ~

**Luciana Roldán**
3er año
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Tan frágil como un puente

**UN DÍA SOLEADO Y PESADO DE ENERO,** cinco años después del derrumbe del puente colgante en Santa Fe, los chicos jugaban en la pelopincho bajo el sol.

La madre los observaba con una mezcla de ternura y nostalgia. Aquel patio lleno de risas también guardaba un vacío que la hacía volver, una y otra vez, a sus recuerdos más dolorosos.

Julián, el menor, cansado de jugar, se apoyó en el borde de la pileta.

— Má, ¿cómo conociste a papá?

Ella volvió de sus pensamientos y le sonrió con tristeza.

— Es una historia larga, Juli. Creo que ni tus hermanos la conocen completa.

Florencia, la mayor, reconoció enseguida el dolor en la voz de su madre. Sabía que nunca había logrado superar la muerte de su padre ni la culpa que cargaba desde aquellos días en el hospital. Por eso intervino:

— No es momento de preguntar esas cosas, Julián.

— ¡Pero quiero saber! ¡Yo casi no sé nada de papá! ¡Vos sí lo conociste! — respondió él, molesto.

— Bueno, no peleen. Yo no tengo problema en contarle. Entremos, que ya empiezan los mosquitos.

Mientras los chicos preparaban una chocolatada y la madre cebaba unos mates, Julián insistió:

— ¿Y, ma? Contame algo de papá.

Florencia resopló, pero prefirió quedarse callada y se fue a su habitación con un libro. La madre respiró hondo.

— Es una historia larga… ¿Por dónde empiezo?

— ¡Sí!

— Todo comenzó en 1970, en primavera. Fui con unas amigas a la costa. Martina se encontró con su novio y él estaba con unos amigos. Entre ellos estaba tu papá: alto, morocho, de ojos que iluminaban hasta la noche más oscura.

— ¿Como los míos? — preguntó Julián.

— Sí, igualitos.

Recordó aquella tarde con una sonrisa.

— Hablamos durante horas. Después me llevó en su moto y me prestó su campera porque hacía frío. Antes de irse me preguntó si podía pasar a buscarme al día siguiente. Esa noche casi no dormí. Sentí que había conocido al hombre de mi vida.

A los pocos meses me pidió ser su novia con un ramo de rosas rojas, mis favoritas, en el mismo lugar donde nos conocimos.

— ¡Qué tierno! Yo quiero ser como mi papá — dijo Marcos.

— Ya sos muy parecido a él.

— ¡Seguí, má!

— Fuimos novios ocho años antes de casarnos. Fueron los mejores años de mi vida. Tu papá siempre buscó hacerme feliz y nunca dejó que nos faltara nada.

— ¿Y qué pasó? — preguntó Marcos.

La madre se quedó unos segundos en silencio.

— Ese día me enteré de que estaba esperando a Juli. Quería darle la noticia de una forma especial, pero su jefe le pidió quedarse un rato más en el trabajo…

Respiró profundo antes de continuar.

— Mientras cruzaba el puente colgante, una parte de la estructura se desplomó. Cayó junto con su bicicleta y nunca volvió.

Esa misma tarde perdí al hombre que amaba. Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

— Tu papá fue un gran hombre. Ojalá hubiera podido conocer a Juli. El niño bajó la mirada.

— A mí también me hubiera gustado conocerlo, mami.

La madre lo abrazó con fuerza. Durante un instante, el silencio habló por los dos. ~

**Santino Zancada**
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

***

# Toda una vida a la sombra del mundo

**DE CHICO** me crié a dos cuadras de la costanera de Santa Fe, mirando la Laguna Setúbal, siempre con un alfajor y un juguito.

Era un pibe medio raro. Me gustaba pescar. Andaba siempre viendo zanjones y huecos
con agua, haciéndome el cazador. Una tarde encontré a Princesa en un zanjón de la vereda era medio fea, con espinas gruesas, dientes filosos y ojos negros como pozos.

Me dio curiosidad al verla, pero sabía que si me la llevaba iba a ser un quilombo, entonces pensé y dije: "Me la llevo a escondidas". Agarré, la metí en un balde viejo que encontré tirado con agua y me la llevé. Entonces me di cuenta que no tenía lugar y fue ahí cuando me acordé de que en mi pieza había una baldosa despegada hace años. La levanté, cavé un hueco abajo y lo llené de agua del zanjón. Le puse la baldosa encima otra vez. Ahí vivía Princesa, bien escondida de cualquiera y más de mi vieja, que no se podía enterar nunca.

Mi vieja era de las que revisaba todo, que barría hasta debajo de la parra. Por eso me volví más vivo. Cuando ella salía a comprar pan yo le cambiaba el agua a Princesa. Si chapoteaba de noche, yo tosía fuerte o prendía la radio para tapar el ruido. Una vez mi hermano chico escuchó algo y le dije que era una rata en el caño.

Mi vieja me miró torcido, pero zafé.

Estuve así hasta los 25. Conocí a Marta, me casé con ella, tuvimos a Luz. En casa era guiso y vida normal. Pero el hueco de la pieza siguió ahí. Marta nunca supo tampoco. Veinte años casado y ella jamás se enteró.

Luz creció rápido. Se hizo señorita. Y un día nos cayó de sorpresa con un novio de Capital. Un porteño. Avivado, de esos que hablan fuerte y se creen más vivos que todos. "Papá, mamá ... este es Javier", nos dijo Luz toda colorada. Al mes ya estaban de novios firmes y, al poco tiempo, se instalaron acá. Un yerno inesperado, de Buenos Aires, metido en mi casa sin que nadie lo llamara. Yo lo miraba de reojo mientras tomábamos mate. Él miraba todo: la casa, el piso, las paredes. Y yo con Princesa abajo, sin que nadie sospeche.

Hasta que una tarde me lo soltó así nomás: "Suegro, che... ¿ese bicho que dicen que tenés vale plata? Mirá que nos hacemos la guita". Yo lo corté en seco: ¿Cómo te enteraste?”. Se quedó callado sin mirarme a la cara.

Un día llegó la crecida de la Laguna. El agua se había metido por todas las tuberías de la casa. Cuando bajó el agua, levanté la baldosa... y Princesa no estaba. Se había ido por algún caño viejo cuando se inundó todo. Mi yerno había hecho un hueco en un caño sabiendo que no iba a vender a Princesa y se volvió a Capital puteando.

Hoy soy viejo. Ya no tengo a Marta. Luz se fue de la provincia. Pero sigo en la misma pieza. Una mañana me levanté como cualquier otra y, de repente, escuché un chapoteo que reconocí al instante. Me acerqué al pozo y levanté la baldosa. Princesa estaba ahí, más grande, más vieja. Sorprendido dije: "¿Qué hacés acá?". Ella movía su cola como diciéndome que la siguiera. Y siguiéndola me di cuenta de que no se escapó: que todo este tiempo había estado buscando un lugar más tranquilo y espacioso.

Y no se fue nomás. Desde ese día, cada vez que me acerco a la laguna con mi mate, el agua se mueve. Aparece ella entre los juncos. Me mira, chapotea una vez, corno saludándome. Y yo le contesto de lejos: "Acá estoy, vieja". ~

✳

# Escuela N° 3059 Nuestra Señora de Fátima

**Antonella Sofia Contreras**
5to Economía y Administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Treinta y cinco grados a la sombra

**ERA PLENO DICIEMBRE DEL 2025,** en la ciudad de Santa fe, hacía un calor infernal que no te dejaba ni pensar. A las tres de la tarde, con 35 grados a la sombra y una siesta que hacía que todos estén encerrados, en la calle no había nadie, ni un alma. El asfalto absorbía tanto calor que parecía largar vapor.

Yo iba caminando por Boulevard pegada a las paredes de las casas para poder tener un poco más de sombra, arrepintiéndome de haber aceptado cuidar a mis primas menores a esa hora. Estaba escuchando música a todo volumen para no escuchar el ruido insoportable de las chicharras, que me volvían loca.

Al tener que girar para ir a la costanera, el aire cambiaba, se volvía denso, pesado, como si se te cerrará el pecho. De golpe dejo de escuchar la música, supuse que me quedé sin batería, miro y veo la pantalla encendida, con líneas grises. Me saqué los auriculares y ahí siento un escalofrío que me recorre la columna; silencio total, las chicharras extrañamente se habían callado de golpe. Miré hacia el puente colgante, desde lejos pude divisar una silueta de una chica, dándome la espalda, contra la baranda. Llevaba puesto un guardapolvo de tela gruesa que nadie usaría con este calor y el pelo largo, que caía como una cascada por su espalda, chorreando agua. Agua verde, sucia, parecida a la de la Laguna Setúbal.

La chica se giró despacio, demasiado despacio. Al verme comienza a sonreír lentamente de una manera macabra, lo más raro era la parte de sus ojos, porque no había. Eran dos espacios negros, vacíos, sin vida, de donde chorreaba agua oscura y estancada, con muy mal olor.

— ¿Tenes hora, Anto?.

Su voz no vino desde el puente. Se sintió dentro de mi cabeza, me quedé helada, horrorizada. Pero me surgió otra duda cómo es que sabía mi nombre.

Intenté girar e irme, pero sentí los pies pesados, como si no pudiera moverme por el peso, bajé y lo que encuentro ya no es la vereda caliente es barro mojado, filtrándose por mis zapatillas. Desesperada agarré el celular y miré la pantalla, diciembre de 1983, el año que el puente se cayó por la inundación.

Cuando levanté la vista ella ya no estaba en la baranda, si no que a dos metros de mí. Su olor era demasiado fuerte. Levantó la mano, como si quisiera agarrarme, noté que sus manos estaban pálidas, también en sus uñas había arena.

— Acá abajo no hace tanto calor...— sonó en mi mente.

Cerré los ojos, queriendo salir de ahí, inspiré profundamente y dejé escapar un grito que desgarró mi garganta.

El bocinazo de un colectivo me hizo asustar. Abrí los ojos de golpe, estaba parada en medio de la vereda de la costanera, el sol me daba en la cara y el calor se hizo insoportable. Los autos seguían moviéndose y las chicharras hacían ese ruido tan distintivo. Todo parecía normal.

Dejé escapar un suspiro de alivio, pensando que me bajó la presión por el calor y había alucinado. Caminé rápido para salir de ahí. Pero cuando giré a ver el celular para ver la hora, se me heló la sangre.

En el reflejo, vi a la chica, pegada en mi hombro, sonriendo. Y en mi tobillo, justo arriba de la zapatilla, encontré la marca de una mano hecha de barro seco. ~

**Augusto Paniagua**
5to Economía y Administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# De repente, un día

**ME LEVANTÉ,** ese fue mi primer pensamiento esa noche, cuando escuché los sonidos afuera de mi patio. El sonido de pisadas, de ratas de tamaño sobrehumano escarbando entre las cajas de mi padre, como moscas encima de la basura buscando roer todo lo que encontraran.

Fue esa noche que me pregunté: ¿son peores las consecuencias imaginadas que las sucedidas? ¿hubiera hecho alguna diferencia el haber actuado?. La duda fue efímera, la alarma ya estaba sonando, la patrulla se escuchaba a lo lejos y las ratas habían desaparecido tan rápido como llegaron. Fue esa noche, donde me cuestioné si el silencio, el haberme quedado acostado en mi cama, paralizado con mis miedos, fue mejor que haber gritado o tocado la alarma como si la casa se hubiera prendido fuego.

En la mañana, abrí mis ojos con poco y nada de voluntad. ¿Me carcome la culpa de lo que no hice, pero qué hubiera hecho? No lo pude saber, mis padres estaban discutiendo en el comedor tan temprano, el olor a café aguado y el sartén usado llenaron mi nariz tapada por el frío y humedad. Vacile hacia el baño, me miré la cara, la culpa no era lo único marcado en la cara en el espejo, estaban las ojeras, la piel grasa y fría, como un fiambre olvidado en el camino, eso es lo que me dije a mi mismo para al final ahogar la inspección con agua caliente. Me lavé la cara, me afeité, me arrastré a la cocina y me serví el café con leche.

El patio fue usurpado, levante la cabeza para ver un cable pelado, las fibras amarillas saliendo de ese cable negro me hubieran preocupado más si hubiera sido el internet, el intento fallido de mi padre de instalar una cámara posiblemente lo salvó. Entraron y cortaron el cable más cercano, tenían algo con filo. ¿La preocupación sobre las consecuencias del silencio subió de vuelta, hubieran hecho algo en el momento que se abriera la puerta? Qué hubiera sido de nosotros si él salía a bocajarro, quedando expuestos, indefensos, vulnerables a la completa enfermedad de aquellos seres cuya existencia odio con todo mi ser, Dios pueda perdonarme cuantas veces los he maldecido, los insulté, desee su malestar, la enfermedad entre otras muchas cosas que no podrían siquiera completar el odio y completo veneno que me genera recordar sus asquerosas manos llevándose lo que no les pertenece.

Volviendo adentro, vi a mis padres a los ojos, sus caras me generaban un dolor. El dolor de la impotencia, el dolor que precede a la ira por dicha impotencia, la incapacidad de tomar lo que uno con esfuerzo consigue solamente para ser arrebatado frente a tus ojos, en tu propia casa, una burla que si fuera reprimida podría costarle a uno o más la vida.

Fue en la esquina de Francia y Domingo Silva, en que el frío me acompañaba mientras esperaba en Barranquitas, que simplemente dejé de pensar. Lo hecho no se puede cambiar, buscar un final diferente a lo ya sucedido no me dio más que una amargura que me quitaba el presente frente a mí, las horas que pasara esculpiendo el escenario perfecto en mi mente perderían sentido, una ficción no cambiaría la realidad.

— "..."

— "Eu..."

— "..."

— "¿Estás bien?"

— "Estoy cansado."

— “Que embole lo que te pasó...”

— “¿Estuvo mal lo que hice?”

— “No sabría decirte, hay casos y casos.”

— “ ¿Por qué ellos no sufren por lo que nos hacen? ¿Por qué somos nosotros los que tenemos que vivir con miedo, con la constante amenaza de salir perdiendo?” Pensé mientras seguía a mi amigo para la cancha de tierra.

Realmente quisiera tener el poder de pararlo todo, tener la capacidad de hacer algo al respecto, pero todo tiene su precio y tal vez prefiero pagar esto antes que una tragedia. **~**

**Bautista Amati**
5to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# El último colectivo

**ERA UNA TARDE** de mucho calor de diciembre en la ciudad de Santa Fe. El aire húmedo hacía que las calles del centro estuvieran pesadas y llenas de gente.

Desde la costanera santafesina se veía el río bajo el sol, mientras algunos chicos andaban en bicicletas y otros tomaban mate cerca del agua.

Tomás, un chico de 17 años, salía de la escuela para tomar el colectivo rumbo a Alto Verde. Mientras esperaba, escuchó a una señora muy preocupada:

— ¡Perdí mi cartera! — Decía mirando hacia todos lados.

Tomás dudó, pero decidió ayudarla. Luego de consultarle lo que la aquejaba, se dirigieron hasta una plaza cercana, donde el viento empezaba a mover las hojas y el cielo se ponía gris. Después de buscar por unos largos minutos, y ya creyendo que nada más se podía hacer, Tomás encontró la cartera debajo de uno de los bancos.

— ¡Acá está! — Dijo contento.

La mujer le agradeció emocionada justo cuando comenzaba a llover fuerte. Ambos se dirigieron nuevamente hacia la parada de colectivo. Como el joven ya intuía, el colectivo tardaría un largo rato en llegar ya que a esa hora no pasaban con mucha frecuencia.

Tomás miró su celular y vio que la batería también le jugaba una mala pasada ya que estaba casi agotada. Entonces decidió refugiarse tras un gran árbol para que lo cubriera un poco y se quedó mirando el río.

Después de un rato, sus pensamientos volaron e imaginaron miles de historias que podrían o no haber sucedido en aquel extenso río que se movía sin parar. Y casi sin darse cuenta el tiempo pasó y el último colectivo que lo regresaría a su casa ... apareció. Tomás llegó tarde a su casa, mojado y cansado, pero feliz.

Esa noche entendió que ayudar a alguien puede valer más que cualquier apuro. ~

**Catalina Garmendia Lares**
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Los árboles hablan

**SUELO DESPERTAR** oliendo las flores que se marchitan, últimamente por un exceso de agua por las lluvias que inundaron las calles. Pero hoy no huelo aquellas margaritas, rosas o crisantemos llorar sin poder salvarse, ahogadas por lo que alguna vez les dio vida. Hoy, un aire helado y húmedo viaja por mi cuerpo, además de una agotadora sensación de que el oxígeno se me escapa. Sin dudas anoche fue el día...

Maggie siempre deja una flor que sobrevivió al agua en la mesa de nuestra habitación en el primer rocío de invierno. Ella suele levantarse antes de los primeros rayos del sol, como si le jugara una carrera, intentando disfrutar los pequeños momentos en donde puede apenas saborear una pequeña libertad. Al contrario, yo disfruto cada segundo que pueda pasar durmiendo entre las débiles sábanas, despegándome de todo lo que soy, y lo que alguna vez fui. Al menos por unas pocas horas.

Nuestra casa, al igual que las de las demás mujeres que vivimos aquí, está escondida, lejos de la ciudad, detrás de un barrio llamado "La Esmeralda". Escucho de a ratos la voz de mi padre, de aquellas últimas veces que logré entender lo que sus ojos querían decirme; "No importa lo que nadie pueda decirte, Judith, las palabras e ideas, pueden cambiar el mundo". Supongo que en algún momento quise creerle. Mucho antes de que Maggie me encontrara bajo la lluvia aquella noche.

Debí haberme aseado y preparado hace quince minutos, pero sigo mareada, sentada en un costado de la cama, observando como las nubes se avergüenzan por interrumpir el brillo del sol.

Luego de haber perdido el aliento, corriendo de aquí para allá, logré verme presentable. Y dejé varios rizos colgando de mi peinado habitual, lo que por alguna razón superficial a la señora Emily parecía molestar. Mientras me dirigía hacia la puerta principal, observé como las señoras Bety y Lydia tenían que lidiar con el malestar de Rosa, y con sus nietas, pequeñas y frágiles como la cola de un ratón. De entre las apedreadas calles yacían casas de todos los tamaños y colores. Todas habitadas por las más extraordinarias mujeres. Estábamos cómodas en nuestra pobreza, porque nos teníamos una a la otra, siempre fue así. Ahora, cada dos casas se encuentra alguna de ellas enferma. Y los encargados de buscar una cura, se paran en frente de ellos mismos a mostrarse las panzas y discutir mientras escupen los lujos que los rodean.

Mi padre me dirigía ideas desesperadas por cambiar un mundo que no tenía lugar ni para mí, ni para mis hermanas. Solo quedo yo. Y planeo hacer lo necesario para aportar mi parte. Por mí, y los que no pueden. Pero primero, tengo que salir de este establecimiento en el que ahora me encuentro. La maravillosa Escuela Para Señoritas de Emily Greene. Aquí es donde Maggie hace sus lecciones de pintura. Hace unos años terminó el ciclo inicial y ahora necesita perfeccionarse en algo que le pueda servir a la sociedad. Una tarea sumisa y acorde a un corsé ceñido a la cintura. Maggie nunca tuvo problemas para demostrar un buen aporte a las demás damas que nunca vieron futuro en ella. Siempre me contaba historias de cómo lograba escaparse tardes enteras para encontrarse con Jim. El hombre que siempre amó, pero más destacable aún, la cuidó cuando nadie más lo hizo. Dejó un hogar violento para vivir solitariamente visitando a su futuro esposo, hasta que aparecí yo.

Desde las ventanas del salón principal logro ver a la distancia como Maggie unta pinceladas cargadas de emoción por todo el lienzo, lo que hace que brille mucho más que el de cualquiera de esas otras cuatro mujeres. Mi sonrisa desaparece al escuchar a una de

nuestras directoras entrar a la sala. Nos hace caminar en círculos con una pila de libros en la cabeza, diciendo que eso corregirá nuestra mala postura. Intento equilibrarme, pero aquello solo lleva a que mis libros terminen en el piso más veces de las que deberían. Me gano un golpe en la mejilla por parte de la directora tan arrugada y apretada por su vestido negro y voluptuoso que apenas le distingo la expresión de fastidio. Y aunque me llevo un cachete rojo a casa, no tengo emociones que me interpelen porque la costumbre a esta rutina es más fuerte que cualquier directora de esa horrible escuela. Luego de esa clase y una sobre la posición de nuestros labios al hablar, debo ir a la parte trasera de la escuela, donde Maggie, yo, y muchas de las chicas con las que vivo nos dedicamos a limpiar y fregar todo lo que se usó en el día. De esa manera pagamos la educación. Un trato hecho por nosotras mismas al estar obligadas a asistir al establecimiento por "deber social" como si conseguir la comida de todos los días no nos tomara todo el dinero que recibimos por la generosidad de los más ricos.

Las semanas pasan, y el invierno se convierte en un obstáculo mayor. Dejan de haber velas suficientes para iluminar nuestro hogar, y toda tela que tengamos nos la ponemos encima para aguantar el frío.

Luego de días completos llenos de escarcha a un paso de ser nieve, el cielo nos regaló una noche mágica. Había un cálido aire refrescante que nos permitía dejar entrar la luz de la luna con las ventanas abiertas. Como todas las noches, me dedico a escribir las injusticias de vivir en una sociedad que tiene como líderes a personas que se preocupan por el dinero y el poder. Recorto un pedazo de diario que hoy encontré en la calle que habla de una guerra entre países. Mientras aquí nos estamos congelando y enfermando, allí los líderes del mundo quieren devorar el poder como si fuera una sustancia palpable y rejuvenecedora.

Hoy, la luna atestigua mi decisión de publicar mis críticas con unos pequeños ahorros guardados debajo de mi cama. Cuando el sol salió, me dirigí a verle la cara a un arrugado secretario que con dinero publicó mis palabras sin casi leerlas.

Una semana después, declararon mi muerte, luego de que miles de personas hayan leído mis críticas y se hayan unido a protestar. Puse ideas en palabras que nunca antes se habían pronunciado. Y abracé una vez más a mi padre, quien me sostiene en sus brazos. ~

**Ignacio Konig**
5to Economía y Administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# La luz de la Costanera

**ME LLAMO TOMÁS,** y tengo diecisiete años. Vivo en la ciudad de Santa Fe y siempre me gustó caminar por la Costanera cuando cae el sol. Una noche de verano me pasó algo que todavía recuerdo.

Hacía mucho calor, de esos días en los que la humedad parece pegarse a la piel, o sea un día cualquiera en nuestra ciudad. Desde la Costanera se veía el río tranquilo, reflejando las luces de la ciudad mientras algunas familias tomaban mate cerca del agua. Después de salir de la escuela, me encontré con mi amigo Lautaro en la Plaza 25 de mayo.

— ¿Te animás a investigar algo raro? —me preguntó.

— Depende de qué tan raro sea —contesté.

Me contó que su abuelo hablaba de una luz misteriosa que aparecía algunas noches cerca de unos galpones abandonados junto al río. Yo pensé que era una historia inventada, pero igual acepté acompañarlo.

Cuando oscureció, caminamos hacia la zona del viejo puerto. El lugar era muy distinto al centro de la ciudad. El viento movía los árboles y el sonido del agua era lo único que rompía el silencio. De repente vimos una luz blanca que se movía entre las sombras.

— ¿La viste? —susurró Lautaro.

— Sí, y no parece una simple linterna.

Por un momento pensé en volverme. Sin embargo, la curiosidad pudo más. Decidimos acercarnos con cuidado.

A medida que avanzábamos, escuchamos voces. Nos escondimos detrás de una pared y observamos. Había dos hombres moviendo cajas mientras iluminaban todo con una lámpara potente.

— Apúrate, que no quiero problemas —dijo uno de ellos.

Entonces entendimos que no era ningún fenómeno extraño. Parecía que estaban escondiendo objetos robados.

— Tenemos que llamar a la policía —le dije a Lautaro.

— ¿Y si nos descubren?

— Peor sería no hacer nada.

Con las manos temblando marqué el número y expliqué dónde estábamos. Minutos después se escucharon sirenas. Los hombres intentaron escapar, pero fueron detenidos.

Más tarde, los policías nos explicaron que investigaban varios robos y que nuestra llamada había ayudado a resolver el caso. Mientras regresábamos por la Costanera, el aire estaba más fresco y las luces se reflejaban sobre el río.

— Al final sí había un misterio —dijo Lautaro.

— Sí, pero era mucho más real de lo que imaginábamos.

Esa noche aprendí que el miedo muchas veces nace de no conocer la verdad. Desde entonces, cada vez que paso por la Costanera de Santa Fe, recuerdo aquella aventura y la decisión que nos permitió resolver un misterio que parecía imposible. ~

**Jazmín Sánchez**
4to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Por fin o al final

**ELLA ERA MUY INGENUA,** amaba de una manera muy torpe, intensa, adolescente. Creía que cada mirada, cada sonrisa, cada abrazo o acercada de manos era una manera de él para demostrarle amor, pero no; y aunque a veces parecía que la quería, la ilusionaba. Nunca supo que pensaba de ella, o si la pensaba.

Pasaban los años y ella, aunque intentaba, no podía terminar de soltar ese amor tan intenso, tan fuerte, tan joven. Cada uno hizo su vida, vivieron en la otra punta del mundo, él con su familia, y ella cumpliendo sueños. Él nunca la recordó otra vez, pero ella nunca dejó de pensarlo.

Un día, ella volvió a Santa Fe para ver a su familia. Sus amigos contentos por su regreso, la invitaron a ver un partido de básquet en Unión donde jugaban sus hijos. Ella felizmente fue a pasarla bien, pero cuando estaba sentada en la platea, apareció él con su familia. En segundos sintió que su corazón se paraba, Santa Fe se detenía y solo existía él y sus ojos, esos ojos marrones que nunca la vieron como ella quiso. En esos segundos, él la vio y la saludó con la mano, sin significar nada, recordando a medias lo que ella jamás olvidó. ~

**Jazmín Vega**
4to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# El paso que nadie quiso dar

**EL SOL** empezaba a esconderse sobre la Ciudad de Santa Fe, las calles arboladas del centro y las aguas tranquilas del río Paraná que fluía bajo el famoso Puente Colgante. Para Javier Ramírez, esa hora solía ser la más tranquila del día: esperaba todas las tardes en la esquina de la avenida Pellegrini, justo frente a la entrada principal de la Universidad, a su hija Clara. Ella tenía 19 años, cursaba el segundo año de Derecho, era aplicada, educada y siempre llevaba su cartera de cuero marrón llena de libros y apuntes. La costumbre de esperarla se mantenía desde que empezó la facultad, sólo para asegurarse de que volviera sana y salva a casa.

Pero ese martes todo cambió. Las horas pasaron lentamente y Clara nunca apareció. Javier esperó más de una hora, miró a cada estudiante que salía y preguntó a guardias y compañeros, sin obtener respuestas claras. Lo último que supieron decirle fue que ella había salido puntual a las 19:00 horas, como siempre. Cuando intentó llamarla, escuchó una y otra vez: "El número al que intenta comunicarse se encuentra fuera de servicio". Un frío intenso le recorrió el cuerpo, tenía la sensación de que algo malo había ocurrido.

Desesperado, corrió a la estación de policía del centro para hacer la denuncia, pero recibió una respuesta que le heló el alma:

— Mire, señor — le dijo el oficial — la ley exige esperar 24 horas completas para iniciar una búsqueda formal. Es mayor de edad, seguro se quedó charlando o se le olvidó avisar. No se preo-

cupe en unas horas vuelve.

Javier reaccionó con firmeza:

— ¡Ustedes no la conocen! Clara nunca hace eso, siempre avisa dónde está, contesta en el momento y no tiene problemas. Algo le pasó de verdad.

Insistió durante mucho tiempo, suplicó que revisaran cámaras o enviarán policías a ver a los alrededores, pero solo le repetían lo mismo que faltaban indicios claros, que debían respetar los trámites. En ese momento comprendió una realidad dura: mientras el tiempo le jugaba en contra de su hija, nadie movería un dedo por ella. Entonces tomó la decisión de que, si la policía no actuaba, él mismo la buscaría.

Esa noche no durmió. Comenzó a anotar como se veía ella ese día con campera azul, pantalón negro y zapatillas blancas y cada lugar que solía recorrer. Al amanecer, acompañado de vecinos y amigos que quisieron ayudarlo, empezó su recorrido.
Volvió a la zona universitaria y preguntó en cada local cercano.
Fue el vendedor de diarios quien le dio el primer indicio:

— Señor, vi algo extraño hace tres días, había estacionado un auto gris oscuro, sin patente visible y con vidrios oscuros, vigilando la entrada de la facultad. Justo estaba cerrando cuando vi a una chica igual a la que muestra. Dos hombres bajaron rápido del auto y la subieron a la fuerza. Todo fue en cuestión de segundos.

Esa noticia le dio más fuerza. Como la policía seguía demorándose, consiguió tener acceso a las cámaras de seguridad de los negocios. Las imágenes le mostraron el recorrido de un vehículo que había salido del centro, cruzado la avenida Facundo Zuviría y tomado dirección hacia la costanera sur y los caminos alejados junto al río Paraná.

Durante dos días y dos noches Javier recorrió esa zona sin descanso, preguntando en cada casa, taller y a pescadores, guiado solo por su amor y el enojo de ver que las autoridades no hacían nada.

Fue al tercer día cuando un pescador mayor le dio la pista decisiva:

— Hace poco vi ese mismo auto entrar hacia un viejo galpón abandonado, escondido entre árboles altos, cerca del muelle viejo y bajo el recorrido del Puente Colgante.

Sin perder tiempo, Javier fue hacia ese lugar y logró que dos policías lo acompañaran al saber que había indicios de secuestro. Al llegar, el silencio era total. Se acercaron con cuidado, y cuando Javier pegó la oreja a la puerta de madera vieja, escuchó un sonido leve, casi un susurro: era la voz de su hija, llamando con dificultad. Derribó la puerta y entró.

Allí en una mesa, encontró una grabadora de donde salía la voz de Clara. La apagó, pero el eco siguió sonando en su cabeza, como si ella no quisiera irse, también vio cinta, sogas, y una venda negra que daba indicio de que alguien había estado ahí o peor de que había sido torturado. Suspiró y bajó la mirada, y vio un rastro de sangre seca marcando el suelo. Recorrió todo el lugar, pero ella ya no estaba.

¿Y si todo se lo había inventado él? ... Clara había fallecido varios años atrás... ~

**Joaquín Aguirre Arévalo**
5to Economía y Administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Que caros son los precios del amor (Tan biónica 2010)

Santa Fe, otoño 2025

**HOY TUVE UN ENTRENAMIENTO** muy fuerte, el básquet es mi pasión. Paso muchas horas de mi vida en mi querido club UNIÓN y conozco a cada persona y cada rincón. Una vez por semana voy a la biblioteca pedagógica de la peatonal San Martín y busco libros para que me ayuden a no atrasarme en la escuela, principalmente en Matemática y Física. Y fue ahí donde me pasó algo muy romántico, como en los K-dramas que mira mi hermana: parada en puntas de pie una chica trataba de alcanzar un libro que estaba justo en el último estante, y como mi altura llega al metro ochenta, le ofrecí amablemente mi ayuda. Casi no intercambiamos palabras, ella sólo me dijo: gracias.

La semana siguiente (y de forma muy intencional), los dos elegimos ir a la biblioteca el mismo día y al mismo horario para encontrarnos. Me animé y le dije: - ¡Hola !, qué bueno volver a encontrarnos, ¿cómo te llamás ?, ella con voz suave me contestó: - Me llamo Dafne y desde ese momento comenzamos a tener una larga conversación sobre nuestras familias, pasatiempos preferidos, libros, series, etc., y cuando nos dimos cuenta, habían pasado casi dos horas y la biblioteca ya estaba por cerrar, así que nos despedimos y antes de cruzar la calle, le dije: - ¡Me llamo Rafael!

Felizmente, y esta vez sí de forma casual, mi querida cancha de Unión fue el escenario de nuestro nuevo encuentro. Cada uno con nuestro grupo de amigos fuimos al recital de Tan Biónica, estuvo monumental, lo disfrutamos mucho, bailamos, cantamos hasta quedarnos sin voz y como estaba tan feliz pude animarme y decirle: - ¿Te gustaría pasear conmigo algún día?, y ella me respondió: ¡Sí !, cuando quieras, y abrió grandes sus ojos negros.

Todo lo que siguió fue hermoso: vimos cine, jugamos al bowling, recorrimos el Museo Florentino Ameghino, disfrutamos un show de jazz en la casa de los Aldao y una noche de luna llena nos dimos nuestro primer beso en la Costanera mientras el Puente Colgante cambiaba de color.

Estaba tan enamorado que quise compartirlo con mis padres, pero la conversación no salió como yo esperaba. Mi papá no estuvo de acuerdo con mi relación, le preocupaba que bajara mi rendimiento y se venía el partido más importante del torneo. Me dijo que no la vea más al menos hasta después de ese partido. En ese momento no supe qué hacer, no quise enfrentarme a mi papá y hablé con Dafne. Fue una tarde muy triste, se nos llenaron los ojos de lágrimas, ella no dijo nada y se fue.

En los días siguientes traté sólo de cumplir: iba al club, entrenaba, dejé de ir a la biblioteca y nada me entusiasmaba como antes. Pensaba mucho en Dafne y en cómo la estaría pasando ella. Hasta el entrenador habló con mi padre y le dijo que yo ya no era el Rafael de antes, que ahora era un chico triste, que sólo cumplía y que no disfrutaba del juego.

Pronto llegó el día de la final, entré al vestuario, me cambié y salí a la cancha, y cuando estaba acomodando mis cordones, al levantar la mirada vi a Dafne y a mis padres, los tres juntos, alentándome. Eso fue suficiente para que juegue un excelente partido. Fui elegido el mejor jugador y el premio se lo dediqué a mis padres y a Dafne: a mis padres porque reconocieron su error y decidieron confiar en mí, y a Dafne por hacerme conocer el amor. ~

**Joaquín Cordó Lagos**
4to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Escarlata y Grises

**UN DÍA,** cuando no tenía nada que hacer, decidí encarar para una de las tantas plazas que están a mi alcance, en esa semana me habían pasado un montón de cosas, mis viejos se divorciaron, mis amigos me empezaron a excluir, mi hermano se fue del país, y más acontecimientos desafortunados que no me gustaría contárselos ni a mi psicólogo, ¿y yo?... Yo seguía hundiéndome en el mismo pozo depresivo como siempre lo tuve que hacer, fingiendo demencia e intentando no enloquecer por las tragedias que estaba pasando, pero como dice el teatro, "La tragedia se vuelve comedia". Siempre fui una persona que buscó lo bello en lo diminuto, la paz en el caos...

Pero en estos momentos donde tenía que concentrarme para hacer "x" cosa, directamente no podía. Mi mente solo pensaba una cosa: ¿"Cuánto va a durar esto?", y así me hacía la cabeza, sobre pensaba más de lo que pensaba e indirectamente empecé a creer todo lo que el sobre pensamiento me decía:

"No sos suficiente", "no vales para esto", "nadie te quiere" y entre tantas cosas que sobre pensaba, decidí salir a caminar a la misma plaza que mencioné hace un rato.

Yo, mi walkman y una botella de agua helada que había dejado desde anoche en el freezer, me ayudaba bastante cuando tenia ganas de cortarme y quería alivianar esa sensación.

Hice unas diez cuadras hasta que di con la plaza, estaba sola, estaba nublado, hacía frío, y solamente estaba yo.

Las hamacas estaban mojadas, el pasto seguía mojado, y entre tanto escenario turbulento, lo vi, un pequeño sobre de color plateado escarlata que estaba pintado de rojo por dentro. Me dio mala espina desde el primer momento que lo vi, pero, aún así, decidí acercarme para ver que contenía adentro.

"Debe ser plata", pensé yo, pero no, ojalá hubiese sido eso. Incontables veces me enseñaron a no agarrar sobres sospechosos, no conectar USB que encontraba por ahí, no aceptar regalos de personas que no conozco, entre tantas cosas más. Pero esta vez algo me llamaba la atención, tenía al diablo y al ángel susurrándome al oído sobre lo que tenía que hacer, y sin pensarlo, lo agarré.

Al tomarlo, la plaza se llenó de un olor a perfume de mujer, pero no era cualquier perfume, era el perfume de mi abuela ya difunta, que Dios la tenga en su santa gloria. Cuando sentí ese olor se me revivieron todos los recuerdos que tuve en momentos y lugares menos turbulentos donde la esperanza todavía existía. Las tortas negras que improvisaba mi abuela con masa de pizza y azúcar negra, la radio cuando se despertaba antes de sentarse a tejer, como ella le rezaba a Santa Teresa de Calcuta todas las mañanas, las manos arrugadas de mi abuela que terminaban entre sus labios cuando me decía que haga silencio para que no le dijera a mi mamá que me había dado plata para los fichines y un alfajor.

Se me piantó un lagrimón en ese momento, no podía creer los recuerdos que se me desbloquearon en ese instante, me quedé confundido, yo ya sabía que los olores se guardan en un lugar privilegiado del cerebro.

Sin entender lo que pasaba, abrí el sobre, ahí adentro estaba una estampita de Teresa de Calcuta, no entendía nada, según yo el gris escarlata y el rojo siempre fueron de la mano con lo malo, lo he visto en muchos lugares, pero nunca lo había visto en un sobre tirado en una plaza donde solamente circulaban padres con sus hijos, parejas adolescentes y el señor de los helados que nunca supe su nombre que tenía precios sumamente caros para lo que real-

mente valía un cono en su momento.

Cuando me quise dar cuenta, una señora se sentó al lado mío, esa plaza era muy característica, era gigante, pero a la vez pequeña. Siempre me agradaron las personas grandes, pude conectar con ellas de cierto modo... Esta señora no era una señora como las que se me acercaban para preguntarme la calle de un cierto lugar, o de quien era hijo o nieto, ella me dijo cuatro palabras que me dejaron con más preguntas que respuestas

- “Reza mucho por mí”. Se paró, y se fue.

Las mismas palabras que me había dicho mi abuela antes de morir. Al día de hoy no sé qué sucedió, no volví a saber nada de esa señora, ni del sobre con la estampita de Santa Teresa de Calcuta, solamente me quedé con esas palabras, “Reza mucho por mí”. Desde ese momento empecé a orar y a pedirle a Dios por mis cosas, a pedirle a Dios por mi abuela, que, dicho sea de paso, lo tomé como una señal... **~**

**Joaquín Domínguez**
3ro Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# El hombre vestido de búho

**DURANTE LOS ÚLTIMOS MESES** la policía recibió múltiples reportes de incidentes en Santa Fe, Argentina. Todos relacionados a desbaratar distintos puntos donde se vendían sustancias ilícitas. Todas las escenas de crimen comparten las mismas características; cada persona en el lugar, presuntamente criminales relacionados a una banda, se encontraban noqueados y en sus frentes tenían con aerosol de color negro el símbolo de un búho.

Las opiniones de la gente estaban divididas, los que vivían o se encontraban cerca de Rosario en su mayoría estaban aliviados de que alguien finalmente se haga cargo de aquellos hombres y mujeres los cuales iban contra la ley, otros, sin embargo, tenían miedo. ¿Acaso una sola persona debe decidir quién es bueno y quién es malo? ¿Qué hará la policía contra él cuando dañe a un inocente? Se inició un proceso de investigación por toda la ciudad y por Rosario para encontrarlo, testigos mencionan ver por Las Flores 1 y 2 a un hombre extraño. Que usaba un casco o parecido con forma de búho y una capa, otros decían que un hombre parecido en características y con gran musculatura deambulaba por el barrio San Lorenzo, en techos o espacios abiertos siempre en la noche.

Años pasaron, específicamente dos desde el primer reporte, el hombre búho como era llamado por la gente, siguió activo. El porcentaje de crímenes bajó significativamente, en ese tiempo la policía estuvo cerca de atraparlo múltiples veces, pero jamás lo lograron.

Muchos ahora lo consideraban una leyenda urbana y otros lo ven como un regalo de Dios, los más conspirativos creen que solo fue una respuesta natural ante el crimen, casi como una carrera "evolutiva" contra ellos. Aunque la gran mayoría se inclinan más por la idea de alguien que sufrió de una situación o trauma que lo llevó a ser un vigilante, por lo que solo queda a disposición de ustedes, lectores, decidir si es el bueno o malo de la historia. Si acaso cuando la ley no funciona debemos hacer justicia por la propia mano, u observar como los búhos que lo pueden ver todo. ~

**Juan Pablo Ruta**
4to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# El misterio del hombre de negro

**OCURRIÓ UN DÍA QUE,** a lo lejos, dirigí mi mirada hacia el puente colgante y vi a un hombre misterioso vestido todo de negro. Observó la hora en su reloj. Se detuvo a mirar el agua de la laguna. La luz del sol se reflejaba en la quietud del paisaje. Sólo el verdor de los camalotes resaltaba a esa hora. De pronto, un reflejo le alcanzó su cara. Pasó la mano por su cabeza y acomodó su gorro. La mayor parte de su tiempo lo dedicó a mirar lo que tenía delante de sus ojos. Me pregunté una y mil veces qué estaba haciendo, cuáles eran sus ideas y pensamientos.

Con el correr de las horas, algunas lanchas y canoas empezaron a verse a lo lejos. En verdad, el paisaje y la vista de nuestra laguna Setúbal y nuestro puente colgante Marcial Candioti resultaban imponentes. De repente, vi que el hombre se acomodaba mejor, apoyado en la baranda. Al mirar el agua, su cara manifestó sorpresa. Demostraba asombro, como si necesitara corroborar aquello que había visto. Algo rompió la quietud del agua.

Algunas horas después, el hombre se marchó del lugar. No pude ver hacia dónde se dirigía. Sentí intriga.

Comenzada la semana volví al mismo lugar donde lo había visto. Me pasó haberme quedado sorprendido sobre la manera cómo sus ojos otra vez miraban el agua con detenimiento, como estudiándola...

Repetí este mismo recorrido de mi caminata en otras salidas a la semana...no me conformaba no saber más de esta situación para mí intrigante.

¿Saben qué...? Transcurridos unos días, a través de un medio periodístico local mis dudas e inquietudes desaparecieron... Aquel hombre que para mí mostraba todo un misterio, resultó ser un pescador que días después sorprendió con su pesca a la población santafesina. Había logrado atrapar a un pez dorado imponente, de gran tamaño...Era el hombre que yo había estado observando. El mismo que por días mi mirada buscó.

Entonces ello me invitó a pensar...qué inteligente... usó su observación, contemplando con detalles, nuestra laguna. No se había perdido ningún movimiento a su alcance.
Y así, develé el misterio de ese hombre de negro...un sencillo pescador de nuestras costas santafesinas.

Creo que desde ese día empecé a guardar y archivar avisos e información referidos a las costumbres de los pescadores.

Logré entender el motivo de por qué el hombre, tan seguido por mi atención, se vestía de negro. Me enteré de sus motivos... para que la ropa no luzca sucia rápidamente. También... para retener el calor corporal los días de mucho frío. Y además algo más que personalmente atrapó mi interés...para evitar contrastes visuales que puedan asustar a los peces.

Este día de salida e intriga se convirtió en nuevos saberes... nuevos aprendizajes... ~

**Lucía Aragón Odasso**
5to Economía y administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Churros con dulce de leche

**TODAS LAS TARDES A LAS 17:30,** Benjamín sacaba su carrito de churros a la Costanera Oeste de Santa Fe Capital.
El río Paraná de fondo, la brisa que traía olor a agua y pasto cortado, y la fila de estudiantes de la UTN y La Católica que salían de cursar, junto a grupos de pibes que bajaban con el mate y el termo a pasar la tarde.

Benjamín tenía 22 años, estudiaba abogacía a la mañana y a la tarde sostenía el puesto que había sido de su abuelo. Lo hacía bien: los churros crocantes, el dulce de leche justo, y un "gracias, que lo disfrutes" que hacía que la gente volviera.
Un martes de mayo, mientras armaba el carrito, vio que a 20 metros se instalaba alguien nuevo. Un carrito rojo brillante, impecable, con un cartel que decía: "Churros de Sofi".

Sofía tenía 21 años, estudiaba diseño gráfico y había decidido bancarse la facultad vendiendo churros los fines de semana. Pero era buena, demasiado buena. Su masa era más aireada, su dulce de leche casero, y sonreía a los clientes como si los conociera de toda la vida.

En una semana, la fila de Benja se acortó. La de Sofi no paraba. Benja pensó: "Es mi competencia. Me va a dejar sin laburo". Empezó la guerra fría de la Costanera.

Benja puso música más fuerte. Sofía trajo un parlante con cumbia santafesina y se llenó de pibes bailando.

Benja sacó una promo 2x1. Sofía respondió con churros rellenos de dulce de leche y chocolate sin cobrar extra.
Se cruzaban miradas cortas, frías, cada vez que uno se quedaba sin cambio o cuando el otro le sacaba un cliente.
Un sábado a la tarde, después de una tormenta, pasó lo peor. El carrito de Benja se quedó sin gas. Justo cuando tenía 15 personas esperando.

Sofi lo vio desde su puesto. Podría haber mirado para otro lado. En vez de eso, agarró su garrafa de repuesto, caminó hasta él y se la dejó en el piso sin decir nada.

Benja la miró confundido.

— Benja: "¿Qué hacés? Me estás sacando clientes."

— Sofi: "Y vos a mí también. Pero si se te apaga el fuego, no comen nadie. Y acá la idea es que la gente coma churros calientes, no que nos peleemos por quién vende más."

Benja no supo qué responder. Esa noche, cerrando el carrito, se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en cómo se le había mojado el pelo con la llovizna y en cómo se le marcaban los hoyuelos cuando se reía con los clientes.

El conflicto ya no era por las ventas. Era porque le gustaba su contrincante, y eso le daba bronca.
Una semana después, la Municipalidad avisó que iba a haber un festival gastronómico en la Costanera por el aniversario de la ciudad.

Un solo puesto de churros por cuadra. Benja y Sofi iban a competir por el lugar.

La noche anterior al concurso, Benja no durmió. No por el concurso. Sino porque tenía que decirle algo.
A las 16:00 del día del festival, se acercó al carrito de Sofi antes de que abriera.

— Benja: "Sofi, si querés, hagamos un solo puesto hoy. Yo pongo el carrito, vos la receta. Vendemos juntos. Si ganamos, compartimos el lugar. Si perdemos, al menos no nos odiamos por boludeces."

Sofi lo miró unos segundos. Después se rió.

— Sofi: “Tardaste, che. Yo ya había pensado lo mismo. Pero quería que me lo propongas vos.”

Ese día vendieron 300 docenas. Ganaron el puesto oficial de la Costanera por seis meses. Pero lo mejor no fue eso.

Ahora el carrito dice “Churros de Benja y Sofi”. Sigue estando en la Costanera Oeste, frente al río. La gente hace fila no solo por los churros, sino porque se quedan mirando cómo se cargan el uno al otro, cómo se roban dulce de leche de la boca, y cómo, cuando cae el sol sobre el Paraná, se olvidan de vender y se ponen a charlar como si no hubiera nadie más.

Benja ya no ve a una competencia. Ve a la mina con la que quiere abrir una casa de churros en la Peatonal San Martín cuando se reciba.

Y Sofía dice que el dulce de leche le sale mejor desde que se lo prueba Benja antes de salir a vender. ~

**Marlen Flamenco**
4to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# 5:18 am – Costanera Oeste

**— ¿NOMBRE DE LA VÍCTIMA?** — Consultó la agente Olga. La Costanera de Santa Fe estaba casi vacía salvo por los agentes y policías. La tormenta había dejado el pavimento mojado y el río oscuro se movía lentamente bajo las luces amarillas del puente.

Un grupo de chicos caminaban tambaleándose después de salir de una fiesta en "Portal del Río", todavía riéndose entre el alcohol y la música que seguía sonando en sus cabezas.

— Sofía Roldán, diecisiete años — el agente Gómez brinda la información. Se suponía que iba a ir a una fiesta en el Portal, pero la asesinaron antes de que pudiera llegar.

Olga asintió y ordenó que cubrieran el cuerpo pálido. La chica tenía una herida profunda en el pecho, como si hubieran clavado alguna arma blanca en él, y mantenía una expresión congelada como la de alguien que había muerto aterrada. Pero no fue nada de eso lo que llamó la atención de la Agente Olga Pérez, sino que, entre los dedos de Sofía, había un pequeño trozo de tela negra como si hubiera intentado defenderse de alguien antes de su asesinato.

— ¿Quién encontró el cuerpo? — Preguntó al forense más cercano.

— Al parecer fueron un grupo de chicos, entre ellos estaban la hermana de la víctima y el novio de la misma.

Ella asintió. El viento frío nocturno de pleno mayo la hizo estremecer. ~

**Micaela Calabrese**
5to Economía y administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# La maldición de la casona

**A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS VEINTE,** en Santa Fe comenzaron a verse cada vez más calles adoquinadas y nuevos tranvías recorriendo el centro de la ciudad. El rápido crecimiento de la ciudad atrajo a que familias adineradas empiecen a comprar terrenos sobre las avenidas más importantes con el fin de construir grandes casonas y modernizar antiguas viviendas.

En aquella época, Isabel Rojas vivía sobre un pequeño terreno ubicado en la esquina de Avenida Freyre y 3 de febrero. Ahí se encontraba una sencilla casa, hecha de madera oscura y rodeada por un patio lleno de jazmines y plantas medicinales que ella misma cuidaba cada mañana.

Después de perder a su esposo durante una crecida del río y a su único hijo por una enfermedad, aquel lugar se había convertido en lo único importante que quedaba en su vida.
Por desgracia para ella los empresarios comenzaron a interesarse por su terreno, ya que su ubicación era perfecta para construir una gran casona moderna. Isabel se negó a vender desde el principio.

— No pienso abandonar mi casa — repetía cada vez que alguien intentaba convencerla.

Sin embargo, poco tiempo después fue obligada a abandonar su hogar y la pequeña casa de madera en donde había pasado gran parte de su vida y la cual era lo único que a ella le quedaba fue demolida.

Los vecinos recuerdan que, el día en que la sacaron del terreno, Isabel permaneció bajo la lluvia observando cómo destruían su casa y, antes de irse dijo con una voz baja pero firme:

— Así como me quitaron todo lo que amaba, esta casa también les quitará todo a quienes vivan aquí. Nadie podrá ser feliz entre estas paredes. Después de eso Isabel se fue y nunca más se la volvió a ver.

Décadas más tarde, en 1954, la familia Ferreyra llegó a Santa Fe sin conocer la historia que escondía atrás de aquella esquina de Avenida Freyre y 3 de febrero... Ernesto Ferreyra, un reconocido médico, había decidido comprar la enorme casona para comenzar una nueva vida junto a su esposa Elena y sus hijos mellizos, Tomás y Julián.

La casa tenía grandes balcones de hierro negro, ventanales altos y un largo pasillo de baldosas blancas y negras que conducía hacia una antigua escalera de madera. La casa era perfecta y encajaba perfectamente con lo que ellos deseaban. Pero a Elena la casa le resultó incómoda desde el primer momento.

— No sé... hay algo raro aquí — murmuraba mientras observaba el segundo piso.

Sin embargo, los mellizos estaban fascinados. Pasaban las tardes recorriendo cada rincón de la casona, escondiéndose debajo de las escaleras o jugando en el patio interno.

Durante un tiempo, la familia creyó haber encontrado el hogar perfecto, hasta que comenzaron a ocurrir cosas extrañas... Todo cambió una tarde de tormenta, en donde, Tomás y Julián jugaban en el patio con un triciclo rojo que Ernesto les había regalado pocas semanas antes.

— Te voy a ganar otra vez — gritó Tomás entre risas.

Pero, en medio del juego, salió hacia la calle. Julián nunca se ha podido olvidar de la imagen de su hermano avanzando bajo la lluvia mientras las ruedas del triciclo dejaban marcas sobre el barro en donde, segundos después pasa la tragedia.  En cuestión de segun-

dos la risa de los chicos se esfumó cuando un chofer imprudente dobló a toda velocidad. El hombre al ver a Tomás intentó esquivarlo, pero ya era tarde. Las calles mojadas le jugaron en contra haciendo que el camión derrape y lo choque al niño llevándolo a su muerte.

La muerte del niño destruyó por completo a la familia Ferreyra. Elena comenzó a encerrarse durante horas en la habitación de los mellizos, convencida de que su hijo todavía seguía dentro de la casa. Algunas noches dejaba juguetes acomodados sobre la alfombra o un plato servido en la mesa "por si Tomás regresaba".
— Escuché sus pasos anoche — susurraba ella — escuché su risa.

Ernesto, en cambio, se volvió frío y agresivo. Cada vez que miraba a Julián veía el rostro exacto del hijo que había perdido. Y Julián quedó atrapado entre ambos, le echaban la culpa a él por la muerte de su hermano y por no evitar que salga sabiendo lo peligroso que podía ser, más en un día de tormentas. Y por esto, la culpa comenzó a perseguirlo constantemente. Poco a poco empezó a escuchar cosas extrañas dentro de la casona. Pasos en el segundo piso. Puertas abriéndose solas.

Risas que desde que Tomás se fue no había vuelto a escuchar. Y el sonido del triciclo recorriendo lentamente el pasillo durante las noches de tormenta.

Con el paso de los meses, la familia Ferreyra comenzó a comprender que no era solamente el dolor por la muerte de Tomás lo que los estaba destruyendo. Cada discusión se volvía más violenta entre aquellas paredes. La tristeza se transformaba rápidamente en una mezcla de desesperación y violencia, en donde el silencio de los pasillos hacía que todos se sintieran observados constantemente.

Una noche de tormenta, después de escuchar nuevamente el ruido del triciclo recorriendo el pasillo, la familia tomó la decisión de abandonar la casona para siempre y se marcharon lo más rápido posible.

Con los años, los vecinos comenzaron a crear historias sobre el lugar. Algunos aseguraban que el espíritu de Tomás seguía apareciendo en el balcón durante las noches de lluvia. Otros decían escuchar la risa de un niño o el sonido de un triciclo avanzando lentamente por el segundo piso.

Y así nació la leyenda de la casa de los misterios de Santa Fe. Sin embargo, lo que nadie llegó a comprender realmente fue que el verdadero horror nunca había sido el espíritu del niño. Era la casa, construida sobre el dolor, la cual crea acontecimientos inexplicables, crea culpa y desesperación en quienes habitan en aquel terreno. Con el fin de alimentarse del sufrimiento de aquellas personas. ~

**Nicolas Loreficcio**
5to Economía y administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Aquel cielo gris

**TERMINANDO DE GUARDAR SU ROPA,** Juan escuchaba el tumulto de la ciudad, de una algo distinta a la cual él se crió. El humo de los cigarrillos se eleva hasta acariciar las nubes, los autos infestan las calles de ruido, así como la masa de personas que con la cabeza gacha y paso apresurado él ve aparecer y desaparecer desde su balcón. De fondo el noticiero anuncia para esa semana lluvias fuertes o al menos un cielo nublado, lo anuncia con un acento que a Juan le resulta algo incómodo de escuchar, ya presintiendo que su lengua batallará para adaptarse a este.

En otro rincón del mundo, María se sienta en la vereda de su casa, queriendo descansar de los recuerdos que la inundan, de un hijo que ya no está con ella, que está lejos y no puede hacer nada por él. Los paseos por el parque federal luego de buscarlo de la escuela, sentarse a merendar a su lado, o ver como el correteaba por la playa de la costanera con los brazos abiertos imaginando que se iba en avión. El cielo despejado para María que espera ansiosa poder ver algo que surque el cielo, con un destino próximo a ella no es más que un engaño para aliviar el vacío que siente. Atardece, el firmamento toma un color rojizo, no viene nadie, nada pasa por el cielo y no hay destino próximo que arribe a su soledad. Las fotos de ella con su hijo, sabe que son algo de lo cual no la podrán despojar, los recuerdos con el tiempo se difuminan y los rostros se verán borrosos, pero María confía en la posibilidad de que no todo esté perdido, ella cree que algún día, quizás, llamen a la puerta, las valijas no se guarden y su soledad no prospere.

Silencio, es lo que hay en la habitación de Juan, casi alienado del mundo que transcurre posterior a su balcón se encuentra mirando la valija al lado de su ropero. La misma como peso que lo ancla a sus raíces y hacia su lengua, sus modismos y acento propio, el que su familia y madre le heredaron. No quiere olvidarla, pero sabe que no puede esperar para siempre, sabe que los recuerdos alivianan la pena, y la nostalgia los tiñe a los días grises en un cielo azul. Las primeras gotas comienzan a caer y él guarda la valija, pero no su sentimiento de pertenencia. La valija permanece cerrada, hasta nuevo aviso. ~

**Romanella Eletti**
3ro Economía y Administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Nunca entres al pasillo uno

**EN LA CIUDAD DE SANTA FE,** dentro del supermercado "Changomás", iba caminando tranquila por los pasillos de comida mientras empujaba el carrito. Era una tarde normal, de esas aburridas en las que una solo quiere terminar rápido las compras e irse a casa. Mientras miraba las góndolas, estiré el brazo para agarrar unas Oreo. Eran mis favoritas en ese entonces. Las puse en el carrito y seguí avanzando, hasta que escuché un ruido. Giré la cabeza.

— ¿Qué fue eso...? — murmuré. Agaché la mirada y vi un paquete de masitas tirado en el piso. Pero tenía algo fuera de lo normal: estaba envuelto con cinta negra y tenía un enorme número "1" pintado en blanco en el centro. Se veía extraño...

Por un momento me quedé quieta observándolo, hasta que recordé algo. Apenas había entrado al supermercado, el pasillo número uno me había llamado muchísimo la atención. Había algo raro en él. No sabía explicar qué era exactamente, pero sentía una necesidad extraña de entrar. Antes de hacerlo dudé unos segundos.

— Seguro no es nada... — me dije a mí misma.

Sin pensarlo demasiado, tomé el paquete del piso y empecé a caminar hacia el pasillo número uno. Al entrar, todo parecía normal. Las luces funcionaban, las góndolas estaban acomodadas y no había nadie alrededor. Pero mientras más avanzaba, más raro se volvía el ambiente. El aire estaba frío y el silencio era incómodo.

Entonces vi una luz blanca parpadeando al fondo. Las paredes estaban llenas de grafitis escritos en inglés. Frases desordenadas, algunas tachadas y otras escritas con letras enormes. Saqué mi celular para usar el traductor, pero no había señal.

— Perfecto... justo ahora no funciona — dije frustrada.

Recordé que dentro del supermercado había una pequeña librería. Fui rápido hasta allí y, por suerte, encontré un diccionario inglés-español viejo y medio roto. Pero sabía que la suerte en este momento estaba de mi lado. Volví al pasillo y empecé a traducir la frase. Cuando descubrí que decía me sorprendí, aunque también me quede algo confundida, hasta que lo leo en voz alta: "Él es un mentiroso" -pero... ¿él?... ¿quién? me detuve a pensar unos minutos, pero me di cuenta que era inútil, no podía resolver esto.

Caminando por los pasillos sentí un escalofrío recorrerme la espalda, hasta que miro por el rabillo del ojo, vi una sombra negra, era alta, delgada y completamente blanca, como una sombra sin rostro. Lo único que podía distinguir eran sus ojos blancos brillando en medio de la oscuridad, pero veo que desaparece y decido seguirla. En ese momento escuché algo detrás de mí.

— Nunca podrás alcanzarme...eres incapaz, ni mi simple juego pudiste resolver. Sentía como cada palabra me destruía por dentro. El corazón me empezó a latir cada vez más fuerte.

— ¿Quién está ahí? —pregunté intentando sonar valiente.

La luz del techo comenzó a parpadear con más fuerza. El carrito, que había dejado quieto, se movió solo unos centímetros. Retrocedí lentamente. Pero escuche una nueva voz, esta vez giro mi cabeza para ver quien era.

— Tú sí puedes verlo.

Sentí que alguien respiraba cerca de mi oído, al verla me quedé paralizada era una luz blanca brillante, era alta, delgada pero esta vez con ojos negros.

— ¿Qué quién eres...? —pregunté temblando. La figura inclinó la cabeza lentamente.

— Yo te elegí antes de esto —dijo con una voz grave y tranquila—. Aunque no pudiste resolver el misterio de mi hermano, veo potencial en ti.

No entendía nada.

— ¿Tu hermano? ¿De qué estás hablando?

La figura dio un paso hacia mí.

— Eres diferente a los demás...

— Solo te pido una cosa —continuó la voz—.

Sé una de nosotros.

Sentí un vacío horrible en el pecho.

— Pero... no entiendo nada —susurré confundida.

La figura extendió lentamente la mano hacia mí.

— Acepta.

Miré alrededor buscando una salida, pero el pasillo parecía mucho más largo que antes. Las luces seguían parpadeando y las voces en las paredes parecían susurrar mi nombre. Por unos segundos dudé. Sabía que debía salir corriendo, olvidarme de todo y escapar de ese lugar. Pero, al mismo tiempo, una parte de mí quería quedarse. Quería saber la verdad. Respiré hondo y levanté lentamente la mirada, frunciendo el ceño, para después extender mi mano hacia él.

— Sí... acepto. ~

**Tomás Banchio**
5to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# El silbato de Colón de Santa Fe

**LA TARDE DEL SÁBADO,** caía pesada sobre Santa Fe. Desde temprano, las calles cercanas al estadio Brigadier López se iban llenando de hinchas con camisetas rojinegras, banderas colgadas en los hombros y radios prendidas para escuchar la previa del partido. Gabriel, un chico de diecisiete años fanático de Colón, había estado esperando toda la semana ese día. El Sabalero jugaba un partido importante y él iba a la cancha con su mejor amigo, Lautaro.

— Dale, apúrate que vamos a llegar cuando ya estén saliendo los equipos —le gritó Lautaro desde la vereda.

— Pará un poco, loco, ya salgo —contestó Gabriel mientras terminaba de atarse las zapatillas.

Los dos arrancaron caminando por Avenida Freyre rumbo a la cancha. A medida que avanzaban, la ciudad cambiaba de ritmo. Los negocios tenían las persianas medio bajadas, los vendedores ambulantes acomodan sus puestos y el olor a choripán se mezclaba con el humo de las parrillas.

— No hay nada más lindo que venir a la cancha — dijo Lautaro.

— Olvídate.

Cuando estaban a pocas cuadras del estadio, Gabriel vio algo raro tirado junto a un árbol. Era un silbato viejo, de metal, gastado por el tiempo.

— Mirá esto.

— ¿Y eso?

— Ni idea. Parece re viejo.

Gabriel lo levantó y se lo guardó en el bolsillo.

— Capaz es una reliquia de Colón —bromeó Lautaro.

Siguieron caminando entre la gente hasta que llegaron a una plaza cercana. Allí decidieron sentarse unos minutos para tomar una gaseosa antes de entrar. De repente, un hombre mayor se acercó mirando para todos lados, como si estuviera buscando algo. — Disculpen, muchachos... ¿no encontraron un silbato viejo por acá?

Gabriel y Lautaro se miraron sorprendidos. — ¿Uno de metal? —preguntó Gabriel.

— Sí, ese.

Gabriel sacó el objeto del bolsillo.

Los ojos del hombre se iluminaron.

— Menos mal. Lo estaba buscando desde hace horas.

— ¿Tiene algún valor? —preguntó Lautaro.

El hombre sonrió.— Más de lo que imaginan.

Los chicos quedaron intrigados.— ¿Por qué?

El hombre tomó el silbato y se quedó observando unos segundos.

— Este silbato perteneció a mi abuelo. Él trabajaba cerca de la cancha cuando el estadio todavía era muy distinto. Siempre me contaba historias de partidos, de hinchas y de jugadores que hoy son leyenda.

Gabriel escuchaba con atención.

— ¿Y cómo lo perdió?

— Se me cayó cuando venía caminando. Pensé que no lo iba a recuperar nunca.

El hombre agradeció y se alejó lentamente.

— Qué historia rara —comentó Lautaro.

— Sí, pero está bueno que lo haya encontrado.

Finalmente llegaron al estadio. El Brigadier López estaba lleno de gente. Las tribunas parecían temblar mientras los bombos

marcaban el ritmo de la barra. El cielo empezaba a oscurecerse y las luces iluminaban el césped. Los amigos se acomodaron en sus lugares justo cuando los jugadores salían a la cancha.

— Ahora sí empieza lo bueno —dijo Lautaro.

Pero mientras todos cantaban, Gabriel no podía dejar de pensar en el hombre y en aquel silbato. Durante el entretiempo, revisó las fotos que había sacado con el celular antes de devolverlo. En una de ellas se veía grabada una palabra diminuta que no había visto. "La pasión se hereda." Gabriel se quedó mirando la pantalla.

En ese momento recordó las veces que había ido a la cancha con su abuelo cuando era chico, los viajes en colectivo, las discusiones sobre fútbol y los abrazos en cada gol.

Cuando terminó el partido y la gente comenzó a retirarse, caminó despacio entre la gente.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Lautaro.

— Nada... estaba pensando.

— ¿En el partido?

— No. En qué ir a la cancha no es solamente ver fútbol.

— ¿Y entonces?

Gabriel observó las tribunas rojinegras que poco a poco se iban vaciando.

— Es acordarte de la gente con la que compartiste todo esto. Mi viejo, mi abuelo, los amigos... Eso es lo que queda.

Lautaro asintió.

— Tenés razón.

Los dos siguieron caminando por las calles de Santa Fe mientras la noche cubría la ciudad.

Y aunque el resultado del partido con el tiempo se olvida, Gabriel estaba seguro de que nunca iba a olvidar aquella tarde en la que, camino a la cancha, un simple silbato viejo le recordó que las pasiones más grandes siempre encuentran la forma de pasar de una generación a otra. ~

**Victoria Loreficcioi**
3ro Economía y Administración
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Su razón de vivir

**PERLA,** era una niña de un orfanato de Buenos Aires, sus padres la dejaron allí cuando nació. Ella ya tenía 5 años y se preguntaba si algún día alguien la iba a adoptar. Su mayor sueño era tener una familia y la danza, el ballet le encantaba.

Era un invierno frío más de lo común y Perla estaba acostada hasta que la llamaron llegó una de las chicas que trabajaba allí y le dijo que le habían venido a ver. Perla llegó a la habitación donde las personas veían a los niños antes de adoptarlos. Al entrar lo vio allí sentado con una muñeca en la mano ella se acercó y lo saludó estuvieron hablando y jugando todo el día, él se llamaba José, era un señor alto, pelirrojo, con rulos y aspecto amigable.

Luego de unos meses de visitas Perla se entera que José la iba a adoptar. Ese fue el día más feliz de su vida. Al llegar a la casa de José luego de unas horas de viaje hasta Santa Fe llegaron a una casita en el centro, José le mostró su habitación a Perla, a ella le encantó y José le tenía otra sorpresa. En ese momento le dijo a Perla "abrí el ropero" entonces Perla asintió, abrió el ropero y allí estaba su nuevo uniforme de ballet. José le dice que va a empezar a ir a una academia y Perla le da un abrazo de agradecimiento.

Luego de meses de Perla yendo a la escuela y a la academia un día llegó a sus clases de danza y había otro entrenador, no le parecía muy raro y lo aceptó rápidamente. Ese día el profesor nuevo le exigió más de lo normal y le gritó demasiado. Al final de la clase el profesor Guillermo la amenazó diciéndole "Ni se te ocurra contarle nada a tu papá o te va a ir peor" Perla asintió con miedo. Luego de

meses, José notó que Perla estaba cada vez más rara: dejó de hablar, tenía pesadillas en la noche, pero como era una niña pensó que tal vez era su imaginación jugándole una mala pasada.

Dos años después, a Perla le habían llamado para que represente al país en una competencia, José al enterarse le organiza una fiesta con todos sus amigos de la escuela, la fiesta salió bien Perla sonreía de oreja a oreja, al otro día tenía el último entrenamiento para practicar su coreo antes de la competencia.
Perla y Guillermo estaban en el Teatro Municipal, Guillermo la había tratado violentamente y le amenazó con matarla, Perla estaba bailando sobre el escenario con su uniforme impecable, su peinado perfecto y su cara... su cara no estaba bien sus ojos estaban al borde de las lágrimas, en ese momento una lágrima se deslizó sobre su cara, lloraba en el medio del escenario mientras bailaba, estaba haciendo una pirueta, de un segundo al otro estaba en el piso, Guillermo la obligó a levantarse mientras iba a comprar comida, él nunca volvió y Perla siguió Bailando por horas y horas hasta que de un momento al otro esa niña exhausta de bailar por horas sin parar cayó al suelo sin pulso, su corazón había dejado de latir.

José preocupado de que su hija no le contestaba ningún mensaje ni las llamadas salió rápidamente al teatro, Guillermo no contestaba y se le vino la peor idea a la mente de lo que podría haber pasado, José llegó al teatro y encontró a Perla en el piso mientras sonaba la canción de su coreo, había llegado muy tarde Perla estaba muerta José se largó a llorar. La razón de su vivir ya no estaba con él ... la vida, su vida ya no tendría sentido. En ese momento empezó a buscar por todos lados hasta que encontró una soga la cual movía el telón, acercó un banco, subió, se hizo un nudo y finalmente saltó. José decidió acabar con su vida ese 15 de julio del 2001.

Se rumora que cada 15 de julio se la puede escuchar a Perla llorando y luego es José lamentándose por el resto de la eternidad por no haber podido salvar a su niña. ~

**Nicolás Avellaneda**
4to Ciencias Sociales
Nuestra Señora de Fátima N° 3059

***

# Traición

**EN SANTO TOMÉ,** cuando las calles quedaban vacías y el viento arrastraba bolsas viejas por las veredas, había un lugar que todos evitaban: el Callejón Belgrano. No aparecía en los mapas y casi nadie pasaba por ahí después de las diez de la noche.

La historia comenzó con Jeremías, un muchacho de diecinueve años conocido por no tenerle miedo a nada. Siempre decía que los rumores eran inventos de gente aburrida. Se reía cuando los vecinos hablaban de sombras entre las paredes húmedas del callejón.

Una noche de invierno, después de salir de una reunión con amigos, Jeremías decidió tomar el atajo por ese lugar para llegar más rápido a su casa. Sus amigos intentaron detenerlo.

—No pases por ahí solo —le dijeron—. Hace semanas que desaparecen cosas… y algunos escuchan voces.

Jeremías soltó una carcajada y siguió caminando.

El callejón era angosto, con paredes tan altas que tapaban la luz de la luna. Había grafitis borrosos, charcos negros y un silencio extraño, como si el sonido muriera antes de avanzar.

Mientras caminaba, escuchó pasos detrás de él.

Tac… Tac… Tac…

Se dio vuelta.

Nadie.

Pensó que era un perro o algún vecino. Continuó. Pero los pasos volvieron, esta vez más rápidos.

Tac ... Tac ...  Tac ...

Jeremías aceleró el paso. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Sacó el celular para iluminar el camino, pero la batería cayó de golpe al uno por ciento. Entonces vio algo al final del callejón: una figura quieta, demasiado alta, inmóvil bajo una luz amarillenta.

—¿Hola? —preguntó, intentando sonar firme.

La figura no respondió.

El aire se volvió pesado. Jeremías quiso retroceder, pero escuchó otro ruido detrás suyo. Ahora había algo también en la entrada del callejón.

Quedó atrapado.

Las dos sombras comenzaron a acercarse lentamente. No caminaban normal; parecían deslizarse. Jeremías sintió que el pecho le explotaba del miedo. Corrió desesperado, chocando contra las paredes húmedas, hasta tropezar y caer al suelo.

Entonces escuchó una voz grave muy cerca de su oído:

—Hay caminos que existen para enseñar... no para desafiar.

Jeremías cerró los ojos, convencido de que no saldría de ahí.

Pero cuando volvió a abrirlos, amanecía.

Estaba solo, tirado junto a un contenedor oxidado, con la ropa mojada y las manos temblando. Nunca supo qué vio esa noche. Algunos vecinos dijeron que lo encontraron inconsciente; otros juraban que nadie se atrevió a entrar a buscarlo.

Después de aquel incidente, Jeremías cambió por completo. Dejó de burlarse de las advertencias ajenas y comenzó a entender algo importante: no toda valentía consiste en desafiar el peligro. A veces, la verdadera inteligencia está en escuchar, respetar los límites y no creer que uno es invencible.

Desde entonces, en Santo Tomé, todavía hay quienes aseguran que, cuando el viento sopla fuerte por el Callejón Belgrano, pueden escucharse unos pasos lentos acercándose desde la oscuridad. ~

✳

**Escuela N° 262**
**República Argentina**

**Máximo Agustin Aguirre Noval**
3ro C
República Argentina N° 262

***

# El reflejo que nadie vio

**JUNIO HABÍA LLEGADO OTRA VEZ.** En la radio, en la televisión y en las redes sociales se hablaba del Mes de la Salud Mental del Hombre. Los mensajes decían que pedir ayuda era un acto de valentía, pero Martín apenas les prestaba atención.

Tenía 42 años y vivía solo en una pequeña casa cerca de la plaza. Hacía meses que las cosas iban mal. Había perdido varios trabajos temporales y las deudas se acumulaban sobre la mesa de la cocina. Las facturas de luz, agua y alquiler parecían crecer más rápido de lo que él podía pagarlas.

Cada mañana se despertaba cansado, aunque hubiera dormido toda la noche. Miraba el techo durante varios minutos antes de levantarse, preguntándose cómo iba a resolver sus problemas. Sin embargo, cuando salía a la calle, se obligaba a sonreír. "Todo bien", respondía siempre cuando alguien le preguntaba. Pero no estaba bien.

La plaza junto al lago era el único lugar donde encontraba algo de paz. Se sentaba en un banco y observaba el agua moverse lentamente. Allí recordaba tiempos mejores: cuando tenía un trabajo estable, cuando podía salir con amigos y cuando todavía creía que el futuro sería más sencillo.

Con el paso de los meses dejó de responder mensajes. Cada vez hablaba menos con los demás. Sentía vergüenza de contar que no llegaba a fin de mes y que las deudas lo estaban ahogando. Pensaba que debía resolverlo solo.

Una tarde de junio, mientras observaba el lago, vio a un grupo de personas reír cerca del monumento blanco. Por un momento sintió ganas de acercarse, de hablar con alguien, de dejar de cargar todo él solo. Pero el miedo fue más fuerte.

Días después llegó una nueva carta a su casa. Era una notificación de embargo por las deudas acumuladas. Martín se quedó mirando el papel durante varios minutos. Sentía que todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Desde ese día dejó de ir a la plaza.

Los vecinos notaron su ausencia, pero pensaron que simplemente estaba ocupado. Nadie imaginó la batalla que libraba en silencio.

Cuando volvió a ser junio al año siguiente, la comunidad organizó una jornada sobre salud mental masculina. En la plaza colocaron un banco con una placa que decía: "En memoria de quienes lucharon en silencio. Escuchar puede cambiar una vida."

El lago seguía reflejando los árboles y el cielo, pero para muchos ya no era solo un paisaje hermoso. Era el recuerdo de Martín, un hombre que parecía estar bien mientras se derrumbaba por dentro.

Y entonces todos comprendieron algo doloroso: a veces las personas no necesitan que les den soluciones, sino alguien que las escuche antes de que sea demasiado tarde.

Un mensaje para recordar: A veces las heridas más profundas no se ven. Muchas personas sonríen mientras luchan batallas que nadie conoce. Escuchar, acompañar y preguntar cómo está alguien puede parecer algo pequeño, pero para esa persona puede significar todo. Porque la salud mental también importa, y nadie debería enfrentar sus tormentas en silencio. ~

**Nicolás Durán**
5to A
República Argentina N° 262

***

# Entre el amor y la fe

**NICOLÁS TENÍA CATORCE AÑOS,** y una historia que parecía demasiado difícil para alguien de su edad. Desde pequeño había conocido el dolor de las pérdidas. Primero falleció su madre, Nancy, la persona que más amaba en el mundo. Tiempo después también perdió a su abuela Liliana, quien había intentado cuidarlo y acompañarlo cuando quedó solo. Luego de varios problemas familiares, terminó viviendo en un hogar para niños y adolescentes. Aunque por fuera parecía un chico tranquilo, por dentro cargaba una enorme tristeza. Había dejado de creer que la vida pudiera traerle algo bueno.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar gracias a una pregunta inesperada. Una tarde, una acompañante del hogar llamada Carmen le preguntó dónde creía que podía conocer chicas lindas. Después de escuchar varias respuestas equivocadas, ella le dijo que fuera a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Nicolás no estaba convencido, pero la curiosidad pudo más y decidió asistir al día siguiente.

Al llegar se sintió incómodo porque todos estaban muy bien vestidos y él llevaba ropa deportiva. Pensó en irse, pero antes conoció a Mauricio, un joven amable que se sentó junto a él y le explicó cómo era la reunión. Al finalizar lo invitó al seminario y a las actividades para jóvenes. Sin saber por qué, Nicolás aceptó. En el seminario conoció a varios chicos de su edad, como Azul y Abigail. Sin embargo, cuando llegó el turno de la última presentación, algo cambió por completo. — Me llamo Victoria, mucho gusto —.

Nicolás levantó la vista y quedó sorprendido. Tenía el cabello castaño, ojos color avellana y una sonrisa que transmitía paz. Apenas pudo responder su nombre. Durante toda la clase intentó prestar atención, pero sus pensamientos siempre terminaban volviendo a ella. Las semanas siguientes continuó asistiendo al seminario. Poco a poco comenzó a sentirse parte del grupo y también descubrió algo que hacía mucho tiempo no sentía: esperanza. La iglesia dejó de ser solamente un lugar al que iba por curiosidad y empezó a convertirse en un espacio donde encontraba tranquilidad.

Tiempo después llegó un Meet Up para jóvenes de toda la estaca. Nicolás fue con pocas expectativas, pero apenas entró volvió a encontrarse con Victoria. Ella lo saludó con una sonrisa y le dijo que se alegraba de verlo. Pasaron el día jugando, conversando y compartiendo actividades con otros jóvenes. Al regresar al hogar sintió una felicidad que hacía años no experimentaba y aseguró que había sido el mejor día de su vida.

Con el paso del tiempo comenzaron a hablar cada vez más. No eran conversaciones muy largas, pero cada mensaje que recibía le alegraba el día. Al mismo tiempo, también crecía su interés por el Evangelio. Gracias a Mauricio, Ricardo y los misioneros fue comprendiendo las enseñanzas de la Iglesia y decidió prepararse para bautizarse.

Durante una actividad en la que compartieron pizzas reunió el valor para pedirle a Victoria su Instagram. Ella aceptó con una sonrisa. Aquella noche pasó mucho tiempo mirando sus publicaciones y comprendió que ya no podía seguir negándolo: estaba profundamente enamorado. Finalmente llegó el día de su bautismo. Vestido completamente de blanco, entró en la pila bautismal sintiendo que dejaba atrás una parte dolorosa de su vida y comenzaba otra llena de esperanza. Cuando terminó la ceremonia reunió nuevamente el valor para pedirle una foto a Victoria. Ella aceptó y esa imagen se convirtió en uno de sus recuerdos favoritos.

Los meses siguieron pasando y Nicolás comenzó a acercarse

mucho a José, el padre de Victoria. Gracias a él aprendió sobre historia familiar y encontró una figura paterna que nunca había tenido después de la muerte de su madre. Un día recibió una invitación que jamás imaginó: viajar junto a la familia de Victoria al templo de Córdoba. Durante las cinco horas de viaje compartieron conversaciones, bromas y momentos inolvidables. Al llegar visitaron el templo y Nicolás quedó maravillado por la paz que se respiraba allí. Victoria lo acompañó durante gran parte del recorrido y más tarde salieron juntos a comprar un helado. Aunque para muchos era un momento sencillo, para él significó muchísimo.

Como todo primer amor, también hubo momentos difíciles. En algunas ocasiones sentía celos o inseguridad cuando veía a Victoria hablando con otros chicos. Más de una vez regresó triste a su casa, creyendo que nunca tendría una oportunidad. Sin embargo, con el tiempo comprendió que amar a alguien también significa respetar sus decisiones y desear sinceramente su felicidad, incluso cuando las cosas no salen como uno espera.

Al llegar diciembre, José lo invitó a pasar la Navidad con toda la familia. Compartieron la cena, jugaron al truco, rieron y conversaron durante horas. Incluso recibió como regalo una camisa de leñador que José le entregó con mucho cariño. Mientras observaba a Victoria reír junto a su familia, Nicolás sintió algo que hacía años no experimentaba: la sensación de pertenecer a un hogar.

Durante dos años, Victoria ocupó un lugar muy especial en su corazón. Quizás la historia no terminó exactamente como él la había imaginado cuando la vio por primera vez en aquel salón del seminario. Sin embargo, gracias a ella descubrió mucho más que un amor adolescente. Encontró amigos sinceros, una familia que lo recibió con los brazos abiertos, una fe que transformó su vida y una nueva razón para seguir adelante. Porque, a veces, una sola persona puede cambiar el rumbo de una vida entera. Y para Nicolás, aquella chica de ojos color avellana llamada Victoria fue la sorpresa más hermosa que el destino puso en su camino. ~

**Brittany Valentina Furrer Toriglia**
1ro A
República Argentina N° 262

***

# Más fuertes que la corriente

**ERA UN SÁBADO POR LA MAÑANA,** y el río estaba más movido de lo normal. Desde lejos parecía tranquilo, pero quienes lo conocían sabían que la corriente estaba fuerte. Aun así, seis amigos decidieron salir a remar como lo hacían cada vez que tenían tiempo libre.

Tomás llegó primero. Como siempre, era el más puntual. Después aparecieron Sofía, Lucas, Mateo, Valentina y Martín. Entre bromas, saludos y algunos mates compartidos, prepararon los kayaks y se dispusieron a comenzar la travesía.

— ¿Seguro que quieren salir hoy? —preguntó un pescador que estaba cerca de la orilla—. El río viene bravo.

— Si nos volvemos por un poco de corriente, mejor nos quedamos en casa —respondió Mateo sonriendo. Todos se rieron y comenzaron a remar.

Los primeros minutos fueron tranquilos. El grupo avanzaba despacio mientras disfrutaba del paisaje. El puente se veía enorme sobre sus cabezas y la ciudad comenzaba a despertarse.

A medida que avanzaban, la corriente empezó a hacerse sentir. El agua empujaba los kayaks hacia atrás y cada metro ganado costaba el doble. "Esto está más difícil de lo que pensé", dijo Lucas. "No aflojen ahora", contestó Tomás.

Siguieron remando. El cansancio comenzó a aparecer y los brazos ya no respondían igual que al principio. Sin embargo, nin-

guno quería rendirse. Cuando alguno se cansaba, otro lo alentaba. Cuando alguno perdía el ritmo, los demás lo esperaban. Poco a poco comprendieron que la única forma de llegar era mantenerse unidos. Al mediodía hicieron una pausa cerca de una pequeña isla. Compartieron comida, agua y muchas anécdotas. Luego retomaron el viaje.

La corriente seguía siendo fuerte, pero ahora estaban más decididos. Finalmente, cuando el sol empezaba a bajar, llegaron al lugar que se habían propuesto alcanzar. No había trofeos ni premios esperándolos. Solo la satisfacción de haberlo logrado juntos. Mientras emprendían el regreso, el cielo se pintó de naranja y el agua reflejaba los últimos rayos del sol. Aquella tarde comprendieron algo importante: en la vida siempre habrá corrientes que intenten frenarnos. Pero cuando hay amigos que reman a nuestro lado, cualquier desafío parece un poco más fácil. Por eso llamaron a esa aventura: más Fuertes que la corriente. ~

**Berenice Rivera**
2do H
República Argentina N° 262

***

# Nací para tenerte, Ava Harris

**APRENDÍ A ESCRIBIR SU NOMBRE,** antes de aprender a contar hasta diez. Con solo verla podía rendirme ante ella. Solo es necesaria su presencia para poder dominarme. Al segundo, me arrepiento de lo que haré. Mis consecuencias, porque ella me pertenece desde la primera vez que entró en aquella cafetería con su madre. Éramos dos niños, pero su cara nunca cambió en ella.

Ella es demasiado ingenua para ser real. Lo típico: quiere llevarse bien con todos y ser buena con todos, aunque la rechacen. Ella siempre está ahí.

Espero que me perdone por lo que voy a hacer. Hice las cosas bien, pero no resultó como esperé. Y ella, de alguna manera u otra, tiene que ser mía.

Narra: Ava

Voy caminando, admirando al chico de enfrente. El cabello le brilla al chocar con la luz del sol. Luce ropa con tonalidades oscuras: campera de cuero, remera gris lisa con pantalón negro holgado, resaltando su piel pálida y su cabello visiblemente despeinado.

Me parece conocido de una manera extraña. Su forma de caminar lo delata. Conozco mucha gente de la universidad y él debe de ser uno de ellos.

El chico desconocido mete su mano en su campera para luego sacar su celular con agilidad, dejando caer algo parecido a una tarjeta, en la senda peatonal del puente colgante. El chico

sigue caminando como si nada hubiera pasado. Eso le pasa por estar en el celular.

Camino hacia la tarjeta, lanzando un suspiro. Al levantarla me doy cuenta de que no es una tarjeta cualquiera: es el DNI. Levanto mi mirada hacia el dueño y se está alejando cada vez más rápido. Sin perder el tiempo, sigo con la misma velocidad. Pero una avalancha de estudiantes se mete en mi camino, obligándome a ir más lento y pidiendo permiso cada dos segundos.

— ¡Se te cayó esto! —grito para llamar su atención y acercarme a él.

El chico se detiene unos segundos y gira la cabeza. Agradece en voz baja, y su sonrisa me resulta extraña, casi macabra.

Antes de que pueda decir otra cosa, una tela cubre mi boca. Intento apartarme con todas mis fuerzas y entro en desesperación.

Lo último que veo es su rostro observándome. Cuando despierto, estoy acostada sobre una cama. La habitación es pequeña. Las cortinas permanecen cerradas y la puerta está bloqueada. El miedo me golpea de inmediato.

Corro hacia la salida y sacudo el picaporte. Nada.

Durante horas camino de un lado a otro sin saber qué hacer.

Al caer la noche, la puerta se abre y entra el chico desconocido. Me tenso rápidamente, pero él me ofrece comida. Corrección: no me ofrece, me obliga a comer.

Los días transcurren lentamente. El chico sale cada mañana y vuelve al anochecer. Durante horas permanezco encerrada en aquella habitación, sin más compañía que mis pensamientos.

Una tarde escucho el ruido de sus pasos alejándose por el pasillo. Luego, la puerta cerrándose. Espero varios minutos. Me acerco al picaporte por costumbre.

La puerta se abre.

Retrocedo de inmediato. No puede ser.

Vuelvo a intentarlo.

La puerta sigue abierta.

Olvidó ponerle llave.

— ¡Soy libre! —

Salgo de la habitación con el corazón en la garganta.

Narra: Damián

El colectivo se detiene con un chirrido metálico. Voy camino a casa, donde se encuentra mi más grande tesoro. No importa cuántas veces quiera escapar; su lugar siempre va a ser conmigo.~

✳

# Escuela N° 3144 Nuestra Señora de Itatí

**Mía Zapata**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El misterioso hombre del Parque Garay

**DETRÁS DE UN VIEJO BANCO,** en el parque había una puerta que nadie jamás había visto. Un día, un hombre que pasaba por allí les dijo a unos niños que jugaban por ahí cerca que les iba a contar la historia de esa puerta. Los chicos al oír eso se sorprendieron, nunca se habían percatado de lo que este hombre les señalaba. Ellos se quedaron estupefactos y el misterioso señor comenzó con su relato. Hace muchos años atrás, él decía ser feliz con su amada hasta que un día ella le confesó que debían separarse porque se iría muy lejos. La tristeza lo invadió, y así de un día para el otro, ella desapareció. Desde ese entonces él se sienta todas las tardes en ese mismo banco y esa puerta que ahora les señala a los niños es la que lo devuelve a esa misma tarde. "Es como volver en el tiempo" les dijo, "volver a esa tarde me vuelve a su recuerdo, a su cara, a ese amor que sentía por ella".

Los chicos quedaron atónitos por la historia que escuchaban. Una de las nenas se quedó pensando al llegar a su casa en este hombre. Investigó durante semanas, preguntó a vecinos, quiso saber más de él. Logró saber que este señor que se habían cruzado aquella tarde en el parque había muerto hace varios años. Asombrada por esta información habló con su mamá y ésta le confesó entre llantos que ese hombre era su padre, y que aquella chica que se despidió de él hace muchos años era ella. Justamente se despidió de su amor porque estaba embarazada y sabía que su familia jamás

lo aceptaría. Prefirió dejarlo e irse muy lejos. La niña quedó muy sorprendida y le cuestionó a su madre por qué jamás le contó esa historia. Ella le pidió disculpas, le dijo que era una chica que no sabía lo que hacía. Después de eso, le ofreció fotos de su papá para que su hija lo viera por primera vez. ~

**Dylan Cabral**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El último asiento de la tribuna de Colón

**CUENTA LA HISTORIA** que el último asiento de la tribuna de Colón guarda un secreto que solo puede ser descubierto durante el partido. Una tarde, dos amigos, Thiago y Dylan querían ingresar a la cancha y comprobar qué era lo que allí sucedía durante el partido. Pero había un problema: no tenían dinero para la entrada. Esperaron afuera durante mucho tiempo, hablaron con conocidos que pasaban por allí para ver si los podían ayudar a juntar la plata para entrar pero a pesar de su esfuerzo no lograban juntar lo suficiente.

El juego ya estaba por comenzar, y de pronto apareció un hombre que se acercó a ellos y les dijo: "¿Quieren pasar?, yo los puedo ayudar" Los hizo ingresar y ambos muchachos pudieron sentarse en el lugar tan ansiado. El juego comenzó y en un momento, cuando su equipo estaba por meter el gol, algo extraño pasó en ese asiento. Era tanto el deseo de ver ganador a su club que ese anhelo se les transformó en realidad. Los jugadores corrieron como nunca, los pases entre ellos eran dignos de jugadas de primera liga y los goles tan fabulosos que hasta los periodistas no salían de su asombro.

Ambos salieron de la cancha saltando y festejando. La complicidad les hizo prometer que lo que vivieron aquella tarde jamás se lo contarían a nadie. Sería un secreto que los dos guardarían para siempre. ~

**Alexander Veloso**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# La vida secreta de los árboles

**EN EL PARQUE SUR** cuando el reloj de sol de la plaza marca las seis de la tarde, todos los árboles comienzan a moverse. Ellos se van a esa hora, terminan su jornada y se juntan en la esquina a charlar y tomarse una gaseosa. Un día, un palo borracho comentó que una tarde un hombre lloró bajo su sombra porque su esposa lo había engañado con su mejor amigo. El señor estaba desesperado y pensaba quitarse la vida. Ante esto, el árbol no podía quedarse de ramas cruzadas, algo tenía que hacer. Entonces decidió hablarle y le dijo: “No cometas una locura, la vida es hermosa”. El hombre se sorprendió no esperaba que el árbol le hablara. Se levantó deprisa y salió corriendo. Él se quedó pensando todo el día en ese hombre. Pasaron las semanas y una tarde lo vio pasear de la mano con una chica. Y ahí descubrió que estaba nuevamente enamorado. Eso lo puso contento y se sintió feliz. La moraleja de esta historia es que muchas veces una palabra a tiempo puede cambiar la vida de una persona. ~

**Alma Suarez**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# La niña del parque

**HABÍA UNA VEZ** una pareja que se fue a vivir cerca del parque sur. Ellos se llamaban Florencia y Fernando. Ambos fanáticos de los deportes al aire libre decidieron salir a correr todas las mañanas. Un día mientras corrían vieron a una niña hablar con alguien. Esto no les llamó demasiado la atención. Pasaron los días y la misma imagen de la niña con la misma ropa se repetía. Intrigados por esto, intentaron hablar con ella pero esta se escondía. Al cabo de unas semanas ven en las noticias la imagen de esta niña en el noticiero. Pedían su paradero, estaba desaparecida. De inmediato se contactaron con los medios de comunicación e indicaron dónde era que ellos la veían. La policía comenzó un rastrillaje y descubrieron los restos de esta chica en las cercanías del club El Quilla. La pareja se sintió muy triste, no sabían que este final le esperaba a esta niña que veían todas las mañanas. Ahora cada tanto ellos se acercan al cementerio, le dejan unas flores y piden que su alma esté en paz. ~

**Leónidas Cabrera**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# Investigación en el cementerio municipal

**UNA TARDE** como cualquier otra, una puerta del cementerio que siempre se mantenía cerrada apareció abierta. De ahí salió un fantasma y desesperado habló con el primer hombre que vio solo entre las galerías. Le pidió que lo ayudara, le imploró que investigue su muerte porque no había sido una muerte natural como todos creían. Él había sido asesinado y quería que se hiciera justicia para poder descansar en paz. El hombre lejos de sentir miedo ante la presencia de este espectro, sintió que debía ayudarlo.

Comenzó a investigar acerca de su vida, su trabajo, su círculo íntimo y descubrió que efectivamente había sido una muerte dudosa. El hombre en cuestión era dueño de una empresa y poseía muchos bienes y dinero. Había muchos sospechosos pero los que más resonaban en esta historia eran sus socios quienes eran los mayores beneficiarios de su muerte.

Le costó mucho dar por fin con el método del asesinato y más aún le costó saber quién lo había hecho. Pero una tarde, vino a su cabeza como una especie de revelación y pudo descifrar que había sido envenenado. Le pidió a la policía que abra nuevamente la causa y allí pudieron dar con el culpable: uno de sus socios... ~

**Leandro Vázquez**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El mapa del tesoro

**UN DÍA,** en la plaza 25 de mayo, bajo una de las baldosas apareció un misterioso mapa dibujado. Unos chicos que pasaban por allí lo encontraron. Intentaron descifrar que decía pero les era imposible. Pasaron cinco largos días y al llegar a uno de los lugares que allí se marcaban encontraron un papel que decía: "Llamen a este número *9875612" Uno de ellos tomó su celular y llamó. Del otro lado les contestó un señor que les dijo que regresen a donde encontraron el mapa exactamente a la misma baldosa y escarben ahí abajo. Eso hicieron estos amigos y al cavar encontraron un cofre que contenía mucho oro y diamantes. De pronto, una alarma sonó muy fuerte, no sabían de dónde venía. El reloj estaba sonando, los amigos se despertaron y se dieron cuenta que estaban conectados con el mismo sueño.~

**Lucas Román**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# Desde acá...

**MARTES** por la tarde y yo paseaba con mi bicicleta por la costanera. Iba por la altura del faro y casi llegando al Code siento que algo me llama, al principio el llamado sonaba muy bajo, luego lo sentía cada vez más cerca. Al mirar hacia el agua siento que el sonido venía desde ese lado. Me detengo, me bajo de mi bici y me acerco a la laguna. Observo como una sombra que cada vez se hace más grande se me acerca. Miro hacia mí alrededor y no hay nadie.

Esta sombra me pide que lo ayude, me quedé helado, sin poder reaccionar. No sabía qué hacer. Asiento con mi cabeza y al oído me dice: "Buscá al pescador más cercano y pedile que te cruce hacia el otro lado". Me desesperé, no sabía qué podría haber ahí. De pronto una paz me invadió el pecho. Y sin saber cómo, eso hice, me subí a la bici y busqué un pescador. Encontré un señor que estaba en una piragua a la altura del monumento a Monzón. Ante mi pedido desesperado accedió a cruzarme sin hacer preguntas.

Al llegar del otro lado nunca pensé que encontraría lo que encontré. Tanta belleza junta parecía un paraíso. Era otro mundo, otro lugar fuera de ese que conocen.

Ahora les escribo desde aquí, jamás pude volver a donde están ustedes... ~

**Dominic Escobar**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El perrito del parque sur

**HABÍA UNA VEZ** un perrito que vivía en el parque sur. Toda persona que pasaba por ahí y lo veía quedaba maravillado con su belleza. Era de tamaño pequeño, color canela, pelo corto, ojos color marrón y de mirada profunda y dulce.

Su particularidad era que cada vez que veía a alguien que le caía bien, movía su cola y sonreía. Pero si él detectaba que esa persona era de un alma pura y noble los dirigía hacia un lugar mágico. Esto pasó un día, él estaba tomando sol en el parque y de pronto se acercó un hombre le acarició su cabeza y le dijo: "Qué hermoso perrito". El animal lo miró con dulzura y lo dirigió hacia la parte de atrás de un árbol. Ahí él pudo observar un paraíso que se encontraba lleno de animalitos que ya no están en este mundo pero que su alma aún nos siguen acompañando. ~

**Candela Olivera**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El puente colgante, el puente de los enamorados

**CUENTA LA LEYENDA** que si una pareja coloca un candado con sus nombres en la baranda del puente colgante el día de los enamorados, su amor se vuelve eterno.

Héctor y Carla creían en esta historia y el 14 de febrero decidieron festejar el día de los enamorados en el puente colgante llevando un candado con sus nombres grabados. Pero el destino para ellos tenía otros planes.

La mañana del encuentro, llegando a su trabajo, él tuvo un accidente que terminó con su vida. De esta desgracia ya han pasado varios años. A pesar de eso, ella lo recuerda en esta fecha tan especial sentada en uno de sus pilares mirando hacia la laguna, pensando que alguna vez podría ver en el agua el reflejo del rostro de su amado. ~

**Luna Aguirre**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El cofre del parque Garay

**UN DÍA** un grupo de amigos que estaban jugando al fútbol en el parque Garay encontraron un cofre lleno de monedas. De inmediato lo llevaron a su casa y comenzaron a pensar en qué gastarlo. Miles de ideas se les venían a la cabeza. Uno de ellos lo quería gastar en joyas para todos, otro en ayudar a los animales de la calle, el tercero en donar una parte para los orfanatos. Pero el cuarto, pensó en gastarlo comprando una casa donde puedan vivir todos juntos y con lo que sobra gastarlo en cosas para repartirse entre todos.

Esa fue la idea más votada. Entonces salieron corriendo y fueron a cambiar esas monedas por plata. Al llegar a la casa de empeño el señor que los atendió les dijo que las monedas eran falsas. Que en verdad eran de chocolate, bien conservadas pero que no tenían mucho valor. Los amigos se sintieron tristes por la noticia pero de inmediato uno de ellos dijo: “vamos a llevarlo a casa, repartamos todo el chocolate y compartamos todos juntos, si en definitiva eso era lo que queríamos, algo bueno para todos”. Y eso fue lo que hicieron, pasaron una tarde comiendo mucho chocolate y riéndose de esta graciosa anécdota. ~

**Narela Saucedo**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# Cementerio municipal

**UNA NOCHE** caminando por el cementerio, haciendo su guardia, el sereno encontró una lápida con su nombre. Se quedó en shock. Jamás en todos los años que llevaba allí trabajando había visto esa tumba. Alumbró con su linterna y logró leer "Antonio Gabriel Gómez. 1967- 2020". Pensó en una mala jugada de la casualidad ya que sentía que su apellido era muy común y su nombre también lo era.

Fue de inmediato a buscar su celular y contárselo a su esposa, pero se dio cuenta que no tenía sus cosas. Se comenzó a sentir mal y se fue corriendo al baño. Intentó lavarse un poco la cara, pero no lograba abrir la canilla, quiso mirarse en el espejo pero este no le devolvía el reflejo.

Quedó muy asustado y volvió al lugar donde había visto esta tumba. Se sentó y quedó allí dormido. Al despertar observó que venía gente que le resultaba conocida, logró ver en el rostro de una mujer a su esposa que venía con flores para dejarlas en su tumba. Ahí entendió que estaba muerto... ~

**Ailín Sánchez**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
✳✳✳

# La laguna Setúbal

**JOSÉ** era un hombre que solía salir a correr todas las mañanas por la costanera. Un día iba corriendo y de pronto vio algo raro que nadaba en la laguna. Algo extraño. Esto llamó mucho su atención y se detuvo a mirar un largo rato. Primero, comenzó a ver la cola de un pez con escamas brillantes que se asomaba y luego vio la cara de una mujer sumamente bella. Salió el cuerpo entero y nuevamente se metió en el agua y se fue nadando hacia el este. La sorpresa fue tal que se quedó largas horas ahí sentado mirando hacia ese sitio.

Al cabo de un rato pasó por ahí un hombre y le dijo: "¿viste a la sirena? Esa es la sirena de la Setúbal". ~

**Tiziano Ríos**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# ¡Un día de suerte!

**HABÍA UNA VEZ** un grupo de amigos que se juntaban a pescar detrás del museo de las tres culturas de la ciudad de Santa Fe. Allí ellos disfrutaban todas las tardes.

Un día de estos de pesca, uno de ellos tiró el ril hacia el agua esperando picar algo. Al cabo de 15 minutos sintió que algo le jalaba el brazo que sostenía la caña. Se puso contento pensando que podría haber pescado algo. Hizo fuerza y más fuerza. Hasta que, al pegar el último tirón, salió un sábalo gigante. Era tan grande que el muchacho necesitó la ayuda de todos sus amigos para sacarlo del agua.

Al dejarlo en la orilla, se llevaron la sorpresa más grande de toda su vida. El pez los miró y les dijo: "Si me perdonan la vida, les concederé tres deseos". Los chicos se miraron entre sí, no sabían si lo que estaba pasando era real o no. Decidieron aceptar y dejarlo libre en el agua, y como reconocimiento, antes de irse les dijo: "Como manera de agradecimiento, cada vez que vengan a pescar a este lugar tendrán buen pique y nunca se irán con las manos vacías".

Los amigos se sintieron afortunados y seguían sin poder creer lo que les había pasado.

Desde entonces, cada domingo, llueva o truene, haga calor o haga frío los chicos se reúnen en el mismo lugar para pescar. ~

**Santino Quiroz**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# La llorona del parque sur

**ERAN LAS 3** de la mañana y un grupo de amigos estaban jugando a la pelota en el parque sur. Estaba todo muy tranquilo y de repente comenzaron a escuchar un grito: "¿Dónde están mis hijos?" En un instante se les congeló la sangre. Quisieron correr pero el grito venia por todos lados. Lograron esconderse. La mitad de ellos se escondieron en la parte de los baños y, la otra mitad, detrás de los árboles más anchos.

En ese momento se dieron cuenta que esa presencia era la famosa llorona. Esa de la que tanto habían escuchado hablar. No lo podían creer: ¡La llorona en pleno 2026! De repente este fantasma entró en la laguna y no se la volvió a ver. Los chicos salieron de su escondite y corrieron con todas sus fuerzas. Desde ese entonces decidieron no volver más a jugar a la pelota de madrugada en el parque.

Esta historia es la que recuerdan cada vez que se juntan, la leyenda aún sigue vigente, la llorona habita en el parque sur. ~

**Alexia Mendoza**
1er año
Nuestra Señora de Itatí N° 3144
***

# El duende del parque

**UNA TARDE** como cualquier otra, una familia estaba en el parque sur sentada bajo un árbol compartiendo unos mates. De pronto sintieron que desde un árbol cercano una voz los llamaba. Al principio no entendieron de dónde salía. Hasta que al buscarla detectaron que venía de adentro del tronco de uno de esos árboles.

El padre de la familia, se alarmó y les dijo a sus hijos que lo esperen que iba hasta la casa a buscar un machete con el cual podría cortar el árbol. Eso hizo, a los pocos minutos él ya estaba macheteando el tronco con toda su fuerza intentando abrir un poco su corteza. Al abrirlo, una criatura muy pequeña salió de ahí adentro. Un duende del tamaño de un niño de un año asomó su cabeza y les dijo: “gracias a ustedes ahora seré libre. Por su gran gesto, serán recompensados, les otorgaré 5 deseos”.

Si esto fue real o no, nunca lo sabremos. Lo importante es que este duende logró la libertad que tanto ansiaba y esta familia logró ser felices para siempre. ~

✳

# Escuela Nº 595
# Mercedes Sosa

**Eugenia Denise Duarte**
**y Melisa Romero**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# Aquella tarde en la Costanera

**HABÍA DOS AMIGOS INSEPARABLES,** Nicole y Abraham. Desde niños lo compartían todo. Siempre fueron a la misma escuela, Almirante Brown, e iban al mismo salón; todo lo hacían juntos. Su pasatiempo favorito era ir a la Costanera de noche para tomar mates o simplemente hablar.

Pero cuando ambos cumplieron quince años, ocurrió una tragedia que lo cambió todo. Una noche, Abraham esperaba a su amiga en el mismo banco de siempre. Al cruzar la calle, ella sufrió un accidente automovilístico que terminó con su vida.

Dos años después, Abraham seguía visitando la Costanera todos los sábados por la tarde. Se sentaba en el mismo banco donde solían reunirse. Mientras observaba el agua en silencio, alguien se acercó por detrás.

— Llegaste tarde, otra vez —dijo él con una sonrisa.

Esa tarde caminaron hasta el Puente Colgante. Él hablaba de los recuerdos de su infancia junto a ella; ella solo lo escuchaba en silencio. Al detenerse justo a la mitad del puente, ella se volteó hacia él.

— ¿Algún día me olvidarás? —preguntó Nicole.

Abraham bajó la mirada al agua.

— No lo sé.

Al levantar la vista, ella ya no estaba allí en aquella tarde. Ni en la siguiente. Ni en ninguna desde hacía dos años.

Pero Abraham siguió visitando aquel lugar porque era la única forma de sentir que, de algún modo, su mejor amiga lo seguía acompañando. ~

**Dylan Benjamín**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# Caminata en la mañana

**UNA MAÑANA,** en el barrio Centenario de la ciudad de Santa Fe, Alexis salió a caminar hacia el Parque Sur.

Después de un rato de andar sin rumbo, se dio cuenta de que estaba perdido. En medio de la desesperación, avanzó un par de cuadras más para ver si lograba ubicarse, Y nada. De repente, notó que a lo lejos estallaban fuegos artificiales.

Al verlos, Alexis se calmó.

— Ahora que me acuerdo, hoy jugaba Colón —dijo para sí—. Debe ser por eso que hay fuegos artificiales.

Entonces, avanzó tranquilo siguiendo el ruido de la gente hasta que llegó a una calle que reconoció. Estaba bien sobre la Avenida Juan José Paso.

Cuando volvió a su casa, le contó a su mamá lo que le había pasado. Así fue como aprendió que perderse da miedo, pero que siempre hay una salida si uno mantiene la calma. ~

**Lionel Quinteros**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# Chispa

**EN EL HIPÓDROMO DE SANTA FE,** en la Avenida Blas Parera, huele a pasto mojado, a apuestas y a tierra húmeda. Allí, en el establo N° 32, vivía un caballo llamado Chispa.

Uriel, su cuidador, tiene 18 años. Es un chico flaco que siempre usa la gorra al revés. Es hijo de un ex corredor que murió en un accidente en la pista cuando él tenía apenas once años. Desde entonces, Uriel repite que los caballos no son solo animales: son promesas.

Chispa era un zaino de seis años que nadie quería. Llegó al hipódromo viejo, con las rodillas marcadas y un soplo en el corazón. Los veterinarios aseguraban que no podría correr más y los dueños se disponían a mandarlo al frigorífico. Uriel lo vio y no lo pensó dos veces; les pidió que le dieran treinta días, aunque no tenía ni un peso. Esos treinta días se volvieron cinco meses. El chico lo bañaba con agua tibia todas las mañanas a las cinco. Le hablaba al oído mientras le curaba las patas y, todas las noches, le leía el diario de carreras de su padre. Chispa lo escuchaba mientras movía las orejas y resoplaba bajito.

Pero el hipódromo estaba en crisis. Si el caballo no corría y ganaba algo, el establo N° 32 se cerraría y venderían todo. Había una última carrera en el año: mil seiscientos metros, ocho caballos pura sangre — jóvenes y veloces— y Chispa.

La mañana de la carrera, el veterinario le advirtió a Uriel:
— Pibe, con ese soplo se te puede morir en la recta.

Uriel le apoyó la mano en el pecho al zaino. El corazón le

latía fuerte, pero tranquilo. Chispa apoyó la cabeza en su hombro.

— Papá siempre decía que un caballo no corre por la plata. Corre por el que lo cepilla a las cinco de la mañana —susurró Uriel.

Largaron. Los otros caballos salieron como balas y Chispa se quedó último, como siempre. En la curva, Uriel, apoyado contra el alambrado, no gritaba; solo le hizo la seña que practicaban a solas: dos golpecitos en el pecho.

Y Chispa entendió. Empezó a estirar el tranco. Uno, dos, tres. Pasó al séptimo, al sexto. En la recta final, el público se puso de pie. El zaino viejo venía por afuera, con la cabeza baja y las orejas hacia adelante. No tenía velocidad: tenía rabia. La rabia de los que ya no tienen nada que perder.

Cruzó la meta segundo, por el hocico. No ganó la carrera, pero ganó treinta días más de vida y que el establo N° 32 no se cerrara.

Esa noche Uriel no durmió en su pieza. Durmió tirado en la paja del box, con la cabeza apoyada en la pata de Chispa. El caballo tenía el soplo más fuerte, pero seguía vivo.

Al día siguiente, el dueño, un tipo de Buenos Aires, le tocó el hombro al chico.

— El caballo se queda. Y vos también, cuidador —le dijo—. Los caballos que corren con el corazón no se venden.

Desde entonces, en el Hipódromo de Santa Fe, cuando un caballo queda último en la curva, los viejos del turf se señalan el pecho dos veces y dicen:

— Hace la de Chispa, pibe.

Porque allí aprendieron que, a veces, un segundo puesto vale más que los diez primeros. ~

**Brunella Figuerero**
**y Luz Quiroz**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# El adiós en la Reserva

**TODO EMPEZÓ EN EL PARQUE GARAY,** Lautaro dibujaba concentrado cuando Venecia se acercó, curiosa por sus trazos. Entre risas y paseos, el parque se convirtió en su refugio, y el amor creció rápido y sincero.

Pero pertenecían a clases sociales distintas. Los padres de Venecia eran dueños de una gran empresa; en cambio, la familia de Lautaro se la rebuscaba día a día para salir adelante. En cuanto los padres de Venecia se enteraron de este romance, le prohibieron terminantemente volver a ver a Lautaro porque, según ellos, ella «merecía algo mejor». Desesperada, Venecia se escapó esa misma noche para encontrarse con Lautaro en la Reserva Natural. Al enterarse de la situación, él no lo podía creer, por lo que le propuso que continuaran viéndose a escondidas.

Sin embargo, la madre de Venecia pronto se dio cuenta de lo que estaba pasando. Le ordenó a Marcos, su guardaespaldas, que la siguiera. Así fue como, la tarde en que los jóvenes habían quedado en encontrarse en secreto, Venecia se alistó y se dirigió confiada hacia la Reserva Natural sin saber que la vigilaban.
Cuando ella llegó, Lautaro corrió a abrazarla. Fue en ese instante que Marcos intervino. El guardaespaldas tomó firmemente a Venecia del brazo.

— ¡Qué hacés! — gritó ella, asustada.

Lautaro intentó interponerse para defenderla, pero Marcos lo apartó de un empujón. Mientras caminaban a paso firme hacia el auto, Venecia no paraba de hacer preguntas, pero el custodio, serio y

en silencio, continuaba avanzando. Ella no lograba comprender qué pasaba, cómo la habían encontrado o si alguien los había visto. Al llegar al vehículo, Venecia solo alcanzó a tomar la mano de Lautaro.

Lo miró a los ojos y le prometió: — Voy a volver.

— Eso espero... Adiós — le respondió él con tristeza.

Al llegar a su casa, Venecia descubrió a sus padres junto a la puerta, rodeados por todas sus valijas.

— ¡Qué están haciendo! — reclamó ella.

— Es por tu bien — respondieron ellos con frialdad —. Te vas a estudiar al extranjero.

Venecia intentó negarse y lloró, pero la decisión ya estaba tomada. Sin dejarla despedirse de nadie más, Marcos la subió al auto y se la llevó en dirección al aeropuerto.

Desde ese día, Lautaro regresa todas las tardes a la Reserva Natural, esperando verla volver. ~

**Isaías Barros**
**y Bautista Cavallo**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# El boxeador de Barranquitas

**A LOS QUINCE AÑOS,** Alexander tomó una decisión que cambiaría su vida: empezó a entrenar boxeo en el club de su barrio, Barranquitas. De chico había sufrido maltratos, y vio en este deporte una oportunidad para canalizar su fuerza, superarse y sacar adelante a su familia. Con esfuerzo y disciplina, parecía que podría convertirse en un boxeador profesional.

Sin embargo, una tarde de jueves ocurrió una tragedia. Alexander y su hermana sufrieron un gravísimo accidente en moto. Las secuelas del choque fueron tan graves que lo obligaron a alejarse por completo de los cuadriláteros.

Pasó el tiempo y el joven intentó regresar al gimnasio, pero las secuelas físicas eran evidentes: tenía el cuerpo muy golpeado y una seria lesión en el brazo derecho. Alexander se resistía a aceptar que su sueño había terminado. Tras un año y tres meses de inactividad, decidió encarar un duro proceso de recuperación física. Entrenaba con todo lo que tenía, pero cada vez que lanzaba un golpe, un dolor agudo e insoportable en el brazo derecho lo detenía.

Frustrado por no ver avances, Alexander cayó en la desesperación. Una tarde, un hombre llamado Pablo, que lo observaba entrenar, se acercó para ofrecerle su ayuda. Sin embargo, el joven, desanimado y con el orgullo herido, la rechazó. Decidió tirar la toalla: abandonó el gimnasio y comenzó a trabajar limpiando escuelas junto a su abuelo para ganarse la vida.

Aunque intentaba enfocarse en su nuevo trabajo, la pasión seguía intacta. Alexander tiraba piñas al aire en los pasillos de la escuela y solía ir al club de Barranquitas como espectador, sufriendo en silencio por no poder subir al ring.

Un día, tras someterse a nuevos estudios médicos, el doctor le dio una esperanza: existía una compleja cirugía que podía devolverle la movilidad total a su mano derecha, pero era costosa y solo tenía una semana para juntar el dinero. Sin dudarlo, Alexander vendió su moto. Su abuelo, conmovido por el deseo de su nieto, aportó todos sus ahorros. Gracias a ese esfuerzo conjunto, lograron pagar la operación.

La cirugía fue un éxito. Al volver a su primer entrenamiento, Alexander descubrió con felicidad que su mano derecha volvía a responder. Poco a poco recuperó la confianza y el ritmo. Cinco meses después, volvió a subir a un ring para pelear de manera amateur.

Pasaron dos años de pura constancia y Alexander finalmente alcanzó el profesionalismo. Su carrera despegó y fue convocado para combatir en España, donde obtuvo una victoria en su primera pelea internacional. Con el cinturón en sus manos, Alexander no solo recuperó su carrera y cumplió su sueño, sino que logró sacar adelante a su familia, compartiendo su felicidad con el abuelo y todos los que nunca lo dejaron solo. ~

**Brandon Romero**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# El canto eterno

**ERA UNA TARDE,** fría y gris en el barrio Barranquitas, con un aire espeso que sabía a luto. Carlos Rufino Sonaro era un hombre apasionado por el canto y su guitarra; cuando tocaba, a todos los vecinos les agradaba sentarse a escucharlo. Aunque tenía sesenta y siete años, su energía y su vitalidad al cantar le daban el aspecto de un hombre de treinta.

Vivía con su esposa Jacinta y sus hijos mellizos de veinte años, Ferrán y Pedro. Eran una familia muy unida y feliz, hasta que llegó aquella tarde del 30 de abril de 2001.

De repente, Jacinta sufrió un ataque cardíaco fulminante que terminó con su vida, dejando a la familia sumida en una profunda tristeza. Carlos, hundido por el dolor de la pérdida, decidió dejar lo que más amaba en el mundo: su canto. Pasaron los meses, pero el vacío en la casa no hacía más que agrandarse para él y sus hijos.

Un mediodía, mientras los tres almorzaban en silencio, Carlos miró a Ferrán y a Pedro con amargura y les dijo: —Hijos, si yo llego a faltar algún día, prometan que no van a dejar de luchar. Su madre siempre fue una mujer fuerte, y sé que ustedes también lo son.

Conmovidos por sus palabras, los jóvenes abrazaron fuertemente a su padre entre lágrimas, sin imaginar que aquella sería su despedida. Esa misma noche, Carlos falleció a los sesenta y ocho años, víctima de la tristeza.

Ferrán y Pedro, devastados y solos en la casa, comenzaron a entonar la canción más querida de su padre, aquella que todos en el barrio conocían como «el canto eterno». Sus voces quebradas resonaron en la noche de Barranquitas.

Al enterarse de la tragedia, los vecinos del barrio se acercaron para apoyarlos a salir adelante. Desde entonces, cada vez que los hermanos cantan juntos, el pueblo los escucha con el mismo respeto y cariño con el que antes escuchaban a su padre, manteniendo viva su memoria en cada acorde. ~

**Morena Lopez Avero**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# El último refugio

**ERA UN DÍA TÍPICO DE CALOR,** agobiante en Santa Fe. Lucas estaba en Villa Hipódromo haciendo lo que más le gustaba: jugar al fútbol. A su alrededor se escuchaba el constante ruido de los autos y el olor a humo inundaba el aire. En ese momento, lo único que le preocupaba era que no lo anduviera buscando su mamá, ya que estaba cansado de sus maltratos.

De repente, un grito rompió la tranquilidad de la tarde. Su madre lo estaba llamando a lo lejos. Al escucharla, a Lucas se le aceleró el corazón y, sin dudarlo un segundo, salió corriendo a toda velocidad.

Desesperado, tuvo que dejar el partido y correr en dirección a la casa de su abuela. Pero las cosas en la ciudad nunca son fáciles: justo en ese instante se largó a llover con fuerza. En el camino se cruzó con un amigo, quien le advirtió que su mamá lo había visto y lo venía siguiendo de cerca. El tiempo corría; Lucas sentía que las piernas ya no le daban más del cansancio, pero no podía detenerse.

Finalmente, el calvario terminó cuando cruzó el umbral de la casa de su abuela, un lugar seguro. Sabía que ella jamás dejaría que su madre le pegara. Lucas respiró aliviado, aunque todavía le temblaban las manos. Se quedó un momento quieto, a salvo bajo el techo, mirando la lluvia caer sobre la calle a través de la ventana. Y mientras contemplaba el agua correr por el cordón de la vereda, se sintió por un instante, en paz. ~

**Luna Yoselin Vega**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# El Parque Federal y los bebés

**ERA UNA TARDE TÍPICA DE PRIMAVERA.** El sol brillaba con fuerza, pero el viento soplaba fresco, ideal para estar al aire libre. Ese día, un grupo de primas integrado por Solange, Lucía, Nerea, Brunela y Yoselín decidió hacer un picnic en el Parque Federal de Santa Fe. Prepararon el auto con la lona, el equipo de mate, juegos de mesa y una mochila repleta de juguetes para los más chicos: Caleb, el hijo de Solange, y Chloe, la hija de Nerea.

Al llegar, estacionaron y buscaron un rincón de sombra agradable bajo los árboles. Media hora después, Solange necesitó ir al baño. Nerea se ofreció a acompañarla y dejaron a los bebés al cuidado de Lucía, Brunela y Yoselín. Mientras las dos primas caminaban hacia los baños públicos de La Redonda, las tres que se quedaron en la lona se entretuvieron con las cartas, confiadas en que los nenes miraban dibujitos en el celular.

De repente, a la pequeña Chloe le llamaron la atención las hamacas que se divisaban a lo lejos. Le señaló el lugar a Caleb y, aprovechando que sus cuidadoras estaban completamente concentradas en el juego, los dos empezaron a gatear sigilosamente sobre el césped hacia los juegos.

Cuando Solange y Nerea regresaron de La Redonda y vieron la lona vacía, el corazón se les paralizó.

— ¿Dónde están los chicos? — preguntaron, desesperadas. Las demás levantaron la vista de las cartas, desorientadas. Al notar

que los bebés no estaban por ningún lado, el pánico se apoderó del grupo. Empezaron a correr de un lado a otro y a preguntar a las familias que tomaban mates cerca, describiendo la ropa de los nenes. Nadie los había visto.

La angustia crecía a cada segundo y ya no sabían qué más hacer. De pronto, Solange divisó a lo lejos una silueta conocida. Una señora mayor caminaba despacio de la mano de los dos pequeños, que se reían ajenos al peligro. Al verlos a salvo, las cinco primas corrieron a abrazarlos, llorando y saltando de alegría.

Después del enorme susto, guardaron las cosas y regresaron a casa con una valiosa lección: la próxima vez, los juegos de mesa se quedarían guardados y nadie saldría de casa sin pasar por el baño primero. ~

**Lautaro Leguizamón**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# El sueño de debutar en Primera

**ERA UNA MAÑANA CALUROSA,** en la ciudad de Santa Fe. Elías jugaba en las divisiones inferiores del Club Atlético Unión. Su gran sueño era debutar en Primera División, por lo que se esforzaba al máximo cada día: entrenaba duro, se alimentaba bien y era un excelente compañero.

Elías vivía en el barrio Barranquitas Oeste. Justo después de cumplir los dieciocho años, llegó el partido más esperado: el clásico Unión contra Colón. El estadio 15 de Abril estaba colmado, repleto de hinchas tatengues que hacían temblar las tribunas. A Elías lo citaron para jugar de titular, vistiendo la camiseta número diez.

El partido arrancó bajo una lluvia torrencial. A los diecinueve minutos, Colón abrió el marcador, pero treinta minutos después, Unión logró el empate. Sobre el final del primer tiempo, a los cuarenta y tres minutos, Elías Nicolás Leguizamón marcó un golazo para dar vuelta el partido antes de ir al descanso. En el vestuario, el director técnico se le acercó y le susurró al oído: «Te están viendo los ojeadores del plantel de Primera. Metele empeño».

El segundo tiempo comenzó con el saque de Colón. Elías recuperó la pelota en mitad de cancha, pero un defensor rival lo cruzó con una patada durísima en la rodilla. El dolor era insoportable y le sangraba la pierna, pero él quería seguir jugando a toda costa; sabía que era su gran oportunidad. Sin embargo, el cuerpo médico tuvo que retirarlo de la cancha directo al hospital. Tras hacerle estu-

dios, el médico le dio la peor noticia: se le había roto el ligamento. Elías se largó a llorar desconsoladamente, sintiendo que su sueño de debutar en Primera se desvanecía.

Pasó una semana. Elías salió de la clínica con muletas y lo primero que hizo fue ir a la cancha de Unión para contemplar el estadio vacío y recordar su gran tarde. Fueron meses duros de kinesiología y esfuerzo en el gimnasio. Tras una larga y exigente recuperación, finalmente recibió el alta médica y pudo volver a entrenar con las inferiores.

Para celebrar, una tarde fue con sus compañeros al Parque Garay a tomar mates y despejar la cabeza. Al regresar a las canchas, la oportunidad volvió a golpear su puerta: se enfrentaban Unión contra Racing, y los ojeadores estarían otra vez en la platea.

El partido fue muy reñido. A los veintitrés minutos del primer tiempo, la visita se puso en ventaja, pero Unión no bajó los brazos. Sobre el final del partido, a los ochenta y nueve minutos, Elías apareció en el área para marcar el gol de la victoria.

Al terminar el encuentro, los ojeadores no dudaron: hablaron con el técnico para pedir que Elías se sumará de inmediato al plantel profesional. El lunes por la mañana, el pibe de Barranquitas Oeste debía presentarse a su primer entrenamiento en Primera. Su sueño, por fin, se había hecho realidad. ~

**Isaías Ifrán y**
**Ulises Rodríguez**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# El torneo de Barranquitas

**UNA TARDE**, en la calle Córdoba, dos amigos, uno llamado Teo y el otro Julián, se habían juntado en lo de un compañero a comer. A Julián no le gustaba tanto salir. Era muy tranquilo, se la pasaba casi siempre en su casa. Mientras tanto, Teo era todo lo contrario: muy inquieto, salía a todos lados y no le gustaba estar encerrado.

Durante una tarde muy calurosa en la costanera de Santa Fe, decidieron anotarse en un torneo de boxeo en el Club Barranquitas, pero había un problema: tenían que pagar la inscripción, que valía 35 mil pesos cada una. En ese momento no tenían nada de plata. Además, el torneo empezaba en cinco meses, así que tenían que hacer algo urgente. Uno de ellos decidió ver si tenía cosas de valor para vender en las calles. Buscando en su casa, encontró ingredientes para hacer churros. Luego de varias horas cocinando, salieron a vender. Después de varias semanas pudieron conseguir para una sola inscripción. Como faltaban dos meses para el comienzo del torneo, Julián decidió pedirle a su abuelo si podía ir con él a vender cosas antiguas. Le fue muy bien, ya que consiguieron la plata para la otra inscripción justo a tiempo.

A solo tres horas del comienzo, llegaron al torneo. Luego de varias peleas le tocaba competir a Julián. Le había tocado pelear contra uno más pesado y alto que él; le había costado mucho, pero

le pudo ganar por puntos. Después le tocó pelear a Teo. La pelea fue muy pareja, pero logró ganar.

Al día siguiente, los dos se levantaron muy temprano a preparar sus cosas para las finales. Luego se sentaron a tomar mates y hablar. Julián le dijo a Teo: —Me siento muy nervioso por la próxima pelea. Teo le respondió: —Sí, amigo, yo también, pero seguro uno de los dos gana.

Luego de varias horas fueron al torneo. Primero le tocó pelear a Julián, pero lastimosamente perdió por los nervios que tenía. Teo, en cambio, llegó a la final y pudo ganar el torneo. Luego se reunieron a festejar con sus amigos, y al tiempo se fueron de vacaciones por varios meses... ~

**Florencia Boutonnet**
**y Bianca Cuevas**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# El guardián de la Costanera

**LA COSTANERA DE SANTA FE,** se extiende junto al río Paraná con su aire tranquilo. Al caer la tarde, el agua brilla como si estuviera cubierta de oro. Los sauces inclinan sus ramas sobre el sendero y el viento trae olor a humedad y vegetación. Allí caminaba Mateo todas las tardes después de terminar sus tareas. Le gustaba ver pasar las lanchas y escuchar el sonido suave de la corriente. Para él, ese lugar era el refugio más querido de toda la ciudad.

Una tarde, notó que uno de los antiguos bancos de madera estaba muy dañado por la humedad. La fuerza del río y las crecidas habían desgastado también la tierra cerca de los árboles más viejos. Comprendió que, si no se cuidaba, poco a poco se irían perdiendo esos rincones. Sentía que la Costanera no era solo un paseo, sino parte de la identidad de todos. Pero no sabía cómo actuar solo para proteger ese espacio tan querido.

Recorrió toda la Costanera buscando a alguien que le diera una solución clara. Primero habló con los guardias del lugar, pero le explicaron que las reparaciones llevaban tiempo y trámites largos. Intentó avisar a otros vecinos, pero muchos creían que el daño era algo normal y sin remedio. Quería organizar una limpieza y reparación sencilla, pero no contaba con herramientas ni materiales suficientes. Además, se acercaba la temporada de lluvias y el nivel

del río empezaba a subir de nuevo. Cada día que pasaba, la situación parecía volverse más difícil de arreglar.

Sin embargo, Mateo no se rindió y decidió contagiar su entusiasmo. Pronto, quienes compartían el paseo todos los días se sumaron con sus manos y recursos. Juntos limpiaron la zona, afirmaron los bordes y repararon lo que estaba a su alcance. Cuando terminaron, la Costanera recuperó su aspecto ordenado y seguro. Su esencia seguía intacta. ~

**Alexander Gómez,**
**Diosnel Diaz**
**Zantino Valberdi**

2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# La aventura de Beto la tortuga

**BETO**, era una tortuga que vivía tranquila junto a la laguna Setúbal, pero siempre soñaba con conocer qué había más allá del gran Puente Colgante que veía desde su casa.

Un día, decidió que ya era momento de emprender el camino. Avanzó despacio, pero con mucho ánimo, hasta que de repente se encontró con un gran charco lleno de barro espeso que bloqueaba todo el paso. Intentó salir, empujó con fuerza y hasta trató de rodar, pero cuanto más se movía, más se hundía. Pensó que nunca podría seguir, hasta que recordó lo que su abuela le había dicho: — Cuando el camino sea pesado, busca el borde y avanza paso a paso, sin apurarte.

Haciendo caso al consejo, fue deslizándose muy despacio, pegado a la orilla, hasta que poco a poco logró salir del apuro.

Al fin cruzó el Puente Colgante y descubrió un prado lleno de flores hermosas y agua clara. Comprendió entonces que, aunque el viaje fuera lento y hubiera obstáculos, con paciencia y constancia siempre se puede llegar a donde uno se propone. ~

**Diosnel Salva**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# La mosca

**UNA TARDE DE SOL,** andaba una mosca volando por toda Santa Fe. Pasó por el Parque Garay, La Redonda, por el río, por el Puente Colgante y por el relleno sanitario. Allí encontró muchas moscas y se hizo amiga de ellas. Estuvieron charlando un rato y, luego, otras moscas se fueron hacia el museo.

El insecto siguió volando hasta llegar a una casa y entró por la cerradura de la puerta. Al estar adentro, sintió que habían tirado Raid; al segundo ya se estaba muriendo. En el relleno sanitario, sus amigas presintieron que algo malo le pasaba. Fueron volando hasta la casa, entraron por la cerradura y la vieron desmayada arriba de la mesa. La cargaron en sus alas y la llevaron rápido a la costa de la laguna Setúbal. Al rato, el bicho se despertó y sus amigas le preguntaron: —¿Por qué razón habías entrado a la casa?

La mosca les respondió: —Porque tenía mucha hambre y sentí olor a alfajor. Entonces entré para ver si encontraba uno, pero los humanos me vieron volando adentro y echaron Raid... Al rato llegaron ustedes y me salvaron.

Sus amigas, estando en la costa de la laguna, le consiguieron un pedacito de alfajor santafesino para que comiera y recuperara fuerzas. La mosca comió contenta, les agradeció un montón por todo lo que habían hecho por ella, y así salieron volando juntas otra vez por toda Santa Fe. ~

**Máximo Negrete**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# Las voces raras del Puente Colgante

**HABÍA UNA VEZ**, un día muy soleado en Santa Fe, un chico llamado Lionel que quiso ir al Puente Colgante. Después de un rato, pasó un buen amigo suyo por el puente; se saludaron y se pusieron a conversar. Casi sin darse cuenta se les estaba haciendo de noche, y seguían charlando mientras caminaban de un lado a otro. Cuando volvieron al mismo lugar en el que habían empezado, decidieron quedarse a conversar un ratito más, y se hizo muy tarde.

En el momento en que estaban juntando las cosas para irse, los dos empezaron a escuchar unos ruidos extraños. Eran como voces y gritos que venían del puente. Miraron para todos lados, pero no vieron a nadie; caminaron buscando el origen, pero no encontraron un alma. Siguieron buscando hasta que pasó un señor y les preguntó: —¿Qué están buscando o qué perdieron?

Al hombre le parecía muy raro verlos buscando algo a esa hora de la noche. Los jóvenes se quedaron pensando y se preguntaban de dónde salían esas voces si eran los únicos que estaban en el puente. Al final se fueron, pero antes dijeron: —Mañana volvemos.

Volvieron al otro día, al mismo lugar, pero fueron un poquito más tarde. Se quedaron hasta la noche y, después de un rato, se volvieron a escuchar los mismos gritos del día anterior. Siguieron buscando, pero no encontraron nada ni a nadie. Después de ir durante cinco noches seguidas, en la sexta noche se dieron

por vencidos. Sin embargo, esas voces les quedaron grabadas en la mente. Desde entonces, cada día después de la medianoche y en cualquier lugar, las raras voces del Puente Colgante les volvían a sonar en la cabeza. ~

**Leonela Andino**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# Latidos en el puente

**EL ECO DE LA MOTO DE JULIÁN,** rebotaba en las estructuras de hierro del Puente Colgante. Era una noche fría; Julián manejaba con la urgencia de quien cree que el mundo va a detenerse si llega tarde. El casco, como de costumbre, iba colgado del codo.
El desastre ocurrió en un segundo. Al salir de la curva hacia el puente, un auto frenó de golpe para esquivar un bache. Julián clavó los frenos, pero la velocidad lo traicionó: la moto derrapó, impactó contra el paragolpes del vehículo y él salió despedido, golpeando el asfalto justo antes de que un segundo auto, que venía detrás, no lograra maniobrar a tiempo y lo embistiera.

El caos se apoderó de la noche. Los conductores bajaron desesperados. Al ver que Julián no respiraba y su pulso se apagaba, uno de ellos, con las manos temblorosas pero decididas, entrelazó sus dedos sobre el pecho de Julián y comenzó a hacerle RCP: uno, dos, tres... El sonido de las compresiones se mezclaba con las sirenas que ya se escuchaban a lo lejos, logrando mantener un hilo de esperanza en la vida del joven hasta que llegó la ambulancia.
Julián ingresó al Hospital Cullen en estado crítico. Los médicos hicieron todo lo posible, batallando durante horas entre quirófanos y monitores que sonaban sin tregua, pero el daño era irreparable.
En la madrugada, desde la terapia intensiva anunciaron la tragedia: Julián había muerto.

Horas después, el conductor que le había realizado las maniobras en el puente se cruzó con los destrozados padres de Julián en la sala de espera. Con lágrimas en los ojos, les dijo:

— Hice todo lo que pude, le sostuve el corazón en mis manos en el medio de ese puente.

La pérdida de Julián dejó una lección dolorosa y eterna para todos en la ciudad. En esa sala de hospital, quienes se quedaron entendieron que la vida es un cristal demasiado frágil. Julián corrió para ganar unos minutos y terminó perdiendo años. ~

**Natanael Lopez Avero**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# El misterio de la Costanera

**TODO EMPEZÓ UN DÍA**, de mucho calor en el barrio de la Costanera de Santa Fe. Lautaro estaba caminando cerca de la orilla del puente y, en ese momento, no se escuchaba nada más que el ruido de un camión a lo lejos y una bicicleta que pasaba.

De repente, la calma se cortó. Lautaro caminó unos pasos y descubrió algo extraño: unas huellas gigantes que parecían de un gato. Sintió muchísimo miedo porque algo dentro suyo le dijo que en realidad eran las de un yaguareté. Aunque al principio intentó escapar, decidió quedarse un momento a observar a su alrededor... Pero nada sucedió.

Todavía hoy, cuando se hace de noche en la ciudad, se puede escuchar un extraño ruido que viene desde una alcantarilla...~

**Dulce Díaz,**
**Xiomara Monzón**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# Inseparables en Barranquitas

**UN DÍA COMÚN Y CORRIENTE,** en la ciudad de Santa Fe, una chica llamada Camila empezó las clases en una escuela nueva: la EESO 595 Mercedes Sosa. Ella antes iba a otra institución, pero había decidido cambiarse porque no se sentía cómoda.
El primer día, apenas entró al salón, vio a dos grupitos de chicas: en uno había dos compañeras muy serias, y en el otro, dos que se mostraban sonrientes. En ese momento, Camila se quedó súper pensativa, analizando con quién sentarse. Al darse vuelta, notó que las chicas del otro grupo se sintieron algo decepcionadas por no haber sido elegidas; fue ahí cuando comprendió que uno nunca termina de conocer del todo a las personas.

Un día, una de las chicas serias se sentó sola porque su amiga faltaba mucho a clases. Camila aprovechó la oportunidad, se animó a hablarle y empezaron a conocerse un poco más. Enseguida se dieron cuenta de que tenían varias cosas en común. Poco después, Camila entró al baño y, de repente, su nueva compañera apareció y le dio un abrazo con el que ambas se sintieron seguras. Al cabo de un mes, ya se tenían muchísima confianza y empezaron a sentarse juntas todos los días.

Sin embargo, la amiga que había estado faltando volvió a la escuela. Al ver que se sentaban juntas, se puso muy celosa. Sin siquiera conocer a Camila, empezó a hablar mal de ella y tomó la

decisión de alejarse de a poco. A pesar de eso, Camila y su nueva amiga se dieron cuenta de que eran súper inseparables.

Camila venía de la EESO 265 Yapeyú, donde había tenido muchas compañeras, pero con ninguna se había sentido tan cómoda como con ella. Por eso, el día que empezó en la escuela Mercedes Sosa de Barranquitas se convirtió en una fecha inolvidable. Siempre iban a decir que cambiarse de colegio fue su mejor decisión porque, a pesar de los problemas, esta gran amistad siguió adelante.

Como se querían como hermanas, empezaron a salir juntas a todos lados. Una tarde, organizaron un paseo a la Costanera. Mientras iban caminando por allí, vieron una sombra extraña: era una persona que venía del futuro y les dijo: —Chicas, nunca se separen, porque su amistad va a durar para siempre. ~

**Valentino Aguilera**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# Raúl y Tobi en la costa de Santa Fe

**RAÚL** vive en Santa Fe y tiene un perro llamado Tobi. Todos los días, Raúl lleva a Tobi a pasear a la Costanera. A Tobi le encanta salir y jugar.

Un día, Raúl le tiró una pelota al agua. Tobi corrió muy rápido para buscarla, pero la pelota se fue muy lejos. El perro nadó y nadó, pero no podía alcanzarla. Al ver esto, Raúl lo llamó con cariño y paciencia. Tobi nadó de vuelta hacia la orilla y Raúl lo felicitó con muchos abrazos.

Después, jugaron en la arena, corrieron y disfrutaron juntos de la playa. Al atardecer, Raúl y Tobi regresaron a casa cruzando el Puente Colgante. Raúl estaba feliz porque tiene a Tobi, su mejor amigo. Y Tobi, feliz porque para él cada día con Raúl es una auténtica aventura. ~

**Oriana Bordón**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# Sara y Alan: una historia prohibida

**ME LLAMO SARA. VINE**, de Buenos Aires a Santa Fe Capital, y de ahí terminé en Barranquitas porque mi mamá consiguió laburo. Nueva ciudad, nueva vida, nuevo infierno: la escuela Mercedes Sosa.

El primer día choqué con Alan. Literal, le tiré el té encima.

— ¿Sos ciega o te hacés? — me escupió con odio.

— Y vos sos un idiota con suerte — le contesté. Desde ahí, fue una guerra declarada.

Lo peor de todo es que nuestras mamás se hicieron mejores amigas apenas llegamos al barrio. La mamá de Alan está casada con Brian, un tipo que siempre está de viaje, así que al menos no me lo tenía que fumar a él en cada asado familiar.

Alan tenía novia: Mía. Linda, popular, falsa. Su mamá, Selena, es de esas mujeres que te sonreían por delante pero por detrás te clavaban un cuchillo. Yo también tenía novio, se llamaba Lucas. Era el típico idiota que te trata mal "en chiste" y después te dice que sos una exagerada. Mi única salvación era Marta, mi mejor amiga, la única cuerda de todo el grupo. El problema mayor era que Lucas y Alan eran mejores amigos, así que en cada salida grupal me tenía que bancar a mis dos pesadillas juntas.

Barranquitas también tenía su lado turbio. José y Lucy manejaban medio barrio. "Mafiosos" o "narcos", como quieran

llamarlos. El tema es que José engañaba a Lucy... con Selena, la mamá de Mía. Nadie lo decía, pero todos lo sabían, porque si Lucy se llegaba a enterar de que José la estaba engañando, él iba a aparecer tirado en el río Salado.

Alan y yo nos odiábamos. Hasta que empezamos a cubrirnos. Yo lo tapé cuando se rateó de Historia; él me bancó cuando Lucas me gritó delante de todos en el patio. Empezamos a hablarnos. A mirarnos distinto. Una tarde de lluvia nos quedamos solos en la biblioteca. Discutimos, como siempre, y terminamos besándonos, como nunca.

Empezamos a ser novios en secreto. Si Lucas se enteraba, mataba a Alan. Si Mía se enteraba, me mataba a mí. Si nuestras mamás se enteraban... bueno, eso era un quilombo nuclear.
Pero Selena se dio cuenta. Es bruja esa mina, nos vio las miradas. Para colmo, una tarde nos escuchó a Marta y a mí en el Parque Garay hablando de Alan.

Al otro día, la escuela Mercedes Sosa tenía planeada una salida escolar al Museo Histórico Provincial "Brigadier Estanislao López". Selena, que no es ninguna boluda y se enteró del viaje por su hija, fue a buscar a José. Le mostró una foto mía y le dijo: — Quiero que te lleves a esta piba y la amenaces para que deje al novio de mi hija en paz. Porque si mi hija sufre, vos también sufrís. Selena lo tenía amenazado con contarle la infidelidad a Lucy, y José sabía muy bien cómo podía terminar eso.

Así que a José no le quedó más remedio: llamó a dos de sus hombres y planearon emboscarme el día de la excursión. El momento llegó. Saliendo del museo, me separé un segundo del grupo para buscar algo que me había olvidado, y me agarraron desprevenida. Los hombres de José se aseguraron de que nadie se diera cuenta de nada, me metieron en un auto y me llevaron a un galpón abandonado.

Al rato apareció José, con una cara de película de terror.
— Así que sos vos la que se le tira encima al novio de Mía — dijo con

muy poca paciencia. — ¿Quién sos vos? ¿A dónde me trajeron? — le pregunté con miedo, pero sosteniéndole la mirada.

— Soy José, el que manda en casi todo el barrio — dijo mientras me agarraba del pelo con fuerza —. Así que andá fijándote con quién te juntás y qué vas a decir, porque si no, le va a ir muy mal a tu mamá. Yo sé todo sobre ustedes.

— ¿Quién te mandó a hacer esto? Esto es estúpido. Mi mamá y yo no le hicimos nada a nadie desde que llegamos a Barranquitas — le dije, mientras intentaba soltarme de su mano. Me dolía mucho, pero era obvio que él tenía más fuerza que yo.

— Me mandó Selena, la mamá de Mía, para que dejes en paz a Alan. Así que ya sabés: o lo dejás por las buenas, o por las malas.

— Decile a Selena que Alan ya eligió. Y no fue a Mía.

En ese momento, José me golpeó y se fue enojado, dejándome sola y encerrada en el galpón. No había mucho adentro, solo cajas y máquinas viejas. Empezaba a hacer frío porque estaba cayendo la noche.

Pasaron las horas en la oscuridad total, hasta que de repente escuché ruidos en la entrada. La puerta pesada se abrió y entró Alan, todo golpeado.

Al verme, se acercó corriendo y me contó el desastre que se había desatado afuera: Lucas ya sabía todo y lo había agarrado a trompadas por "traidor". Mía, al enterarse de que su madre me había mandado a secuestrar, le armó un escándalo terrible a Selena. Brian, el marido de Selena, se enteró de la infidelidad con José y la echó a la calle, escrachándola con todo el mundo por la horrible persona que era. Y Lucy... bueno, Lucy se enteró de absolutamente todo.
José zafó de milagro, pero hoy no puede volver a pisar el barrio de Barranquitas. ~

**Milagros Ramírez,**
**Priscila Martínez**
2do B
Mercedes Sosa N° 595

***

# Una noche de invierno

**ERA UNA NOCHE TÍPICA DE INVIERNO EN SANTA FE.** Sofía y Alma caminaban por la banquina de la Ruta 11, cerca de los desagües. A su alrededor se escuchaba el zumbido de los autos que pasaban y el correr del agua. También había olor a podrido y a pasto húmedo. En ese momento, las chicas se dirigían hacia donde estaban sus amigos, Maxi y Noah, quienes las esperaban un poco más adelante.

De repente, una piedrita golpeó contra el pie de Alma. Al darse vuelta, vieron a dos hombres vestidos de negro que las seguían con la clara intención de secuestrarlas. Alma y Sofía se asustaron muchísimo, pero intentaron mantener la calma.

Empezaron a caminar más rápido con el corazón acelerado a mil; trataron de llamar a sus amigos, pero se dieron cuenta de que no tenían señal en el celular. Sin dudarlo, buscaron algo para defenderse y juntaron una botella de vidrio rota de la calle.

Desesperadas, las chicas corrieron a esconderse en un campito de fardos. Pero las cosas en la ruta a veces se complican: justo en ese momento empezó a bajar una neblina densa y fría. Alma y Sofía volvieron a correr a ciegas hasta llegar a la zona de los desagües.

Finalmente, gracias a la neblina que tapaba todo, los hombres las perdieron de vista. Las chicas respiraron aliviadas, aunque todavía les temblaban las manos. Se quedaron un momento quietas,

ocultas en la oscuridad, mirando el agua correr. Mientras se sentaban a la orilla del desagüe esperando a que pasara el peligro, se dieron cuenta de que Santa Fe ya nunca volvería a parecerles la misma ciudad de antes. ~

**Valentina Berón**
2do A
Mercedes Sosa N° 595

***

# Valeria y Jesús

**UN DÍA AL ATARDECER,** una joven pareja se reunió a hablar en el Parque Garay. Valeria llevó el tereré y Jesús llevó la manta y las masitas para compartir. A su alrededor, se sentía el ruido del agua de los lagos y el olor a tierra húmeda.

Allí, Valeria le contó a Jesús que estaba embarazada. Él le respondió con muchísima felicidad: —¡No lo puedo creer! Gracias por traer un angelito a nuestra vida.

— Pero, Jesús, tengo un problema — le dijo ella — mi familia no sabe nada.

— Tranquila, tengo una idea. ¿Qué tal si hacemos una comida en mi casa y reunimos a tu familia y a la mía?

Unos días después, se reunieron todos en la casa de Jesús. En medio de la cena, él gritó con mucha alegría: — ¡Voy a ser papá! La mamá de Valeria se levantó de golpe de la mesa y preguntó, seria: — ¿Eso que dijo Jesús es verdad, Valeria?

— Sí, mamá, es verdad. ¿Estás contenta? — le preguntó Valeria con ilusión.

— Estoy muy decepcionada de vos, Valeria — sentenció su mamá.

— Mamá, me rompiste el corazón. Vos me dijiste que siempre ibas a estar para mí — le contestó ella, con lágrimas en los ojos.

— Para mí no cuentes en nada. Me voy.

Y su mamá se fue de la casa. Valeria, completamente destrozada, corrió a encerrarse en la pieza de Jesús. Él golpeó la puerta

y le preguntó si estaba bien, pero ella solo le contestó que quería estar sola.

El tiempo pasó. Cuando Valeria ya estaba de seis meses de embarazo, su mamá reapareció. Fue a buscarla y se disculpó por cómo había reaccionado.

— Mamá, me hiciste sufrir mucho y me hiciste pasar una gran vergüenza delante de la familia de Jesús — le dijo Valeria —, pero te perdono.

Valeria decidió perdonarla porque, al final, su mamá terminó siendo su único sostén. Jesús, que le había prometido estar con ella para siempre, le falló: se terminó metiendo con su mejor amiga. Un tiempo después nació su hija. A pesar de la traición y del dolor, Valeria consiguió un trabajo y, con mucha fuerza, salió adelante sola con su bebé. ~

# Escuela N° 647
# Pedro Lucas Funes

**Ciro Lamerata,**
**Luanna Viubliomen**t
1ro A
Pedro Lucas Funes N° 647
***

# El misterioso cassette perdido

**UN MARTES 13,** como un día cualquiera, del año 1990, una chica de limpieza, que trabajaba en el tradicional cine santafesino "América" ubicado en calle 25 de Mayo 3075 (en la esquina con calle Suipacha) recibió el llamado de sus compañeros de trabajo diciéndole que se iban a tomar el día. Le preguntaron si podría hacer doble turno. Ella, como era tan buena y necesitaba dinero extra, les dijo que sí.

La chica estaba con un guardia de seguridad y al caer la noche, ella se fue a limpiar la sala del cine. Cuando estaba limpiando las butacas de la sala escuchó ruidos en el sector de proyecciones. Fue hacia ese lugar y cuando entró vio que se había caído una reproductora. Quiso levantarla pero apenas la tocó, se comenzó a proyectar una película y ¡BUM!, ella desapareció.

Mientras tanto al guardia de seguridad le pareció raro no encontrar a la chica, la buscó y buscó por todos lados: en el hall de ingreso, en los baños, en las escaleras, en galerías, en el segundo piso, hasta que llegó a la sala principal del cine. Allí descubrió que estaban sus productos de limpieza tirados. Le pareció extraño pero siguió buscándola en la sala de proyecciones. Entró y vio el proyector y un casete tirado. Como la chica no aparecía, puso todo en su lugar y fue a observar las cámaras.

Cuando las vio se dio cuenta de que la chica había entrado a la sala pero nunca había salido de ella. Entonces decidió buscar de nuevo y al no encontrarla otra vez, llamó a la policía. Cuando llegaron, el guardia les contó todo lo que había sucedido pero ellos no le creían, pensaron que estaba demente. Fueron a ver las grabaciones y se dieron cuenta de que el guardia tenía razón: la chica había desaparecido misteriosamente. La sala fue clausurada y empezaron a buscar pistas.

Pusieron el casete y se prendió la pantalla; la chica estaba en la proyección. Apareció gritando y escribió un cartel que decía "AUXILIO". Todos se asustaron muchísimo porque realmente esto era algo muy extraño. Ellos no sabían cómo quedó allí ni cómo entró. Intentaron sacarla desesperadamente de la pantalla con una escoba pero rompieron el telón. Con el telón roto, la escoba tirada y un misterio sin resolver, decidieron cerrar el caso y lo dejaron en el olvido.

Lo que hicieron con el casete fue llevarlo al Museo Histórico. Esa historia se volvió una leyenda que se fue transmitiendo de boca en boca. Se dice que fue guardado en un bunker debajo de la sala principal del Museo protegido por una secta muy misteriosa. ~

**Augusto Burgos**
1ro B
Pedro Lucas Funes N° 647

***

# El jardín profundo

**ERA UNA NOCHE,** pescando en plena soledad en la orilla del Río Salado, me sentía en paz, viendo las estrellas y una brillante luna que iluminaba la noche. Había pescado bastante, unos cuantos sábalos y un pejerrey, pero no me bastó, quería seguir pescando más porque era una noche de suerte. Un rato después, un pez mordió el anzuelo, entonces rápidamente dejé el mate y agarré la caña; era muy fuerte, no se cansaba más, usé todas mis fuerzas pero no conseguía pescar. De repente, vi una mano que sobresalía del agua; se me había congelado el cuerpo, mis piernas temblaban de miedo, hasta que...

¡Plash! sentí un tirón tan fuerte que me tiró al agua y me llevó a lo más profundo del río; no sabía que era tan profundo. Se me acababa el oxígeno, me quedaban segundos de vida... entonces me desmayé. Desperté y vi un jardín, pero no cualquier jardín, era un jardín raro, había plantas extrañas y criaturas deambulando por el lugar. Mis ojos no podían creerlo, era tan majestuoso, que sentí que era el mismísimo paraíso, pero no estaba seguro ahí, el oxígeno no era infinito, o eso creí. Me di cuenta de que tenía un traje de buzo puesto, no entendía nada, sentía que era un sueño, pero era muy real. A lo lejos vi un buzo, con un traje sucio y viejo, estaba trabajando en el jardín, entonces fui hacia él y le pregunté:

— ¿Dónde estamos?

Entonces volteó, y vi que tenía una tijera enorme en la mano, y me dijo:

— ¿Qué hacés despierto? Andá a dormir, no molestes.

— No quiero dormir, quiero salir de aquí - le respondí con autoridad.

— No hay salida, la mejor salida es esta - me dijo, con una risa macabra.

Entonces sacó un cuchillo del bolsillo, y me persiguió por todo el jardín para matarme. Nadé lo más rápido que pude, hasta que me escondí en una cueva. Decidí adentrarme, nadé bastante hasta encontrarme en unas cloacas, que parecía ser la salida, así que seguí nadando. Parecía un laberinto, había muchas zonas oscuras y había un gran silencio; recuperé la esperanza al ver un cartel de salida, pero era un camino totalmente negro y oscuro. Sin más remedios, nadé hacia lo oscuro, sentía que gente murmuraba y que monstruos pasaban al lado mío, pero seguí nadando. De repente, escuché a alguien que me dijo:

— No escaparás, Eros.

— ¿Cómo sabe mi nombre, señor?

— ¿No te acuerdas de mí? Soy tu padre, Arnold, no quiero que te vayas lejos de mí.

— No caeré en tu trampa - dije, confiado en que no era mi padre.

— ¡Ven aquí, mocoso! - me dijo con un gran enojo. Pero no le hice caso.

Al fin vi la luz, nadé lo más rápido que pude, pero me agarró de la pierna, empujándome hacia abajo. Finalmente me solté y regresé a la superficie. Abrí los ojos. Mi mate seguía caliente. Todavía era de noche, entonces seguí pescando mientras tomaba mates con facturas. Nada a mí alrededor había cambiado y yo estaba completamente seco. ~

**Diana Martínez**
**María Solange Rodríguez**
Pedro Lucas Funes N° 647

***

# La catedral

**LA CATEDRAL METROPOLITANA,** está ubicada en Av. General López 2672 enfrente de la plaza 25 de Mayo, de la ciudad de Santa Fe. Fue fundada en Cayastá (Santa Fe la vieja) y luego fue trasladada a su ubicación actual a mediados del siglo XVII. Dentro de ella están, entre otros, estos tesoros: el sepulcro del Brigadier Estanislao López junto a su esposa Josefa Rodríguez del Fresno y la pila bautismal histórica, panteón de los canónigos.

Un joven llamado Tomás pasaba con frecuencia frente a la Catedral, nunca se atrevía a entrar pero no era por miedo, era por la energía rara que la transmitía ese lugar. Un día, estaba caminando por la plaza 25 de Mayo, luego de una discusión con sus padres y tomó la decisión de entrar a la Catedral. Allí se encontró con una persona muy extraña, que no parecía real. Se acercó y preguntó:
— Hola, ¿quién eres? — .

La persona se dio vuelta y, en ese momento, Tomás se dio cuenta de que era el Brigadier Estanislao López, el caudillo santafesino que había estudiado en la escuela. El hombre lo miró y le respondió con voz grave: — Soy el Brigadier Estanislao López ¿Y tú?

Tomás se quedó paralizado y le respondió, temblando:
— Soy Tomás. - Iba a seguir hablando, pero en ese momento una voz femenina sonó desde el fondo: era Josefa, la esposa de Estanislao López. Miró a Tomás y le preguntó quién era.

Tomás respondió al segundo: — Soy Tomás — su voz era levemente nerviosa, ya que le dio un poco de miedo encontrarse con dos personas de otro mundo, pero sobre todo porque se quedó

embobado mirando  a Josefa: por más que llevaba años muerta era verdaderamente hermosa, pero no se atrevió a decirlo ya que frente a él estaba el esposo de Josefa.

Luego de eso, Tomás fue seguido a la Catedral Metropolitana solo para ver a Josefa. Se quedaba largas horas esperando que apareciera y se conformaba con solo verla pasar por los pasillos laterales de la Iglesia. Pero un día fue a la Catedral y no la vio. Esperó como siempre y ella no apareció.  Se puso un poco triste ya que había desarrollado sentimientos muy fuertes hacia Josefa y no dejaba de pensar en ella.

Tomás decidió olvidarse del asunto y se empezó a enfocar en sus estudios, tratando de olvidarla pero no lo lograba.
Una noche decidió salir a caminar por la plaza 25 de Mayo y al pasar frente a la Iglesia de General López vio unas siluetas que le resultaron familiares: Eran Josefa y el Brigadier abrazados, mirando hacia la avenida General López. Tomás decidió acercarse pero en ese momento venía un auto muy rápido y lo atropelló. Tomás quedó internado gravemente por el accidente. Tardó meses en recuperarse pero cuando salió del hospital decidió no volver nunca a pasar por la Catedral de Av. General López por ese trauma que le había dejado su insólita historia de amor no correspondido. **~**

✳

# Escuela N° 331 Almirante Guillermo Brown

**Jazmín Bonsignor**
2do B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# Solarianos, los humanos que bajan desde el Sol

**EN ARGENTINA,** —a pesar de sus problemas generales—hubo una serie de especulaciones y sucesos que hicieron que la provincia de Santa Fe sea conocida por ser la casa de los seres que provienen de otro planeta.

Durante el mes de abril, la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz había alcanzado su auge de desapariciones anómalas.
El patrón era simple pero complicado; sea hombre, sea mujer o sea niño; quien se presentara ante los primeros rayos solares cuando la estrella asciende hacía los cielos, se esfumaría de la vista pública y solo su rostro aparecerá en un cartel de "Ayuda para encontrar a...".

A pesar de estos acontecimientos fantasmagóricos, los ciudadanos—sean santafesinos o no—mantuvieron una postura escéptica ante la idea de que estaba sucediendo algo que va más allá de lo que comprende el humano. Cada día las personas temían; la tierra podía decidir que ellos serían los siguientes en ser tragados y no escupidos; sino enterrados y dejados solamente como un recuerdo borroso en la mente de sus seres queridos.

Las incógnitas de los casos se mantuvieron en el aire esperando una respuesta que no llegaría hasta este día.
En el sur de la localidad, un pequeño campo fue abandonado tras ocurrir situaciones que ni la mismísima biblia explicaba. Sus anteriores huéspedes—la familia Ceboyín—partieron al norte luego de vivir una década allí.

A unas pocas millas, existe un pueblo; los habitantes de este prefirieron advertirle al nuevo inquilino—Vicente Magdalenna—de esas tierras sobre lo que sucedía.

Tomaron mate y comieron tortas fritas mientras una mujer de la tercera edad contaba como si de una leyenda — o quizás delirio — se tratara:

— Te elegiste el lugar más maldito para vivir, pibe; allí, en el crepúsculo, bajan del sol otra especie de humanos, y se llevan a quienes estén por ahí dando vueltas; y solo Dios en su gloria sabrá qué les hacen.

Una explicación tétrica; no porque esos "humanos" hagan algo, sino porque no saben si harán algo. Magdalenna dudó varios días sobre esta breve introducción de su nueva vivienda—que parece un capítulo normal de la Dimensión Desconocida. No es un hombre temeroso, ni tampoco temerario; aunque sí muy curioso.

Tocada la hora donde el Sol comenzaba a irradiarse en las zonas rurales; el muchacho miraba desde la ventana, agazapado para que estas criaturas no lo vean. No bajan de naves espaciales; los rayos UV de su misma casa los materializan en seres del tamaño de un retoño de árbol con figura humanoide pero sin otra característica biológicamente pertenecientes a los humanos a simple vista. Apenas el astro llegaba al punto más alto; se hacían humo y no volvían hasta que el ciclo se repetía.

Era parte de su rutina observar a los 'Solarianos' — como él los llamó — como un científico viendo a una rata familiarizarse con un laboratorio. Hasta que un día, uno de ellos lo encontró y el pibe se paralizó; no del miedo, literalmente algo no le permitía despegar los pies del suelo para darles una patada a esas hormiguitas solares. Trató de gritar, de comunicarse pero le resultaba una tarea imposible de lograr; separaba sus labios y su grave voz ni se presentaba.
Una fatiga recorrió su cuerpo — se sentía como si se hubiera quedado pegado en algún enchufe y ahora le estaba dando patadas como profesional en el Kickboxing — y, para cuando se dió cuenta,

estaba en el suelo inmóvil; con estos alienígenas alrededor.
Pasaron unos días desde que no lo vieron; se lo llevaron, quizás. Los militares hicieron un control por la zona pero no encontraron nada; legalmente — y para ellos — Vicente Magdalenna estaba muerto.
Los del pueblo lamentaron su "fallecimiento" — y la pavada que probablemente habrá hecho para morir con tan solo 34 años.

No había pruebas reales de qué le sucedió, como en todos los otros casos. El FBI estaba ya interviniendo; a partir de este día, estos 'crímenes' dejaron de ser solo en el final de América.
Por otro lado, muy lejos de este pueblo, el campo y en general nuestro hogar — quizás  demasiado — cayó confeti espacial y aplausos que un ser vivo convencional no oiría ni con la mejor tecnología.
— Bienvenido a la familia, 096214623.

Vicente no lo oyó, lo sintió; sintió una celebración como ondas que atravesaban su cuerpo que él ya no veía.

Y para cuando el Sol despierta y resplandece por esa gran orbe, aquel individuo — junto a muchos otros — descendía a un suelo verdoso y observaba a estas criaturas, ahora, seres enormes de carne y hueso — algunos con muy bonito cabello. ~

**Jazmín Bonsignor**
2do B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El hombrecito mapuche del río Futaleufú

**EL ESMALTE** brillaba a los suaves rayos del sol, el joven de papel había barnizado su barco de navegación, también de papel. Haría un viaje por el río Futaleufú, desde Chubut hasta Chile. Desde los inicios de la dictadura del 76´, hubo una mujer chubutense que fue exiliada de Argentina, ahora radicándose en Chile. Esta, ahora señora, trabajaba en una papelería. En este lugar fue la primera vez que vio la luz del día y la relajada penumbra de la noche. Sintió el frío del viento en días donde parecía que el invierno contaba cuentos de nochebuena.

El hombre de hoja blanca como la leche puso a flotar su nave. La corriente del agua más el susurro del viento en contra de él, hacía que su recorrido sea más fluido por la naturaleza. Miraba la fauna local de la parte de la playa.

Entrando al bosque de los árboles susurrantes, la brisa golpeaba gentilmente el tronco añoso, formando murmullos tan suaves y honestos como si la naturaleza contara un cuento tan maravilloso que los animales caminaban en puntillas de patas y las plantas prestaban su atención. El flujo del río parecía reflejar como ilustraciones el relato de una jovencita mapuche. Ella murmuró al agua: oh señor Ngen-ko ¿puedo pasar al otro lado? Un tronco contaba por debajo del sonido del agua. Por lo que el espíritu respondió; el flujo fue lento y controlado. Una forma de decir SÍ.

La niña pasó por las rocas mojadas hacia el lado opuesto,

buscando el cuero dejado por algún hombre al vivo sol de la tarde. Ella acercó su mano y con un salto agitado se dio cuenta que ese cuero era un wekufe. Este se enrolló en su torso delgado y la arrastró al fondo del cuerpo acuático.

Cuando el líquido insípido terminó su cuento y cayó en un profundo silencio, el hombrecillo de papel observó, colgado de una rama, un pedazo de cuero.

Cuando la nave de papel se acercó lo suficiente, el wekufe mostró su verdadera intención atacándolo.
Tiró su barco, enojando al Ngen-ku, ocasionando que el viento corriera más fuerte de lo normal.

Aunque emergiendo de los árboles, salió una mujer que hablando en un idioma desconocido, logró hacer que la bestia retrocediera. Esta señora era una machi; sus conocimientos beneficiaron a nuestro protagonista.

Para la hora cuando el sol se esconde y la luna se presenta, él ya había llegado a su destino. A pesar de su objetivo cumplido, este no tenía ni mapa ni conocimientos del territorio chileno; lo que veía eran más montañas y bastante nieve. ~

**Dana Rondón**
2do B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# ¿Por qué sentir?

**DICEN QUE EL AMOR** se trata de esperar, de ser paciente, pero nadie advirtió que esperar fuera desesperante e inquietante. Morfeo lo descubrió pasando por el viaje que lo atormentara por el resto de sus días.

En la Grecia antigua, las historias eran más que eso; los cuentos y mitos trascienden siglos y realidades.

El dios del sueño descubrió por él mismo lo que era estar en el dominio del cruel destino. Luego de que el molesto Cupido haya cambiado el rumbo de su vida inmortal lanzando una flecha dorada a una ninfa de bello nombre, Ophelia. Ella se enamoró inmediatamente de él.

El dios pasó años tratando de abstenerse a sus crecientes sentimientos por la pelirroja, sabiendo que los seres celestiales podrían traer infinita desgracia al resto de sus días. Pero todos sus instintos fueron en vano. La belleza etérea de Ophelia lo hipnotizaba. Cada conversación o paseo por los valles tan hermosos pero siempre viéndose opacados por el brillo de sus ojos.

Todo parecía felicidad, estrellas que iluminaban el cielo oscuro, pero terminaron siendo fugaces.

La tragedia ocurrió una tarde en la que el crepúsculo advertía y la brisa susurraba una culpa emergente.

El no sabe cómo ocurrió, solo recuerda el rostro barroso de su preciado amor, el sonido de su suave risa y los latidos de su propio corazón vivos en su pecho, hasta que las Mairas decidieron arrebatarle ese alimento que le daba sentido a sus infinitos años.

La ninfa cayó al río cristalino en el que los deseos podían hacerse realidad y su anhelo había sido claro: “un destino completo con el amor de mi vida a pesar de las dificultades por venir”. Morfeo no pudo evitar que la confusión abordará su corazón pero no tuvo tiempo para cuestionarlo porque vio a su amada resbalar y caer con un sonido seco que lo paralizó. El río fue bravo; sus suaves alas se convirtieron en cañones de agua que arrastraron el cuerpo de su vida. La observó hundirse en segundos, no pudo arriesgarse a sí mismo porque el tiempo le jugó en contra o al menos no era lo que sus memorias abarcaban.

Bajó a las penumbras del inframundo. Allí bajo las temperaturas te congelaban y cada paso dado era invitar a las sombras en un viaje de desgracia pero para el dios lo más inusual no fue eso sino los reflejos del lago que aparecían de momentos. Había escuchado infinitos rumores que nombraban lo que el Reino de Hades era capaz de mostrar: verdades que no deseabas ver pero él no entendía. En esas aguas su vida se había desplomado ¿que verdad había de ver?

Tardó dos años en las profundidades, para Morfeo se sintió como segundos desperdiciados al no encontrarla pero no fue hasta que vagar por el río Estigio, lugar de los juramentos que jamás podrán ser rotos, se inclinó sobre sus rodillas y en el reflejo se observó a sí mismo pero su propio rostro guanabana el secreto eus e había prohibido desencadenar.

Él lo había provocado. Era su culpa y con los ojos de hielo pegados en las oscuras y turbias alas hizo un juramento: “no me arrepentiría” y selló su corazón para y por siempre. ~

**Mailen Lapalma Troncoso**
1o B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El río Paraná

**PAULA** alistó a sus hijos Rahúl y Nahuel para ir a vender churros a la costanera, ya que su situación económica no era muy buena.

Los niños tenían un hermoso vínculo con su madre, cuidándola y ayudándola siempre.

Un día como cualquier otro la madre acomodó su puesto y los niños jugaron a la pelota a un costado.

De repente, cuando ella giró para llamar a sus hijos para merendar, se percató que ellos no estaban. Ella intentaba tranquilizarse pensando que tal vez los niños fueron a buscar una masita, pero por dentro sabía que algo no andaba bien.

Empezó a anochecer y los malos pensamientos de la madre invadieron su mente. Llamó a todos sus familiares pero no había rastro de los niños, preguntó a desconocidos y nadie sabía de ellos. Todas las noches ella recorría los lugares favoritos de los niños. Fue entonces cuando sintió paz, toda la angustia se desvaneció, el dolor de perder a sus amados hijos desapareció, falleciendo de tristeza se transformó en un hermoso río.

El mismo se designó “Paraná” formando un acrónimo con la primera sílaba de los nombres de los protagonistas. ~

**Melina Rivas**
1o B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El susurro del río

**SOY "CRESPÍN",** nací en Santa Fe, pero mi verdadero hogar el lugar donde crecí y vivo hoy en día es Alto Verde, nuestro barrio es un pueblito isleño muy especial, que se fundó en 1910, aquí el viento y el agua parecen contar historias todo el tiempo. No por nada este paisaje ha sido inspiración para grandiosos artistas. Camino por la orilla del río y no puedo evitar pensar en Horacio Guaraní.

El sintió con tanta fuerza el alma de este lugar que compuso una canción "Alto Verde querido", un hermoso homenaje a nuestro humilde pueblito del litoral, más allá, en el barrio de la costa, se siente el espíritu de Héctor Rediez a quien todos conocían con cariño como el "kiwi". Él era un poeta y artesano que encontraba las letras de sus poesías escondidas en la naturaleza y usaba la arcilla de la orilla del río para dar forma a sus artesanías.

Incluso los colores del barrio tienen dueño, el gran pintor Arancio Juan, retrato el paisaje costero de una manera única, casi todos sus dibujos y pinturas nacieron observando el monte y el río y es que mi barrio es así un rincón inspirador lleno de paisajes que te piden ser pintados y de silencios que te invitan a pensar. Cuando miro el horizonte pienso en que tengo muchos sueños a futuro.

A veces me pregunto si algún día podré ser como ellos. "¿Podré ser como esos grandes artistas, poetas y pintores?" que dejaron su huella aquí. Se que el río me traerá la paz necesaria para escribir. Se que algún pájaro en su vuelo me regalara la inspiración para pintar.

Mientras tanto el monte y la isla siguen custodiando esas historias para que yo escriba. En torno al fogón sobre el barranco los pescadores. La noche bogando estrellas sobre el río. ~

**Kiara Naito**
1o B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El misterio del río

**ERA UNA NOCHE FRÍA Y OSCURA,** cuando descubrí un suceso increíble. Mi nombre es Pipi y no soy una chica a la cual le guste resolver misterios. Pero un día todo cambió.

Estaba de vacaciones con mis amigos en una vieja cabaña de verano que habíamos alquilado para divertirnos. Cuando llegó la noche decidimos ir a explorar la zona. Algunos de mis amigos hicieron una fogata y empezaron a contar historias de terror.
Era mi turno de contar una historia, un hecho real que me había contado mi abuelo cuando era pequeña:

"Cuando era joven y vivía en el campo, me pasaba horas y horas viendo el río, ya que días antes creí haber visto un monstruo horrible asomando la cabeza. Nadie me creía, pensaban que estaba loco o drogado, pero un día logré captarlo en una foto. Desde ahí, nunca más volví al río, ni mucho menos volví a ver ese fenómeno".

Todos comenzaron a preguntarme sobre la foto, ya que les daba mucha intriga ver cómo era ese tal monstruo marino. Pero yo tampoco había visto la foto, porque antes de que mi abuelo muriera, él la había escondido muy bien, no quería que yo vea esa cosa que lo había traumado.

Pasaron unas horas y las risas que había se desvanecieron en un segundo cuando escuchamos un fuerte ruido, pero al llegar a la orilla del río quedamos congelados.

Una figura grande como el rostro desfigurado y de 4 ojos estaba saliendo del río. Quedé horrorizada al verlo, era una criatura bastante fea. Todos salimos corriendo, gritando bastante asustados

y preguntándonos qué era eso.

Al volver a la cabaña, guardamos todo y rápidamente nos fuimos de ese lugar. No volvimos nunca más allí.

El miedo y el recuerdo que nos quedó de ese día es inolvidable y todos ya tenemos una historia para contarte a nuestros hijos y nietos, así como me contó mi abuelo. ~

**Magdalena**
**Nazareth Toledo**
2do II
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El alma diferente

**HAY UNA LEYENDA** que cuando una persona muere, su alma llega como nuevo a un lugar llamado "purgatorio", donde se considera si puede pasar o no al cielo cruzando un río en un puente.

Sebastián, un alma recién llegada, observa miles de almas caminar con pasos tranquilos y silenciosos. No sabía cómo había llegado, solo sabía que debía cruzar ese puente.

Con nervios a flor de piel, dio un paso, luego otro y algo lo empujó al agua, al inicio, como si algo lo atara

— ¿Qué pasó? — pregunto confundido y sorprendido

— Algo te ata — Respondió el río.

— ¿Qué me ata? — consultó el muchacho

— Debes averiguarlo tú mismo —

Los días pasaron, o tal vez meses o años allí no existía el tiempo. Sebastián probaba cada día cruzar el puente, y cada intento lo llevaba al inicio como un ciclo sin fin.

— Demonios — insulto, mirándose en el reflejo del agua, su expresión malhumorada del enojo.

— Tanto tiempo y aun no puedo pasar — reprocho.

— Debes observarte bien, entender que te ata — dijo el agua.

Sebastián asintió y le tomó tiempo notar que había una luz sobresaliendo de su pecho.

Una pequeña luz. Frágil y diminuta.

— ¿Qué es esto? — pregunto tocando su pecho.

— Amor — respondió el río.

Me levanto y camino hacia el punto. Volvió a dar un paso, luego otro, y, por último, logró cruzar, desapareciendo entre la luz dorada del cielo.

El río había visto a muchas personas aferradas al odio, al dolor, al miedo, pero nunca al amor.

Sonrió, como si los ríos pudieran. Estaba orgulloso. ~

**Luna Coronel**
1ro B
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El río de los sentimientos

**ERA UNA TARDE** gris y lluviosa. Las gotas caían sin prisa, dibujando líneas planteadas sobre el camino y mojando los bordes del viejo puente de madera. Lía caminaba con el paraguas inclinado, con el abrigo cerrado hasta el cuello y la mente llena de pensamientos confusos que parecía que estuviera lloviendo en su interior sin parar.

Al llegar al puente, se detuvo. Quería cruzar rápido para refugiarse, pero algo le llamó la atención, bajo las vigas, donde siempre corría un arroyo pequeño y claro, ahora fluía una corriente distinta. No estaba turbia por la lluvia; al contrario, brillaba con un tono suave como el ámbar, y las gotas al caer sobre su superficie se fundían dejando un rastro de luz.

— ¿Qué río es este? Dijo el silencio

En ese momento escucho pasos por sus espaldas.

Era Julián, un chico que conocía de hace tiempo y con quien siempre había compartido miradas y palabras sencillas, pero nunca se había atrevido a ir más allá. Se acercó con su propio paraguas, y al ver lo que miraba ella, también se quedó en silencio.

— Dicen que en días de lluvia, cuando el corazón está dispuesto a escuchar, aparece este río — le dijo él con voz suave.

No lleva agua común, sino todos los sentimientos sinceros que el tiempo no borra. Por eso lo llaman el río de los Sentimientos. Juntos se apoyaron en la baranda húmeda, el aire se volvió más tibio a pesar de la tormenta. Lía extendió la mano y tocó la superficie con la punta de los dedos; Julián hizo lo mismo, y sus manos casi se roza-

ron sobre el agua. Al instante, ambos sintieron una calma profunda. El río les mostró, sin palabras, que el amor no es solo lo que se dice en voz alta, sino también lo que se siente en silencio, lo que espera su momento y lo que une sin atar.

En sus aguas se reflejaron recuerdos compartidos y sonrisas que habían guardado y deseos que no se habían atrevido a pronunciar. La lluvia seguía cayendo, pero ya no parecía fría; parecía acompañar el murmullo suave de la corriente.

Cuando decidieron seguir caminando, se fueron más cerca, bajo un mismo paraguas, con el corazón más ligero y la certeza de que algo había cambiado. Al mirar hacia atrás unos pasos más adelante, vieron que el río volvía a ser el arroyo de siempre, pero ellos sabían que no había sido un sueño. Así, bajo la lluvia que aún caía suavemente, comenzaron a caminar juntos, sin prisas, con la sensación de que lo que acababa de descubrir solo era comienzo de algo nuevo que estaban por construir. **~**

**Mateo Alzugaray**
5to IV
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# Del mar al río

**ERA UNA TARDE DE DOMINGO,** mis amigos se organizaron para ir a pescar. Cada uno fue a su casa. Apenas llegué a mi casa, le dije a mi mamá: ¿"puedo ir a pescar"? Ella me dijo. ¡No pendejo Mañana es el cumple de tu prima!. Insistí pero no hubo caso; así que decidí escaparme.

Llegó la noche y esperé el silencio para poder irme. Cuando no escuché nada, me fui agarré las cosas de pesca, y en silencio me fui. Corrí hasta el 147 de Leandro planchado al piso.
Me subí y partimos hasta el río Salado. Arrancamos los mates con leña que había alrededor, tomamos mate y charlamos de mujeres y cosas de la vida. Y en 15 minutos vino el primer pique.

La caña de Leandro se dobló como un arco iris. Leandro corrió como perro por su hueso. Cuando llegó a la caña, el pez se llevó su caña de $300,000 yo y Mati nos cagamos de risa de él. Cuando lo quisimos consolar, salió corriendo hacia el 147 lo pisó a fondo y con él Mosa sonando en el estéreo, desapareció en la calle cercana al río.

Quedamos Mati y yo. Mati llamó al viejo y en caballo lo vino a buscar me ofreció ir con ellos pero les dije que iba a llamar a mi mamá, lo cual era mentira. Llegaba a llamar a mi mamá y aparecía muerto. Así que decidí quedarme y en soledad y silencio seguí pescando. Pasaron como 40 minutos y vino el pique al igual que la caña de Leandro se dobló como arcoiris.

Parecía el mismo pez. Corrí hacia la caña y tiré como pude. Parecía que había enganchado una lancha.  No se movía ni un poco...

estuve forcejeando con el pez por como 50 minutos,  hasta que se destensó la línea.

Tiré, tiré y tiré como si mi vida dependiera de eso. En un momento se asomó la cabeza y parte del cuerpo. Grité : ¡no lo puedo creer!, es un pez Remo?? . Me asombré porque este pez es del mar... y entre gritos de alegría y euforia... escuché: ¡ te encontré pendejo de mierda! . Me dí media vuelta y vi una figura familiar. Era mi mamá. Me agarró de los pelos, me dió un bife y me dijo:¡ deja ese pescado de mierda y vamos que en casa te voy a romper el marote! .

Tuve que liberar esa joya biológica al río. No sé cómo llegó al río Salado y dónde estaba la caña de Leandro. Lo único que sé es que el maricón de Leandro le dijo a mi mamá.  Lo cruzo en la escuela y yo lo cago a bollo. ~

**Guillermo Gutiérrez**
4to III
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# El puente

**EL RÍO BAJO EL PUENTE** se ve tan hondo pero tal vez no lo sea y queda en ridículo. Me fui hasta la otra punta del Boulevard, para caminar como si estuviera yendo en una alfombra roja hasta mi presunto final.

Iba a paso lento no muy seguro de mi decisión, pero por más que lo pienso no encuentro mejor solución y juro que lo intenté. He intentado todo pero todo lo que te dicta el libro. Cada libro de psicología me revela lo inservible que es el ser humano, cada religión tiene creencias violentas, la música, películas, series , novelas, son todo una pérdida de tiempo; no hay nada que me guste, nada que me entretenga ,nada que me distraiga.

Mis amigos me han intentado ayudar, pero al ver que no tengo remedio se han alejado. Mi familia se preocupó, pero con el tiempo creyeron que se me iba a pasar y les dejé de importar. Estoy solo desde siempre pero me sigo aferrando a un no sé qué, que me mantiene acá.

Estoy esperando algo algo que me salve de todo este sufrimiento que llevo dentro, que cargo desde que nací y no he podido soltar; algo que me dé una razón para seguir intentando, que me diga que va a estar todo bien.

Hay un festival en el Molino, parecen todos hippies y huele a porro. En el escenario hay una banda tributo a Los Beatles. Yesterday están tocando. Paré mi andar y me quedé escuchando desde mi lugar en Boulevard. Lo medité un poco más, tal vez pase, tal vez

solo tengo que esperar un poco más,  tal vez debería enfrentar mis problemas en vez de usar la salida fácil.

Seguí mi camino al puente, si no lo hago ahora me voy a podrir a la miseria, voy a seguir sufriendo, aunque ahora siento que se me va a salir el corazón del pecho. Cada vez estoy más cerca y me empezaron a temblar las piernas. Mi mente se nubla y ya no puedo pensar.

Llegué. Estoy donde quería estar. Voy a saltar y no va a haber nadie que me detenga. Me quedé viendo al río fijo, se veía cansado tanto como yo; pero el río no espera a nadie no siente nada Solo fluye

Escuché que me gritaron a lo lejos ¡Agus!... volteé a ver y era un amigo de la infancia: Franco.

— ¿Cómo andás amigo? ¡Tanto tiempo!, dijo Franco. Me caía bien y me interesaba saber de él y de qué fue su vida, pero se lo veía agitado. ¿Estás apurado?, le pregunté. Me dijo que sí, pero que a la noche tenía una fiesta y me invitó. Me pasó su número y se fue.

En la parte de atrás de su remera decía Ángel en grande y había unas alas. Tal vez esto era lo que necesitaba; un evento a futuro para mantener mi esperanza. Alte. G. Brown. Volteé al río por última vez y lo tomé de ejemplo, tengo que dejar que fluya. La palabra Ángel me resonó bastante irónica. ~

**Mayra Mezzadra**
5to II
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# Agua dulce con gusto amargo

**DE CHIQUITA** mi padre todos los domingos me llevaba a la costanera. Recuerdo los días soleados, el olor a mate recién hecho y el característico olor a río dulce, esa famosa mezcla entre podrido y familiar.

Recuerdo la primera vez que me metí los piecitos, sentía el agua entre los dedos y disfrutaba su sensación. Hasta que ya no escuchaba risas, sino gritos desesperados: ¡sáquenla hay víboras! no supe -o no recuerdo-, en qué momento mi padre me levantó con sus grandes brazos sacándome de la orilla, susurrándome "el río siempre va a intentar volvernos débiles, es tu decisión si flotas o te hundís".

Desde ese día el río ya no me era familiar ni dulce sin un algo amargo que en su interior podía borrarme de la existencia con solo moverse

Mi miedo para mis amigos era una boludez y con el fin de querer sacármelo una noche me hicieron una especie de Rito que de solo acordarme quiero vomitar.

Estábamos en la costa un viernes, tomando y escuchando música, la costa se veía preciosa, la arena se metía entre mis botas y el cielo oscuro brillaba con sus estrellas.

Vamos a hacer algo para que se vaya ese miedo tuyo, dijeron mis amigos yo estaba en pedo y no sabía o mi cabeza no relacionaba de qué hablaban.

Apenas pude reaccionar cuando me sacaron las botas, agarraron mis manos y con algo que creí ser una soga me ataron.
Grité que me dejaran, que no era más una joda. Pero no sé si mis palabras eran entendibles.

Entre seis manos me tomaron y como si fuera el río una pileta me tiraron.

Lo siguiente que mi mente sintió fue la ansiedad más grande jamás experimentada, recuerdo el gusto amargo en mi boca, el agua entrando en mis pulmones, mi cabeza mareada, pero mi instinto primitivo me obligaba a aguantar a pensar que no era real.

De pronto desperté en la orilla el agua podrida, mi cuerpo solito la escupía y cuando reaccioné no era nada, literalmente nada, no me veía no me sentía.

La playa estaba vacía, excepto que los camalotes flotaron por ahí junto con aquellos bichos feos.
Pero algo en el río cambió, una voz nació y me invitó a volver a sumergirme, y cuando mi pecho ya estaba lo suficientemente hundido mi cabeza hizo clic.

De pronto volví a ser chiquita a estar con mi padre y esta vez no metí los pies en el agua marrón metí todo el cuerpo y lejos de luchar solo me dejé llevar porque al final lo que es del río, el río se lo lleva. ~

**Leilen Agustina Osuna**
4to VII
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# Lluvia de perlas

**OH, POBRE LUNA,** que llora al contemplar la malicia de este cruel mundo, sus lágrimas caían al río Paraná como una dulce melodía.

Al tocar el agua profunda, las lágrimas se convertían en brillantes y hermosas perlas.

Un alma joven guardaba cada una de ellas con anhelo y esperanza en su corazón, sentado bajo un sauce viejo, contemplando el atardecer.

Al caer la noche transformaba cada tristeza y dolor en una frágil y delicada esperanza para el planeta.

Una luz que destaca en la abundante oscuridad del alma humana, aunque es presa de los intentos de corrupción de su misma especie, escapando de ellas y refugiándose a manos de la luna, la cual se deprime por actos tan despiadados a tan pequeña alma. Mandando sus lágrimas para que sepa que no se encuentra solo. ~

**Isaías Cáceres**
5to III
Almirante Guillermo Brown N° 331

***

# Fui testigo

**LLEVO MUCHO TIEMPO PRESENTE,** presencié cristianos con sus redes sacando un moncholo viejo y despistado. Parejas que desde el puente lanzaban llaves de candados jurándose amor eterno, pequeños camalotes que venían del norte trayendo buenas nuevas.Pero ese pequeño me hizo pensar en que la inocencia siempre estaba intacta.

No tenía ni 16 años, siempre jugaba con su hermana más pequeña en la orilla y se dormían la siesta bajo la sombra del ceibo. Mi única tarea era cuidarlos cuando pasaban el rato bajo el sol, velando que ninguna víbora los acosara o la correntada se los lleve.

Fue repentino, no me enteré siquiera que había pasado, pero los hermanos dejaron de jugar.

El chiquito volvió una tarde cuando las flores del ceibo brotaban con su rojo apasionado, pero en sus ojos no había más que dolor y respirar pesado.

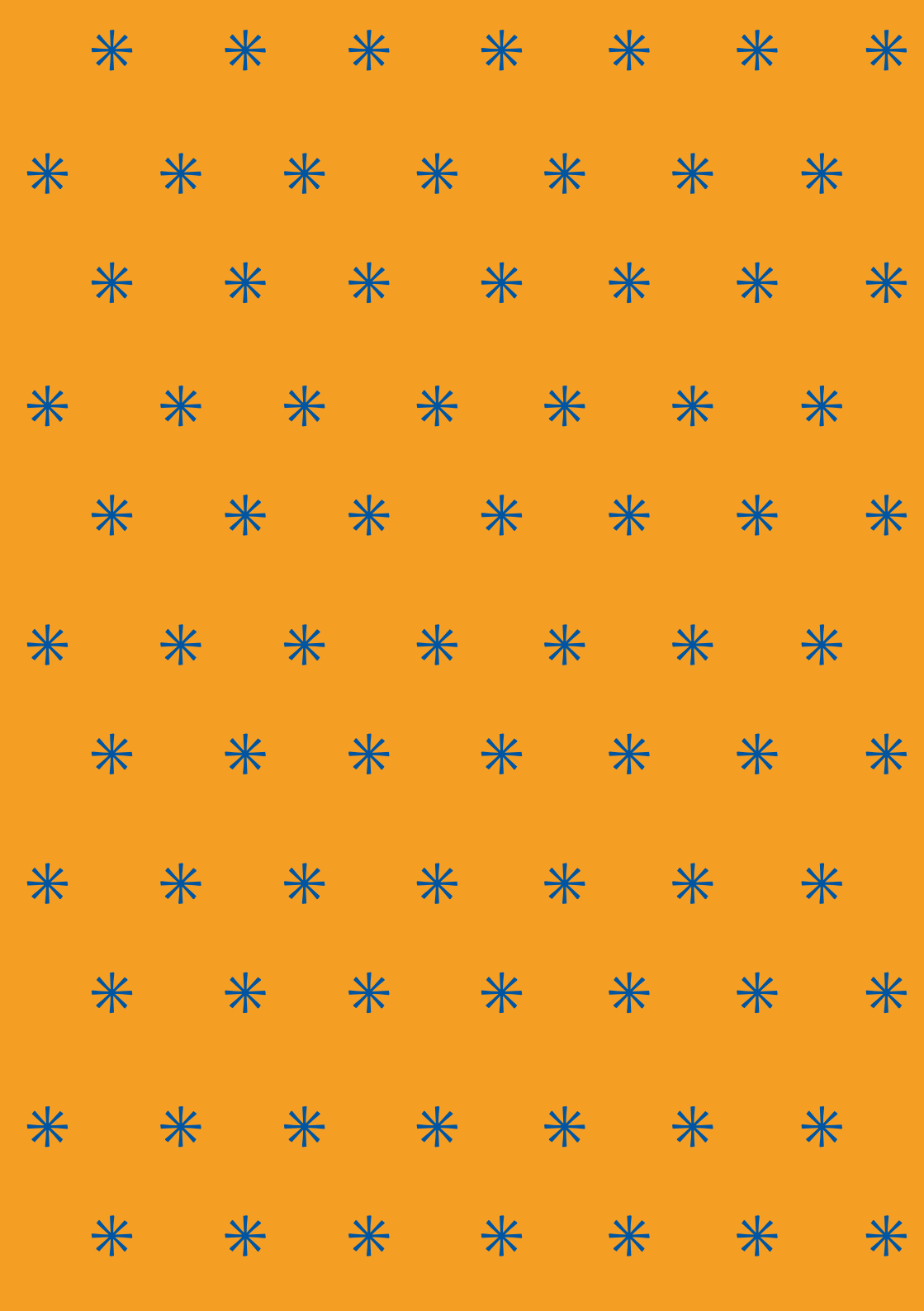
Todos los días era lo mismo, supuse que algo pasó con la nona. De noche escuchaba discusiones en aquel rancho. Para momentos después ver al padre fumar bajo el ceibo y gritar desconsolado al ceibo que su niña regrese.

Cuando el peque agarró valor para meterse de vuelta a las aguas del salado, solo vino con un barco de papel. Lo depositó río adentro, donde la corriente se lo llevó para siempre.
Kilómetros después se hundió... ese barco tenía un mensaje en sí mismo y me vi en la necesidad de responderle como consuelo. Por

fin supe su nombre; Nicolás, y el de su hermana.

Cuando la corriente trajo un camalotal con un Irupé en el centro, dejé que se posara en la orilla. Nico dormía bajo un ceibo y la flor rozó sus dedos entre un “Hasta el cielo, mi cielo” se despidió... Irupé era su hermana y le traía saludos desde río arriba.

Yo fui testigo porque no soy solo agua tibia. Soy la ilusión de los pescadores que tiran sus redes al agua por el pan de cada día, el amor eterno de parejas jóvenes y fugaces, lazos de sangre que solo mueren si se lo olvida. ~



**CUENTOS DE FUTUROS GRANDES ESCRITORES,** es una invitación a las escuelas de la ciudad que busca fomentar la creatividad y la expresión de niñas y niños, inspirándolos a través de la escritura de cuentos cortos.

El Municipio agradece a las instituciones que eligieron ser parte de esta propuesta y brindaron con amor y dedicación parte de su tiempo. ~

María Alicia Barletta